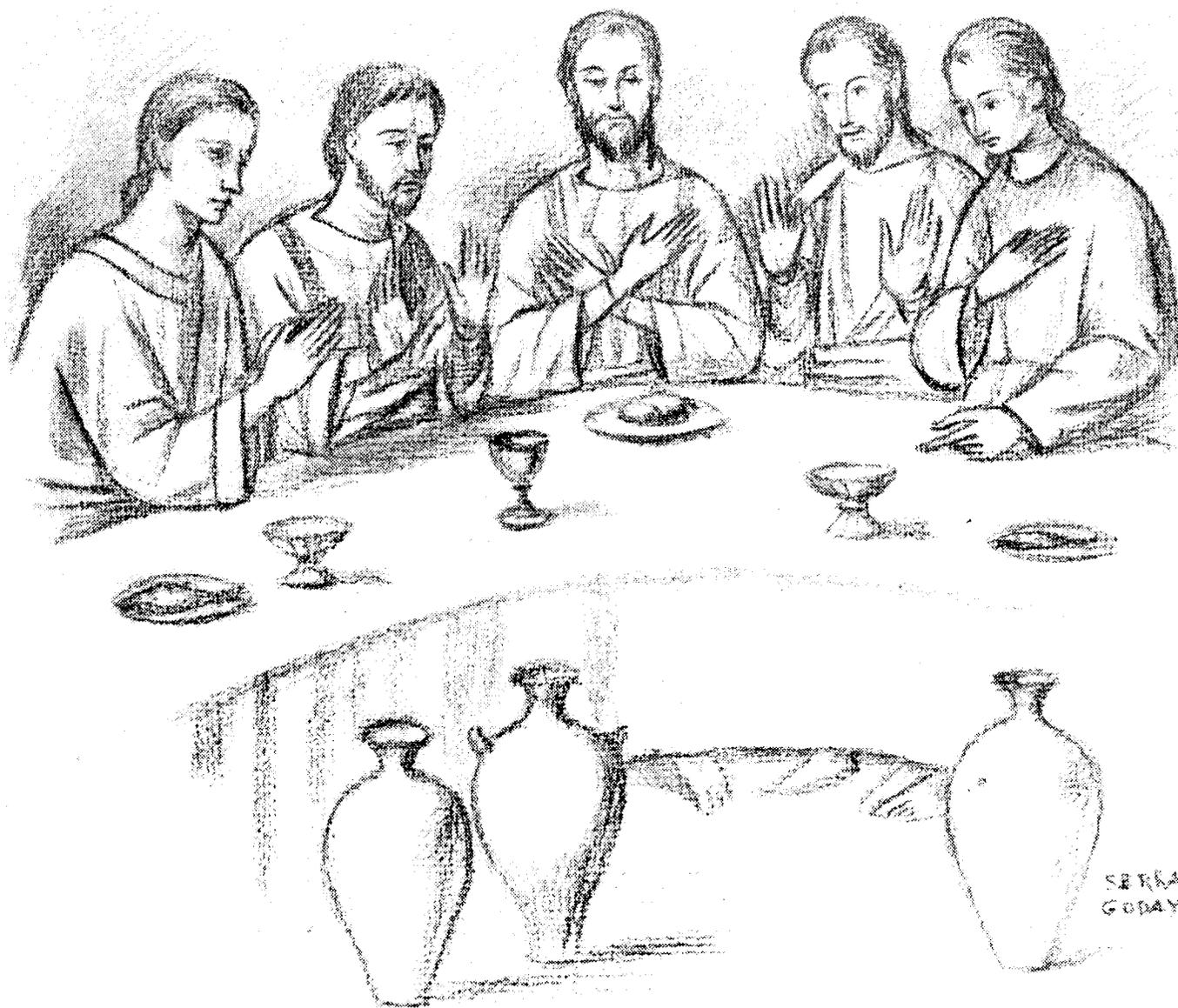


CRISTIANIDAD



De la oscuridad de la primitiva «fracción del pan» al esplendido triunfo de los Congresos Eucarísticos Internacionales

Si aun los judíos cristianos de la Iglesia-madre sentían en los tiempos apostólicos, una nostalgia, nacida de su celo nacional y religioso, ante el peligro de la desaparición del culto mosaico en el Templo de Jerusalén...

¿CUÁLES SERÁN LOS SENTIMIENTOS DE LOS JUDÍOS, EN EL ISRAEL RESTAURADO,
ANTE EL XXXV CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL?

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIAL:

¿Qué pensarán del Congreso Eucarístico?, por F. C. (págs. 249 y 250).

PLURA UT UNUM:

La tragedia de Israel, por Jaime Bofill Bofill (págs. 251 a 253).

El Destino de Israel a la luz de la Epístola a los Hebreos, por Francisco Canals Vidal (págs. 254 a 262).

El esplendor del culto en la Ley Antigua. Una Pascua en el Templo de Jerusalén durante el reinado de Josías, rey de Judá. Fragmento de una obra de Franz Werfel (págs. 263 a 265).

Jerusalén y el Templo en el pensamiento y en el corazón del pueblo judío, por José O. Cuffí Canadell (págs. 266 a 273).

LA CRUZADA DE OCCIDENTE

Israel, por C. (págs. 274 a 276).

EL BIELDO Y LA CRIBA

Impresiones de un viaje, por J. Pereyra (págs. 277-278).

DE ACTUALIDAD:

Crónica religiosa mensual, por Himmanu-Hel (págs. 278 a 280).

Crónica política del mes, por Shehar Jashub (págs. 280 a 283).

ANEXOS:

Discursos y Radiomensajes del Papa: a la ciudad de Viena; al Congreso Mariano de Africa del Sur; bula del XXXV Congreso Eucarístico Internacional; a los empleados del Ministerio de defensa de Italia con motivo de la Beatificación de la Madre Rafaela María del Sagrado Corazón; a los enfermeros y enfermeras de los hospitales de Italia, etc., etc.



¿Qué pensarán del Congreso Eucarístico?

El trigésimo quinto Congreso Eucarístico Internacional, que acabamos de presenciar en nuestra ciudad de Barcelona, ha constituido sin duda una de las más grandiosas en esta serie de manifestaciones con que en los tiempos modernos el pueblo cristiano, movido por el Espíritu Santo, ha proclamado ante el mundo levantado contra Dios y contra Cristo, su Soberanía conquistada por el Sacrificio Redentor. Este homenaje tributado en la Eucaristía a Jesucristo, Sacerdote y Víctima, en que ha participado unánime, junto con la Jerarquía y los fieles de tan diversos países, todo el pueblo de una gran ciudad moderna, parece que ha querido hacer resonar ante el mundo, como mensaje de auténtica paz, aquel apocalíptico himno:

«Digno es el Cordero, que fué inmolado, de recibir el poder y la riqueza, y la sabiduría, y la fuerza, y el honor, y la gloria y la bendición.»

En el presente número queremos simplemente plantear una interrogación. Una cuestión actualísima, de tanta mayor actualidad — y no lo decimos con el intento de hallar una expresión paradójica —, cuanto que a alguien, a primera vista, y ante una consideración superficial de las cosas, tal vez pudiera parecerle como el producto de una extravagante cavilación.

He aquí la cuestión a que nos referimos: **¿Cuáles habrán sido ante el magnífico acontecimiento católico, los sentimientos de los judíos sionistas, de los hijos de Israel, de nuevo reunidos en la tierra de sus padres?**

Muchas razones, alguna de las cuales podrá quedar aclarada ya en las páginas de este mismo número, nos convencen del interés especialísimo de esta pregunta entre las muchas que podrían hacerse pulsando el complejo ambiente, de esperanza, amor y admiración, de odio, envidia y aparente desprecio, que ha acompañado en el mundo al Congreso Eucarístico de Barcelona. Porque nadie que haya estado estos días presente en Barcelona dudará de que aquella gran manifestación católica de amor ferviente al Vicario de Cristo, expresado en un ambiente inolvidable, en el fondo del sentimiento del pueblo cristiano ha respondido de un modo pleno a la definición que Pío XI daba de estas reuniones como destinadas a reponer a Cristo en la plenitud de sus derechos regios sobre la sociedad, a Cristo al que la impiedad mundana rechaza y desprecia.

Ante este hecho, — fruto en gran parte, podemos y aun debemos reconocerlo con humilde gratitud, del carácter **«íntegro, recio, profundo y apostólico»** del catolicismo todavía vitalmente entrainado en el alma de España y de Barcelona —, ocurre preguntarse, por ejemplo: ¿Qué habrán pensado de él los comunistas, y qué todos cuantos participan en nuestro mundo de aquel ideal masónico, por ejemplo, excluyente de la influencia sobrenatural de Cristo y de la Iglesia en la vida social? ¿Cuál habrá sido el sentimiento de los protestantes en países hoy ya intensamente paganizados

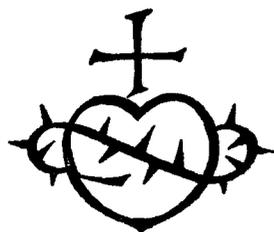
EDITORIAL

para los que la doctrina de la transubstanciación eucarística y el «papismo» han sido el enemigo secular?

Una reflexión sobre estas preguntas llevaría, evidentemente, a escudriñar el panorama espiritual del mundo de hoy mucho mejor que los acostumbrados diagnósticos que se formulan sobre las cuestiones internacionales. Pero, repetimos de nuevo, no pretendemos hoy ni siquiera llegar a dar respuesta a la pregunta cuya formulación es precisamente el objeto del número.

Nos daríamos por satisfechos respecto de nuestro propósito de hoy, si consiguiéramos iluminar algo los términos del problema planteado contribuyendo a situarlo en su verdadera perspectiva histórica y teológica. Porque ésta, nos interesa también insistir en ello, no es una pregunta más, sino que encierra en sí problemas de la máxima trascendencia. Tanto, que su difícil respuesta aportaría, según creemos, los más centrales datos y casi como la clave fundamental para la comprensión de la presente época del mundo y de las perspectivas de su porvenir.

F. C.



JULIO

Las obras dedicadas a propagar las costumbres cristianas en la vida pública

«Adveniat Regnum Tuum»

I. Estas obras son necesarias

a) Por el sumo vilipendio del orden moral o, como suele decirse, «amoralidad» de nuestro tiempo.

Sin meternos en comparaciones con otras épocas cuya corrupción pudo ser mayor o menor, la nuestra se distingue por el ateísmo militante y la sistemática perversión de las costumbres. La vida pública y social está casi completamente divorciada de toda religión y moralidad. La economía se rige por principios egoístas y materialistas. Se profana el matrimonio con vicios horribles. Todo el ambiente está saturado de sexualidad, amoríos, erotismo. No hay respeto a la autoridad; se pisotean los derechos fundamentales del hombre, etc.

b) Muchísimas veces los Gobiernos se desentienden totalmente de sanar estas lacras, y si alguna vez aplican algún remedio, lo hacen para evitar alteraciones del orden público, no por motivos religiosos o morales.

c) Otras, aunque lo quieran, poco pueden hacer por oponerse a las facciones políticas, las grandes organizaciones económicas, etc.

d) Por otra parte, resulta poco menos que ineficaz la gestión aislada de los ciudadanos particulares. Aun las mismas autoridades eclesiásticas en muchos países no tienen sobre los gobernantes la influencia suficiente para determinarlos a reprimir con eficacia la inmoralidad pública y fomentar las buenas costumbres.

II. Son útiles

e) Además, hay muchas personas que habitualmente permanecen al margen de las cuestiones relacionadas con la moral. Les parece que toda oposición a la inmoralidad pública sexual es un atentado contra la libertad del individuo.

a) Porque las grandes organizaciones pueden muchas veces lograr lo que no conseguirían los individuos aisladamente. Estas agrupaciones no pueden ser menospreciadas por los Gobiernos, porque representan la voluntad de muchos ciudadanos. Además, no suelen faltar entre los miembros de la organización hombres y mujeres que, por su prestigio, ciencia y experiencia, pueden influir mucho en la vida pública cuando hablan y hacen reclamaciones en representación de sus conciudadanos. Coligados en tales organizaciones y por medio de ellas pueden a veces los seglares defender y promover las normas de moralidad cristiana mucho más fácilmente que los mismos sacerdotes.

b) Porque tales organizaciones se pueden acomodar mejor a las circunstancias y necesidades de cada momento. Este acoplamiento da más eficacia y oportunidad a los remedios. Lo comprueban los excelentes resultados que están obteniendo en diversos países las asociaciones constituidas para remediar determinadas necesidades, v. gr., para combatir la embriaguez, la prostitución, la trata de blancas, las películas obscenas, las casas de juego, etc.

III. Obstáculos que se oponen a estas obras

Todas estas organizaciones que trabajan para el fomento de la moralidad se ven generalmente obstaculizadas por muchos dificultades.

a) La ingente multitud y magnitud de los males y necesidades proveniente de las condiciones extraordinarias y frecuentemente anormales de la vida moderna. Porque la causa de muchos males no es la perversa voluntad humana solamente, sino también las especiales condiciones económicas y sociales, que constituyen un gran impedimento para remediarlos, como sucede con la escasez de viviendas, cuyas tristes consecuencias en la moral están a la vista.

b) No hay bastantes colaboradores ni dinero suficiente. Muchas personas temen comprometerse en favor de la buena causa y luchar abiertamente contra la malicia.

c) Pero el mayor peligro actual para estas obras está en esas grandes organizaciones que quieren ciertamente mejorar las condiciones éticas y sociales de las naciones, pero rehuyen toda influencia religiosa y, lo que es peor, hostilizan abierta u ocultamente toda actividad de la Iglesia católica en estas cuestiones. Ante todo hay que contar en este número, sin excepción alguna, a todas las asociaciones regidas directa o indirectamente por los comunistas. Lo mismo se diga de las gobernadas por los francmasones. Estos proceden de ordinario más cautamente, al menos en algunos países; frecuentemente nada urden en apariencia contra la Iglesia; pero en oculto trabajan contra ella con método y constancia, por ejemplo, rechazando de esas grandes organizaciones internacionales a las asociaciones católicas o a los hombres y mujeres que intrépida y paladinamente defienden los principios de moralidad, o preteriendo a las asociaciones católicas a la hora de distribuir los auxilios.

d) No hace falta decir que las obras en favor de la moralidad cristiana corren un peligro especial en las naciones donde los Gobiernos las prohíben y se arrogan la facultad de dictaminar sobre la índole de la vida pública.

e) Finalmente, no hay que olvidar el grandísimo impedimento que oponen los que fomentan las malas costumbres por lucro o por vicio.

IV. Lo que hay que hacer

Prestar todo el apoyo posible a las obras cuyo fin es el fomento de la moralidad cristiana. Es asunto de la mayor importancia. Si todos los católicos estrechamente unidos colaboran con su dinero y trabajo personal, podrán ejercer un gran influjo en todo el mundo. Es, por consiguiente, un apostolado digno de alabanza, el promover estas obras e incitar a otros a que colaboren en ellas.

Pero no demos de mano a la oración y al sacrificio. El mal en el mundo no se vence con actividad meramente natural, sino principalmente con medios sobrenaturales, es decir, con la oración y el sacrificio, que son precisamente los medios que a sus asociados propone y recomienda el Apostolado de la Oración.

LA TRAGEDIA DE ISRAEL

Damos a la palabra tragedia su más sombrío significado: el de un profundo dolor sin salida, de un gran drama que desemboca en la catástrofe. La tragedia de Israel al buscar obstinadamente Jerusalén consiste en reclamar para este mundo no la Jerusalén del espíritu, la Jerusalén de la gracia y del amor que florece en el dolor como un lirio entre espinas, sino una Jerusalén de imágenes carnalmente entendidas... una Jerusalén que no puede existir en ningún lugar ni tiempo, que no es más que un brillante sueño.

He ahí pues a Israel lanzado a una prosecución inasequible por unos caminos que se empeña en considerar triunfales. Sucederá sin embargo que Dios, que no puede ni cumplir unas promesas deformadas, ni colmar los deseos de una justicia desviada, parecerá a Israel tanto más injusto cuanto más ponga su confianza en Él. Está seguro, sin embargo, de que se trata de una disimulación divina, y de que su sueño concreto se realizará tal cual, a no tardar. Resulta pues así que al esperar, como Abraham, contra toda esperanza, se hunde en el éxodo austero y sangriento que se abre ante sus pasos.

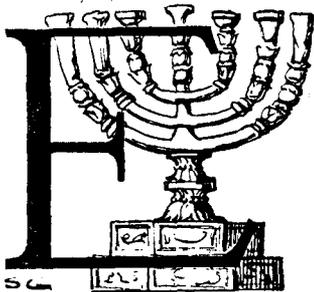
Su más terrible tentación en el destierro continúa siéndolo el pensamiento lancinante de que Jahvé sería como perjuro a su respecto; y las angustias que experimenta por ello son tan agudas, que busca una diversión en las mismas terribles iniquidades de su exilio de las que se hace insaciable y de las que desea hartarse, para tener derecho, al haber sufrido tales pruebas, de ahogar toda posibilidad de duda sobre la fidelidad de su Dios.

(JOURNET, *Destinées d'Israël*) cap. V pág. 283.

San Pablo dirigió a sus hermanos en la sangre y en la fe de Jesucristo, los judeocristianos de la Iglesia de Jerusalén, probablemente por el año 64 de la era cristiana, a los 31 años de la muerte del Señor, la Epístola a los hebreos. Aquellos primeros cristianos se hallaban angustiados, un grave conflicto agitaba su corazón: ¿deberían posponer aquel culto magnífico que según la Ley mosaica se tributaba a Dios en el espléndido marco del tercer templo edifi-

cado por Herodes el Grande, más rico que el que Zorobabel reedificara al retorno del cautiverio de Babilonia y aun que el mismo que sobre aquella colina de Moriáh, había construido hacía casi un milenio el rey Salomón? ¿Era superior en su humilde obscuridad, el culto eucarístico instituido por Jesucristo en la Sagrada Cena? ¿Sería éste el verdadero culto con que Dios querría ser adorado "en espíritu y en verdad?"

Dentro de cien años hará, casi, dos mil...



SPLENDOR indescriptible y al mismo tiempo amenazado: uno y otro factor debían sumarse para hacer más precaria que nunca la situación del grupo de cristianos de Jerusalén. Ellos se veían asediados por una tentación prácticamente irresistible, sobrehumana, que arrancaba, ya del vigoroso arraigo en sus conciencias de aquel cul-

to multiseccular cuyo definitivo envejecimiento no acertaban a comprender, ya de la apremiante necesidad, impuesta por las circunstancias, de estrechar más que nunca los lazos que habían asegurado a su pueblo la supervivencia en las tormentosas alternativas de su historia.

Estos lazos eran, ante todo, los lazos de la fe.

Habría que saber lo que era la fe de aquel pueblo para atisbar las profundidades de la tentación a que se hallaba sometida la Iglesia-Madre de Jerusalén, en el momento en que el candelabro de siete brazos no tardaría en ser removido para adornar el triunfo de Tito en Roma, en la misma Roma a la cual se había de trasladar la primacía de que aquél era símbolo.

Pues la fe de Israel no era un "sentimiento"; no era, tan siquiera, una "convicción": era un hecho biológico, su carne y su sangre misma, el principio que le había preservado de disolverse entre los pueblos que le rodeaban, después de haberle conformado como *único*.

Un punto de comparación lo encontraríamos en aquellos pueblos cuya fe ha venido a ser solidaria de sus ideales nacionales: España, por ejemplo, o Irlanda, o Polonia, o el Canadá francés. Esta circunstancia se delata inmedia-

tamente en una especial susceptibilidad, que hace que esta fe no pueda ser herida sin que *toda* el alma nacional entre inmediatamente en conmoción. Ha funcionado la ley fundamental del corazón, que es ley de *unidad* — como lo es la de la inteligencia. Basta tal solidaridad vital de sentimientos y convicciones para que se acuse reciamente el carácter de un pueblo, su interna arquitectura espiritual. Y, sin embargo, en tales casos esta vinculación concreta es siempre de alguna manera circunstancial. No así en Israel. La vinculación de su fe a su razón de ser como pueblo no era una simple compenetración de hecho, y como tal contingente: era, valga la palabra, una *encarnación*.

Porque los mismos elementos sobrenaturales constitutivos de su fe estaban ya acomodados por la Providencia de modo preciso y concreto a las condiciones peculiares de aquel pueblo, sobrenaturalmente elegido, para ser depositario de unos bienes que *tan sólo a él* habían de ser confiados.

Su sentido de proselitismo; su fidelidad hasta el sacrificio; su pasión concentrada; su capacidad de ideal, su sed de poder; su sentido de la troncalidad racial, la conciencia de formar de padres a hijos una cadena valiosa de por sí con relación a la cual la personalidad de cada uno quedaba como en segundo término, absorbida por esta gigantesca, dinámica, escatológica personalidad colectiva. He ahí enumerados al azar algunos de estos caracteres que hacían de Israel un pueblo *único* para una vocación *única*.

Así, cuando los cristianos de Roma correrán el peligro de engreírse frente a un Israel *desgajado*, San Pablo les recordará los privilegios de su pueblo: *ningún otro* ha recibido la adopción, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas; ningún otro procede de los patriarcas como padres según la carne del Mesías; ningún otro es rama natural de tan santa raíz.

Mas esta *encarnación* de la fe israelita, que era principio de su *fuerza*, lo era al mismo tiempo de su *limitación*.

PLURA UT UNUM

Considerando Israel *desde sí mismo* y no *desde Dios* las relaciones que le unían con Él, pierde de vista el carácter *universal* del mensaje que le ha sido confiado, por atender principalmente a los elementos de su Alianza con Dios que le estaban destinados exclusivamente. Por un proceso semejante (toda vez que sus privilegios eran privilegios sociales, es decir, como pueblo, mas no sobrenaturales, no en la línea de la salvación eterna y de la santidad) olvida que las promesas son primordialmente de carácter espiritual y sobrenatural para atender tan sólo a su vertiente temporal.

Por esto la venida del Mesías le encuentra imprevisto. Su pobreza, su mansedumbre, su fracaso en la Cruz, no son redención para Israel, sino escándalo. Sólo un resto reconoce en Jesús al Mesías, que ellos habían esperado como héroe nacional y que será el Hijo de Dios. El llanto de Jesús por esta incomprensión, frente al Templo espléndido que es signo de un celo sincero, pero desviado, será tanto más amargo cuanto que en esta hora de su visitación se decide su reprobación secular. No es extraño que la hora de prueba que estaba por llegar le encontrara imprevisto también y que la crisis que Dios le destinaba para su perfecta purificación fuera ocasión de su mayor ruina. Al llegar esta hora apocalíptica con las legiones de Tito, no iba a ser ya su fe la clave para la interpretación de los hechos que vería desarrollarse con pasmo y terror, no iba a ser el elevado punto de observación desde el cual recuperar aquel *sentido de la historia* que era privativo suyo entre los pueblos antiguos y que nacía de su mesianismo; en el momento de la crisis, cuando es llamado a juicio, su fe no era lo bastante elevada para edificar sobre ella una *teología de la historia*, y quedó reclusa en su corazón como la raíz de su más íntima tragedia. La tragedia que lleva consigo en su éxodo.

Querría ser anatema por mis hermanos

En el punto de partida de este éxodo secular encontramos a San Pablo. Él ha de sostener el primer choque con los judaizantes. Llevada la cuestión a Concilio, los príncipes de los Apóstoles le darán la razón y los gentiles verán abiertas de par en par las puertas de la Iglesia sin necesidad de cargar sobre sí el yugo insostenible de la Ley. En adelante, San Pablo ya no cederá un punto en su actitud.

Aun hoy sus enemigos le acusan de haber provocado con su intransigencia la escisión entre la Iglesia y la Sinagoga, entre el Culto nuevo y el antiguo. Mas, ¿cómo habría podido transigir? Anatema habría querido ser por sus hermanos, sus deudos según la carne; a quienes iba el afecto de su corazón, por quienes dirigía a Dios sus súplicas para que fuesen salvos. Pues podía dar testimonio en favor suyo de que tenían celo por Dios, aunque no según la verdadera sabiduría. Pablo presencia cómo, movidos por este celo, unos se convierten en perseguidores implacables del Evangelio — como lo había sido él otrora —; otros, que al principio lo habían aceptado fervorosamente, sosteniendo con firmeza la persecución, solidarizándose con los primeros mártires, vacilan ahora, empiezan a frecuentar menos el banquete eucarístico, escandalizados por el ejemplo de los Príncipes de la Sinagoga, que han logrado imponerse totalmente: Santiago mismo, el irreprochable cumplidor de la Ley había sido precipitado desde el pináculo del Templo y lapidado; atosigados por parientes y amigos — ora insinuantes y persuasivos, ora duros, amenazadores, injuriosos.

Con profunda tristeza, con un dolor continuo en su corazón, Pablo, bien que llamado por Dios a ser apóstol de los gentiles, quiere todavía tomar sobre sí por un momento el eterno designio divino de consolar a Sión. A su oído resuena la llamada del Profeta:

*“Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios.
A Jerusalén habladle al corazón
y decidle a voz en cuello
que ya se cumple su milicia...”*

Es el sentido de la *“Carta a los Hebreos”*. Mas tiene que consolar a Sión como Dios quiere consolarla, no como ella desea ser consolada, a saber: no transigiendo en que rehuya el sacrificio, sino animándola a sobrellevarlo, a comprender su necesidad, su fecundidad, su sentido. El antiguo culto — exhortará — no era sino sombra y prefiguración, pese a su esplendor; la santidad que procuraba, solamente externa. En cambio, en aquel culto obscuro, semiclandestino, que los cristianos celebraban en sus casas bajo el nombre ambiguo de *“fracción del pan”*, estaba el culto verdadero, lo real, lo sublime: allí estaba el porvenir.

En el momento en que el pueblo de Israel se veía hundir, en el momento en que se iba a sublevar contra Roma, en el momento en que los cristianos estaban angustiados porque podían parecer traidores a la patria, San Pablo escribió esta carta consolándoles y esforzándoles. Tenían la gran tentación: la tentación del patriotismo; y del patriotismo religioso. La antigua comunidad cristiana tenía ya el Sacrificio, pero era un culto incipiente, diríamos; no tenía el fausto del antiguo, ni el que tiene ahora la Iglesia.

Sin exordio, sin consideraciones preliminares, sin atender a las normas habituales en el arte de persuadir, introduce San Pablo de inmediato a sus lectores en el corazón del problema. Estamos tan sólo en el tercer versículo y habrá puesto ya ante sus ojos deslumbrados el misterio fulgurante de la divinidad de Jesús, superior a los profetas, que le anuncian; a los ángeles, que le sirven; al mismo Moisés, que le prepara. Tal es el Sacerdote y Mediador de la nueva Alianza, el que entró de una vez para siempre en el santuario celestial del Padre, no con sangre de animales, sino con su propia Sangre, esparcida para la purificación de nuestros pecados; Víctima inmaculada, que afianzó el nuevo Testamento con su muerte en la Cruz. Por esto alcanzó honor imperecedero, por esto está constituido en Centro de la Historia: *“Cristo ayer y hoy y por siempre”*.

El empeño fué vano. El consuelo no fué aceptado, la tentación no fué vencida, la Cruz no fué ocasión de salud, sino de escándalo. Cuando, al cabo de pocos años, el Templo se derrumba — para no volver hasta el momento a ser reedificado, cuando están próximos a cumplirse los dos mil años desde su destrucción —, arrastró en su ruina a la Iglesia-Madre de Jerusalén: demasiados lazos les unían. Replegada sobre sí y sobre su dolor en la estrechez de su corazón, dejó extinguir su primitiva caridad y debilitarse su vida de fe, para desaparecer obscuramente en una muerte sin honor, en la semiherejía...

Entre tanto, la Iglesia pasaba a los gentiles. Regada por la sangre de los mártires, echaba profundas raíces en las catacumbas de Roma. Allí se congregaban ahora los cristianos para la *“fracción del pan”* bajo la presidencia del sucesor de Pedro; allí se preludiva la espléndida floración del culto y del arte cristiano que había de extenderse por todo el mundo, en cumplimiento de la profecía: *“desde el levante del sol hasta su ocaso... ha de sacrificarse a mi Nombre en todo lugar una oblación pura”*. Allí, porque en Roma estaba Pedro, y donde está Pedro está la Iglesia; allí, también, porque Roma supo ofrecerle lo que no había querido o podido Israel: un elemento ciertamente humano, natural, pero *absolutamente necesario* para ella, como condición de existencia: el sentido de la universalidad. Por ello, Roma recibía la gloria inmortal de haber legado a la

Iglesia de Cristo su nombre: para siempre, ella será conocida como la Iglesia "católica romana".

Los papeles se han trocado.

¿Quién había de decir que de aquel culto, puramente espiritual, de la Eucaristía, de la celebración de la Cena, había de venir esta floración enorme de culto y de arte cristiano? Si había un solo Templo—un Templo espléndido de mármol y oro—, ahora hay miles de templos magníficos en el mundo. Todo está lleno de templos. Catedrales de todos los tiempos, de todas las índoles, de todos los gustos, de todas las formas.

Y este esplendor del nuevo culto ha encontrado en los Congresos Eucarísticos su forma más grandiosa. El "*Cristo ayer y hoy por siempre*" de San Pablo resuena en ellos como proclamación de la Realeza universal de Cristo, "*para afirmar solemnemente su regia potestad... con el fin precisamente de que, convocados los pueblos, ya de cada diócesis, región o nación, ya de todo el mundo, para venerar y honrar a Cristo Rey oculto bajo los velos eucarísticos, saludasen en común a Cristo, que les ha sido dado divinamente como Rey... Diríase con mucha razón que el pueblo cristiano, movido de cierto divino impulso, quiere reponer en la plenitud de sus derechos regios a Jesús, triunfalmente arrebatado del silencio y como escondimiento de los templos por las calles de las ciudades; a Quien los impíos no quisieron recibir al venir a su propiedad*" (1).

(1) Encl. «Quas primas», § 14. Al Reino de Cristo por la devoción a su Sagrado Corazón. Publ. CAISELANDIA, p. 165.

¡Los papeles, pues, se han trocado! El culto judaico está prácticamente abolido, porque en las sinagogas no hay culto, sino solamente lectura y predicación; y si hay culto alguna vez, será de manera mucho más obscura y clandestina todavía que lo eran aquellas "sinaxis" primitivas para la celebración del culto eucarístico.

Barcelona-Tel Aviv: 1952

Quisiéramos haber sabido mostrar el contexto sobrenatural e histórico en que está inserto el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona para medir su significado y trascendencia en una dimensión que suponemos no habrá sido muy comentada: en el orden de una *Teología de la Historia*.

Barcelona, y en general el mundo católico, se halla enfrentada con situaciones que pueden evolucionar rapidísimamente hacia resultados insospechables. Mientras nuestra ciudad se ha volcado literalmente a la calle estos días para exaltar a Cristo, se acumulan en el horizonte nubes tan negras que ninguna consigna de optimismo puede hacer olvidar — como no sea fomentando un clima de superficialidad y ligereza en esta hora de nuestra visitación —, cuando tal vez en el Corazón de Cristo agasajado e *incomprendido* como en un nuevo Domingo de Ramos está ya pronunciada la sentencia sobre nosotros.

Desde nuestro punto de vista, sin embargo, estos hechos constituyen tan sólo la mitad del problema; les hacen simetría los que de un tiempo a esta parte acontecen al otro extremo del Mediterráneo en el nuevo misterioso Estado de Israel: "Estado Símbolo", como lo es, a su vez, el Estado Vaticano... En su establecimiento culminan la serie de eficaces triunfos que, desde que los judíos salieron de sus "ghettos" obteniendo el derecho de igualdad política y social dentro de los pueblos cristianos, ha ido consiguiendo

El sacrificio eucarístico centro de la historia

Las complicaciones de orden económico y militar han hecho de la *Sociedad como una gigantesca máquina, de la cual el hombre ya no posee el dominio, antes bien la teme*. La continuidad en el tiempo había siempre aparecido como esencial en la vida social, y *parecía que no se podía concebir aislado al hombre del pasado, del presente y del futuro*. Y ha surgido precisamente ahora el fenómeno desconcertante de que *somos testigos. Con demasiada frecuencia, de todo el pasado no se sabe ya casi nada, o apenas lo bastante para adivinar su huella confusa entre sus ruinas acumuladas. El presente no es para muchos sino la fuga desordenada de un torrente que precipita a los hombres como despojos hacia la noche cerrada de un porvenir en la que van a perderse a una con la corriente misma que los arrastra*.

Sólo la Iglesia puede volver a conducir al hombre desde aquellas tinieblas a la luz; sólo *Ella puede devolverle la conciencia de un vigoroso pasado, el dominio del presente y la seguridad del porvenir*. (...)

¿No vemos acaso todos los días sobre nuestros innumerables altares cómo Jesucristo, *víctima divina, con sus brazos que se extienden de un extremo al otro del mundo, abraza y sostiene, al mismo tiempo, en su pasado, en su presente y en su porvenir a toda la sociedad humana?*

su ideal. Los límites de lo que hasta hace poco era considerado, como más que inverosímil, como totalmente absurdo, han sido rebasados. No está, pues, fuera de lugar el preguntarse: ¿Qué sentido imprimirá Israel a sus próximas actuaciones? Hay quien ha opinado que el logro de su hogar nacional no puede ir muy separado de su intento de reconstruir el Templo, mientras otros afirman que la reconstrucción del Templo no tiene sentido de no celebrarse de nuevo en él el culto y los sacrificios sangrientos "como en las edades pasadas y en los tiempos antiguos", pues de otra suerte no se diferenciaría substancialmente el Templo de las Sinagogas. Sin embargo, en este momento la Explorada está en poder de los árabes y sobre la roca del monte Moriah sigue señoreando la mezquita de Omar...

Para quien vea allí, como nosotros, uno de los polos en que convergen las líneas matrices de la política mundial, y por algo más que razones puramente naturales — tal vez el punto donde la situación mundial ha de resolverse —, la cuestión es apasionante. ¿Siente Israel que su hora está llegando, que está preparándose el desenlace de su situación secular? ¿Querrá imponer al mundo su imperialismo, su sobrenaturalismo, después de haber debilitado hasta la anulación los sentimientos nacionales de los pueblos cristianos, y de haber acabado de bloquear sus hori-

zontes espirituales con el naturalismo racionalista? ¿Desdenará como tantos el Congreso Eucarístico internacional o, profundizando en su sentido más allá de este plano de tópicos que lo acompañan, se sentirá provocado por él a emulación, sentirá en él como un nuevo desafío de Dios?

Unos párrafos antes hemos hablado del intento de San Pablo de consolar a sus hermanos judeo-cristianos. Con los otros, con los que no han aceptado a Cristo, se acomoda a otra estrategia, a otro método, igualmente divinos: "Tú me has provocado con no-dioses; ¡yo te provocaré con no-pueblo!" Cuando Israel endurece su corazón, 'un último recurso es posible todavía'. "A vosotros, gentiles, os digo que mientras sea Apóstol de los gentiles haré honor a mi ministerio 'por ver si despierto la emulación de los de mi linaje'..."

Mas si este sentimiento al que nunca resiste (2) se despierta en ellos, ¿les traerá un día u otro a la Iglesia de Cristo, servirá para acelerar el momento de su reintegración que profetiza San Pablo para resurrección del mundo, o les llevará a la desesperación, a un intento de abusar de su poder?

¿Qué se piensa del Congreso desde Tel-Aviv?

JAIMÉ BOFILL BOFILL

(2) Cfr. Journet, «Destinées d'Israël», Eglott, Paris.

EL DESTINO DE ISRAEL A LA LUZ DE LA EPISTOLA A LOS HEBREOS

Para precisar el sentido mismo del problema que proponemos, es necesario que desde el punto de vista de la "Teología de la Historia" tratemos de comprender cuál era la vocación y cuál ha sido el camino de Israel a través de los siglos.

Porque sólo la luz de la palabra de Dios que ilumina la Historia puede llevarnos a conocer el sentido trascendente y universal de la existencia del linaje de los hombres, el de los concretos caminos de la vida en el tiempo de sus generaciones y de sus pueblos. Porque de entre la sucesión indefinida e innumerable de los hechos humanos sobre la tierra a través de los siglos, viene aquella luz a hacer resaltar como en poderoso relieve — destacándolos como cumbres altísimas sobre la aparente monotonía de una sucesión sin estructura — algunos actos, determinadas y precisas palabras, que en lugares de concreta situación y en instantes singulares e irrepetibles, realizaron o profirieron algunos hombres a quienes el libérrimo designio del consejo divino marcó con el sello de una eficacia o significación universales.

Son estos acontecimientos que la palabra de Dios nos revela, así como los puntos en que el trascendente plan de la divina Providencia se explicita en la Historia. Nudos y centros de la ordenada estructura de la vida histórica de la Humanidad podríamos llamarlos, si imaginásemos como en panorama consistente el fluir de los siglos. En estas acciones centrales del pro-

ceso de la Historia, orientadas todas como preparación y profecía o como consecuencia, en torno al hecho único por excelencia del Sacrificio redentor y del triunfo de Cristo, se encuentran las divisorias y las encrucijadas desde las cuales es posible contemplar el panorama de los siglos cruzados por misteriosos y definidos caminos por los que transcurre la vida de la Humanidad.

Vamos, pues, a fijar, saltando sobre los siglos, nuestra mirada en alguna de estas cumbres de la Historia. Las ilumina aquella palabra de Dios que Pablo, el Apóstol que llevó la Iglesia a las naciones, dirigía a los judíos creyentes en Jesús en vísperas de la crisis que iba a separar y a contraponer durante siglos el camino de la Iglesia de Cristo y el que ha seguido el Israel de la carne. Tratemos, pues, de comprender esta Teología de la Historia contenida en la Epístola a los Hebreos, el mensaje que desde Roma dirigía el Apóstol de las Gentes a la Iglesia de Jerusalén; porque ello nos ayudará sin duda a caer en la cuenta de los más profundos aspectos del actual momento en que vivimos. Para ello debemos dirigir ahora la mirada de nuestra imaginación a algunos lejanos y misteriosos acontecimientos: apoyándose nuestra memoria en los sagrados libros que contienen la historia de Israel, y la clave de la del mundo, contemplemos algo que acaeció hace ya ahora cuatro milenios...

I.—EL SACRIFICIO EUCARISTICO PREFIGURADO DOS MIL AÑOS ANTES DE JESUCRISTO

Melquisedech, Rey de Salem, sacerdote de Dios Altísimo,
bendice a Abraham el patriarca, que tenía las promesas
de bendición para todos los pueblos de la tierra



RA hacia el comienzo del segundo milenio antes de Jesucristo. Muchos siglos antes de que en la tierra de Canaán se establecieran los hijos de Israel. Por-

que todavía el pueblo elegido no existía sino en su padre Abraham, y bastantes años tenían aún que transcurrir antes de que su esposa Sara, "la Señora", diera a luz a Isaac, el hijo "nacido según la promesa", en quien se computaría su descendencia elegida.

Sobre Ophel, la más oriental de las dos colinas en que se asienta la Jerusalén antigua, se levantaba entonces la Sión jebusea, la ciudad cuyo nombre, Salem, anunciaba ya un reino de paz. Sobre el cauce del torrente Cedrón y el valle de Tiropeón dominaban poderosas sus murallas de ocho metros de espesor, que cercaban la reducida superficie ocupada por la ciudad. El imponente aspecto que la atrevida fortificación ofrecía desde aquellos valles que por el Este, Sur y Oeste defendían la colina, hubiera bastado para explicar su futura fuerza a los que la contemplaban, si se les hubiera anunciado que aquella ciudad había de resistir durante siglos los ataques de los pueblos enemigos y que por esto los hijos de Benjamín y de Judá no podrían dominarla hasta el día en que David, el héroe de Israel, consiguiera penetrar en ella para establecer allí el cetro de Judá sobre las doce tribus.

En un lugar cercano a Salem, que se llamaba el valle de Savé, o del Rey, tal vez allí donde el cauce del Cedrón se abre sobre los valles del Tiropeón y del Hinnón, bajo el imponente marco de la ciudadela regia de la Sión jebusea, hace ya ahora cuarenta siglos una multitud de millares de hombres contempló un día admirada una escena de solemne grandiosidad:

Porque aquella muchedumbre que llenaba en aquel día el valle de Savé, era una caravana que se dirigía hacia Hebrón, regresando del norte—cerca de Damasco, la cabeza de Aram—, vencedora en una audaz empresa en la que Dios concedió a Abraham la victoria sobre sus enemigos, los más poderosos reyes del Oriente: Kedorlaomer, rey de Elam, la ciudad que ejercía en aquel tiempo su hegemonía sobre la Mesopotamia y aun extendía su dominio hasta el Mediterráneo; Amraphel, rey de Senaar, es decir, Hammurabí de Babilonia, el autor del famoso Código; Arioc de El-Lasar, y Tigdal, rey de los Goyim, es decir, Tugdalia de los hititas, el poderoso pueblo cuya noticia antes de los modernos descubrimientos sólo por la Biblia había llegado hasta nosotros.

Estos poderosísimos monarcas acababan de vencer a los cinco reyes de las ciudades de la Pentápolis palestina: Bera, rey de Sodoma; Birsá, rey de Gomorra; Sinap, rey de Adna; Semeber, rey de Seboyim, y Bela, rey de Segor; rebeldes contra Kedorlaomer, de quien habían sido vasallos durante doce años.

Entre los prisioneros que al regresar hacia el norte llevaban los vencedores consigo, estaba también Lot, el sobrino de Abraham, que atraído por la opulencia y fertilidad de aquel "vergel de Yahveh", que era la llanura del Jordán antes de que el castigo divino destruyera las ciudades pecadoras, se había establecido en Sodoma. Este hecho motivó la intervención de Abraham en aquella guerra entre reyes.

Abraham moraba ya entonces en el encinar de Mamré, al noroeste de Hebrón, donde se hallan aún hoy día las tumbas de los patriarcas.

Enterado por un fugitivo de que su sobrino quedaba reducido a la dura esclavitud de los vencedores, reunió Abraham a 318 siervos, nacidos en su casa, expertos en las escaramuzas y sorpresas de la vida de los pastores; Mamré el amorreo y sus hermanos Eskol y Amer, aliados de Abraham, se le unieron también con su gente.

Durante muchas jornadas siguieron con cautela a los ejércitos vencedores entorpecidos por el botín y los prisioneros. Y ya en Dan, junto al país de Aram, se les presentó ocasión para caer, de noche, divididos en numerosos grupos sobre la descuidada retaguardia. El resultado de aquella atrevida empresa fué la liberación de los prisioneros y la recuperación de toda la riqueza arrebatada a los reyes de las ciudades vencidas. Abraham y los suyos pudieron perseguir a los ejércitos diezmados y desconcertados hasta Jobá, al oeste de Damasco.

Regresaba Abraham vencedor de los poderosos monarcas del Oriente, los mismos que habían vencido antes a los reyes de las cinco ciudades. Al encuentro de la triunfadora comitiva, que pasaba aquel día junto a los muros de Salem, se dirigieron los reyes huidos de la desastrosa jornada del Mar de la Sal. En efecto, el rey de Sodoma, la más poderosa y opulenta de las ciudades derrotadas y expoliadas, venía hacia Abraham, tal vez con la esperanza, disimulada con adulatoria cortesía, de recobrar su riqueza perdida de manos del generoso vencedor; aunque en su presencia no se atrevería sino a pedir de él la entrega de los prisioneros liberados, entre los que se hallaban sus mujeres y los príncipes de su ejército:

"*Dame las personas y cógete la riqueza*", diría a Abraham el rey de Sodoma; pero la respuesta de aquél sería digna del majestuoso señorío del "Príncipe poderoso": "*Alzo mi mano jurando a Yahveh, Dios Altísimo criador de Cielo y tierra, que ni un hilo ni una correa del calzado tomaré de cuanto te pertenece, para que no digas: Yo enriquecí a Abraham.*" El nombre de Abraham era en verdad aquel día exaltado sobre los reyes del país.

Pero en aquel momento en que el rey vencido se iba a presentar ante el patriarca vencedor, y antes de que pudiera dirigirle aquél su saludo humilde, fué cuando hasta el lugar donde estaba Abraham, rodeado de aquella caravana cargada con botín de reyes, se dirigió el rey de la ciudad bajo cuyos muros potentes habían detenido su marcha: Melquisedech, rey de justicia, el monarca de la ciudad de Salem, salía al encuentro de Abraham, el príncipe poderoso, protegido de Dios, que regresaba vencedor, rodeado de su gente y la de sus aliados, llevando también consigo a los que poco antes habían caído en poder de los enemigos y cargado con cuantioso botín.

En el momento en que Melquisedech se detuvo ante Abraham, la atención de cuantos se hallaban aquel día en el valle del Rey se dirigió hacia su majestuosa figura; porque la escena de que iban a ser protagonistas aquellos dos hombres que se encontraban uno frente al otro en el centro de la multitud que los rodeaba, era por cierto digna de ser contemplada con admirado estupor. Quienes aquel día la tenían ante sus ojos no podían presentir entonces que aquel hecho de que iban a ser testigos estaba marcado con el sello de una misteriosa significación; ni podían prever que lo que sucedía en aquel instante del tiempo, junto a los muros de Salem, iba a ser propuesto a las futuras generaciones como una cima desde la cual sería dado contemplar la marcha de los siglos. Pero la majestad sencilla y sublime



de Abraham, el patriarca bendecido por Dios, y la regia dignidad del monarca de Salem, que había salido por la puerta de la ciudad cubierto de sacerdotales vestiduras, mantenía tensa la fuerza de su espíritu pendiente de lo que harían y dirían aquellos hombres.

* * *

Y he aquí que Melquisedech, el rey de Salem, no parecía venir a ensalzar con regia cortesía al príncipe vencedor, no venía a inclinarse ante Abraham, sino a presentar en su nombre un sacrificio ante Dios. El que dominaba sobre su pueblo con regia potestad, era también su mediador ante el Señor. Melquisedech era Sacerdote del Dios Altísimo, el Creador del cielo y de la tierra, que le había hecho su sacerdote; porque había sido fiel a Él y a la fe transmitida desde los tiempos antiguos a los hombres y no había corrompido su culto.

Por esto pudieron contemplar entonces como en el centro del valle, delante de Abraham que se inclinaba reverente ante Dios y ante su Sacerdote, ofrecía Melquisedech el sacrificio. El sagrado rito no consistía en la inmolación de animal alguno. No se veía correr la sangre sobre la piedra del altar. Lo que sobre él se presentaba y ofrecía en rito sencillo y misterioso al Dios Altísimo a quien adoraban Abraham y Melquisedech, no era sino pan y vino. Lo contemplaban atónitos todos los allí presentes. Aquel rito no significaba en modo alguno que Dios hubiese renunciado a exigir la efusión de la sangre y el sacrificio expiatorio para reconciliarse con los hombres.

Y cuando hubo presentado ante Dios el sacrificio del pan y del vino, dirigió Melquisedech su palabra a Abraham. Su lenguaje no era el de un rey encomiando la victoria del vencedor de los reyes; su actitud era la del sacerdote, que tiene como superior el poder de bendecir en nombre de Dios; Melquisedech exclamaba:

*¡Bendito sea Abraham,
del Dios Altísimo,
Creador de cielo y tierra,
y bendito sea Dios Altísimo
que entregó.
a tus enemigos en tu mano!*

Abraham, que recibió reverente la bendición, inclinado ante la presencia del Rey Sacerdote, se incorporó después y dió sus órdenes a los principales de sus servidores, los que estaban más próximos a él. Y éstos transmitieron la orden a todos los sectores de la complicada caravana. Debía contarse toda la riqueza arrebatada al enemigo, los rebaños, el oro y la plata, todo cuanto de más valioso llevaba la comitiva; porque el diezmo de todo ello, contado y escogido cuidadosamente, debía ser entregado como ofrenda de sumisión y acatamiento a Melquisedech, el Sacerdote del Altísimo, que había bendecido a Abraham después de su victoria sobre los reyes.

* * *

Para los que en los siglos venideros y hasta hoy, a cuatro milenios de distancia, contemplasen a través del conciso relato del capítulo XIV del Génesis el misterioso suceso del encuentro de Abraham con Melquisedech, el hecho había de ser causa de sorprendente admiración. Porque el nombre de Abraham, el Patriarca, llena los libros sagrados de Israel; él es la roca de la que Dios extrajo su pueblo elegido. Su nombre abre también las páginas del Evangelio con la genealogía del Mesías, hijo de David, hijo de Abraham. Dios mismo, que reveló a Moisés su nombre, el que expresa su eternidad inmutable, al decirle: "Yo soy el que soy", se ha dignado, para ser conocido de hombres con nombre de misericordia que expresase su redentora proximidad, revelarse como el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (1).

Pero he aquí que, en medio de aquella narración del Génesis en la cual todo cuanto precede y sigue parece orientarse a exaltar la grandeza del Patriarca a quien Dios había llamado y a quien había prometido que en su DESCENDENCIA serían benditos todos los pueblos de la tierra, el nombre de Melquisedech, rey de desconocido linaje, que no vuelve a aludirse en los sagrados libros en que se contiene la historia de Israel, se muestra sin embargo como manifiestamente superior al de Abraham.

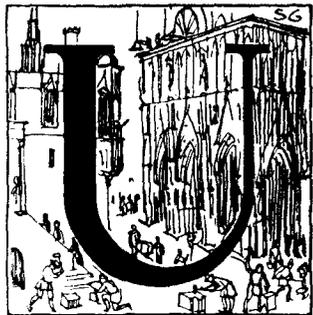
(1) ...Decía el Señor a Moisés, que le preguntaba su nombre: «Yo soy el que soy»... «Yo soy» es nombre de inmutabilidad... ¿Qué significa «Yo soy el que soy» sino: «Eterno soy»?

Siendo, pues, este su nombre de eternidad, se ha dignado tener también un nombre de misericordia: «Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob». Aquél en sí mismo, y éste respecto a nosotros...

San Agustín, Serm. VII, Migne. P. L. 38, col. 66.

II. — DIEZ SIGLOS ANTES DE JESUCRISTO

DAVID, EL REY PROFETA, ANUNCIA LA REALEZA Y EL SACERDOCIO ETERNOS DE SU HIJO



UN milenio después, sobre el monte Sión, asiento de la inexpugnable fortaleza que hasta entonces — cuatro siglos después de establecerse en la Tierra Prometida los hijos de Jacob — había permanecido como ciudad de gente extraña y enemiga, se levantaba el palacio de riquísima madera de cedro del Líbano, que artífices enviados por el rey de Tiro construyeron para David, el rey que desde Jerusalén reinaba ya sobre todo Israel. En aquella morada regia comprendió David que el Dios de sus padres, Yahveh, le había sacado de sus pastos cuando andaba en Belén tras los rebaños de su padre, para hacerle príncipe sobre su pueblo y que en gracia de él había encumbrado su reino. Porque la conquista de Jerusalén fué la empresa que inauguró y expresó la unión de las doce tribus en torno al cetro real de David.

A los siete años de reinar en Hebrón sobre Judá, llegada a su fin la guerra entre la casa de Saúl y el hijo de Jesé, los ancianos de todas las tribus reconocieron que por medio de David, el que desde los días de Saúl traía y llevaba a Israel y era amado por el pueblo, quería salvar Dios a su pueblo de los filisteos y de todos sus enemigos.

Y desde Hebrón, a donde acudieron los ancianos de Israel, pactada alianza con ellos y ungido rey sobre las doce tribus, partió David al frente de todo el pueblo hacia Jerusalén. La confiada jactancia de los jebuseos, que proclamaban con seguridad: "No entrará David aquí" (gloriándose de que su ciudad hubiera podido ser defendida por un ejército de ciegos y cojos), quedó humillada por la bendición de Dios sobre el valor y audacia del rey y de sus héroes. Incendiada y muertos sus defensores por la espada, la fortaleza de Sión vino a ser "la Ciudad de David".

El cetro prometido a Judá al bendecir Jacob a sus hijos, se estableció de este modo sobre Jerusalén, que iba a ser desde entonces la ciudad amada por Dios más que todos los tabernáculos de Jacob, la escogida para morar entre su pueblo.

Porque el Arca de la Alianza de Yahveh, conducida por los hijos de Aarón y de Leví, que Dios eligió para su servicio, había sido colocada en Jerusalén en el tabernáculo que en la ciudad mandó disponer el rey David. Éste recordaba gozoso el día en que había entrado en Jerusalén el Arca de Dios entre los gritos de júbilo de una multitud innumerable venida de todo Israel, a los alegres sonos de las trompetas de plata de los sacerdotes, de los címbalos, cítaras y salterios que acompañaban los cánticos de los levitas. Danzando y saltando ante Yahveh había acompañado David el Arca del testimonio, gloriándose de compartir su regocijo con los humildes del pueblo sobre el que Dios le eligió para reinar.

Viéndose en las ricas salas de su palacio, David había meditado en su corazón: él, el antiguo pastor que habitaba en la dehesa, vivía ahora en casa de cedro, presente de reyes poderosos. Y mientras tanto, moraba todavía Yahveh en Sión, en tienda de lona. Por esto deseó David construir en Jerusalén una casa para Yahveh.

Mas por el profeta Natán Dios le dió a conocer su respuesta: mucha sangre había derramado David en su vida, y así no le sería concedido a él construir la casa de Yahveh. Y la promesa acompañaba a esta respuesta: *su hijo,*

que sería el Rey pacífico, éste le edificaría la casa. Porque Yahveh mismo afirmaría la casa de David y su reino y consolidaría con su bendición su trono para siempre.

Sabía así ya David, por la divina promesa, que en verdad, al elegir a su padre de entre la casa de Judá y al escogerle a él entre los hijos de Jesé, para rey de Israel, Dios elegía su descendencia para que en un hijo salido de sus entrañas se cumpliesen las bendiciones prometidas a Abraham, Isaac y Jacob. Y las generaciones venideras de los hijos de Israel, esperarían desde entonces al Hijo de David, al Ungido de Yahveh, porque de la raíz de Jessé saldría el deseado de las naciones, el que había de venir, en cuyos días, cuando le servirían todos los reyes de la tierra y todas las naciones le estarían sujetas, *floreería en su reino la justicia y la abundancia de la paz.*

El recuerdo de cómo Dios había estado con David desde su juventud, y por su bendición había salido bien de todas sus empresas, alentaría para siempre la esperanza de los hijos de Israel. Porque Yahveh dió a David gran renombre, semejante al nombre de los más grandes que existen sobre la tierra. No sólo en su tiempo Judá dominaba sobre sus hermanos y desde Dan hasta Bersabé todo el obedecía al que reinaba desde Sión con equidad y justicia. También le dió Yahveh a David la victoria contra todos los enemigos de Israel. Los filisteos, los descendientes de los hijos de Lot, Moab y Ammon, y los hijos de Edom, el rey de Soba y los sirios de Damasco, fueron derrotados y sometidos a su dominio. Desde el río, el Eufrates, por el norte del país de Aram, hasta la tierra de los filisteos y la frontera de Egipto, se extendió así el reino de David. Y con el botín de pueblos vencidos y presentes de reyes pudo David reunir y consagrar a Dios riquezas y oro y plata abundantes para el Templo que su hijo Salomón construiría en Jerusalén.

* * *

Desde los días de su juventud y hasta que en su buena vejez, colmado de días, de gloria y de riquezas, pudo preparar la construcción del Templo de Sión, fué David varón según el corazón de Dios. En el día en que el profeta Samuel había derramado sobre su cabeza el óleo de su cuerno ungiéndolo para caudillo de su pueblo, el Espíritu de Yahveh inundó su corazón desde entonces para en adelante.

Y si ya cuando pastoreaba los rebaños era diestro en el tañer y perito en el decir, y en la corte de Saúl su cántico y el son de su arpa alejaban del rey el mal espíritu que le atormentaba, ahora, al reinar sobre Sión y contemplar las bendiciones y misericordias de Dios sobre su pueblo, su corazón se derramaba agradecido y suplicante ante el tabernáculo de Yahveh. El soplo de Dios vivo, que regocijaba su corazón y su carne, movían el cántico del suavísimo salmista de Israel:

*Por mí está hablando de Yahveh el Espíritu,
sobre mi lengua se halla su palabra.*

Y el Espíritu divino puso en sus labios misteriosos oráculos.

Saltando sobre los siglos se presentaba ante su mente el Reinado de su Hijo, en quien se consolidaría el trono de su Casa para siempre. El Hijo de David, mesías de Yahveh, el que constituido Rey sobre Sión promulgaría el decreto del Señor, diciendo a las naciones coaligadas contra Dios y contra su Ungido:

*A mí me dijo el Señor: Tú eres mi Hijo, Yo te engendré hoy.
Pídeme y Te daré las gentes en herencia,
y por posesión tuya hasta los términos de la tierra.*

PLURA UT UNUM

Y un día, postrado David ante el tabernáculo de Dios, le impulsaba de nuevo el Espíritu a cantar la Realeza de aquel Hijo suyo, para quien Dios sería su Padre. Por esto, el Espíritu de Dios le movía a invocar como a Señor suyo a su Hijo; y éste fué aquel día el cántico de David:

*Oráculo de Yahveh a mi Señor:
Siéntate a mi diestra
mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.
De Sión hará salir Yahveh el cetro de tu poder,
domina tú en medio de tus enemigos.*

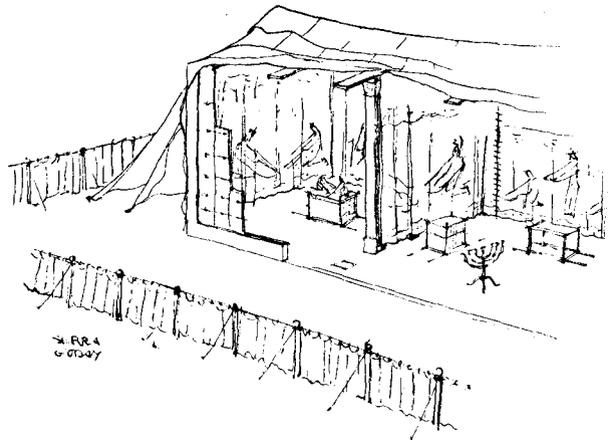
Y el aliento de Yahveh en su corazón le movía a anunciar lo que sería capaz de llenar de esperanza y de espanto

a los siglos: El nombre de Melquisedech, aquel rey de desconocido linaje, monarca sobre el pueblo cuyos descendientes exterminaron a espada y fuego los hijos de Israel al establecer David en Salem el cetro de Judá, y que fué sin embargo el Sacerdote del Altísimo Dios, que bendijo en su nombre a Abraham y recibió la sumisión y el diezmo de aquel sobre quien descansaban las promesas; quedaría de nuevo escrito en los sagrados libros de Israel.

Porque ésta era la palabra de Dios, puesta en la boca de David:

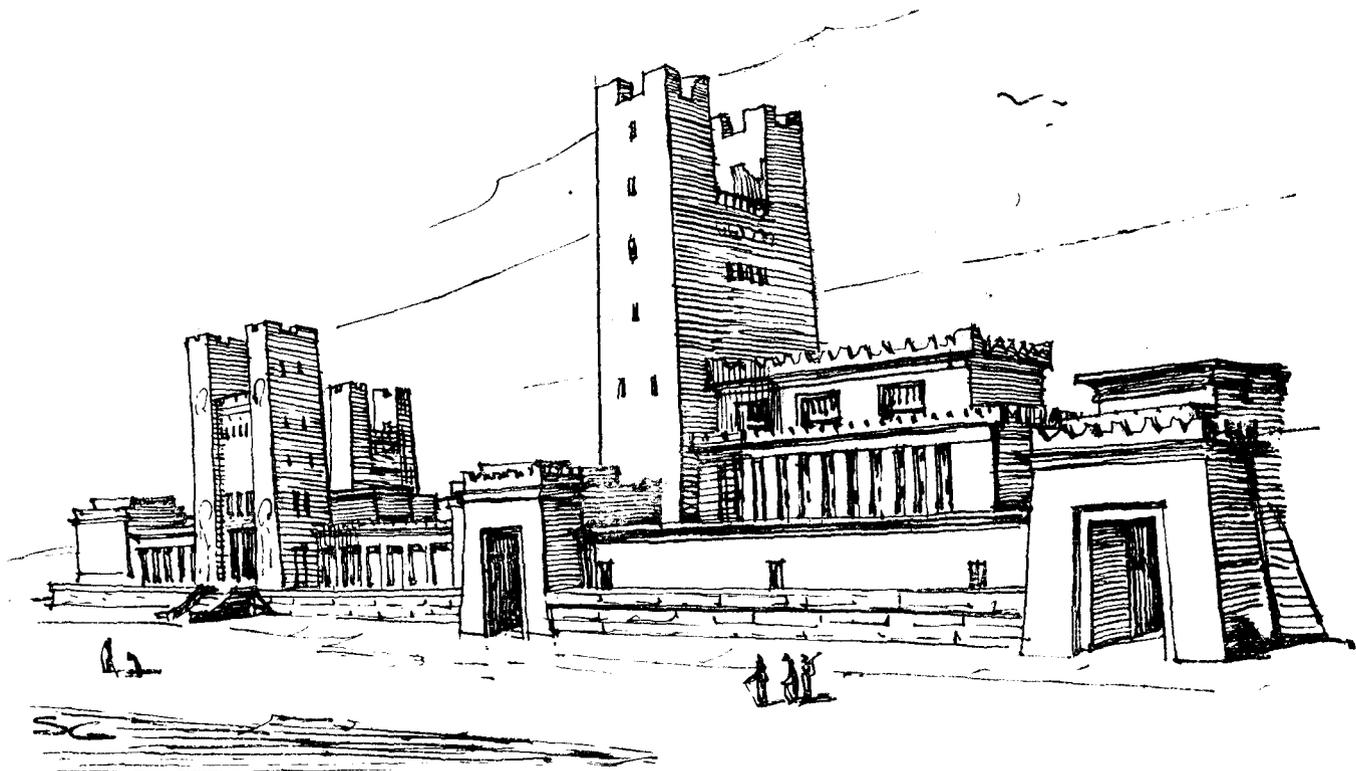
*Juró Yahveh, y no se arrepentirá:
Tú eres Sacerdote para siempre
según el orden de Melquisedech.*

Corte longitudinal del Tabernáculo, según la reconstrucción que existe en el Museo bíblico del Seminario Conciliar de Barcelona.



Descripción del Tabernáculo

«Harás un Tabernáculo con diez tapices de lienzo de lino retorcido de púrpura violácea, púrpura escarlata y carmesí, en los cuales representarás querubines artísticamente labrados. La longitud de cada tapiz será de 25 codos, y anchura de cuatro; una misma medida tendrán todas las cortinas.» (Ex., 26, 1-2)



«Y Yahveh dirigió la palabra a Salomón, diciendo: (Por lo que hace a) esta casa que tú estás edificando, si caminas según mis leyes, practicas mis dictámenes y guardas todos mis mandamientos, andando por ellos, entonces te cumpliré la palabra que hablé a David, tu padre, y moraré en medio de los israelitas y no abandonaré a mi pueblo, Israel. (1 Reyes 11-13)

III. — EN VISPERAS DE LA RUINA DE JERUSALEN...

EL SENTIDO DE UN «MENSAJE DE CONSUELO»

La tragedia de los judeocristianos

Se acercaba el día. Aquella generación iba a ser pronto testigo de la profetizada ruina de la ciudad de Jerusalén y del Templo. Un torrente de anhelo, esperanza y rebelión llenaba la Ciudad Santa. En Judea y en la “Dispersión” los corazones de los judíos sentían, con conciencia tensa y viva como nunca, que la esperanza del pueblo se centraba y resumía en el destino de aquel sagrado lugar que en Jerusalén había sido escogido desde siglos por Dios para morar entre su pueblo. Acababa precisamente entonces — por los años 62 a 64 de la era cristiana — la construcción del grandioso edificio de mármol y oro empezado unos ochenta años antes por Herodes el Grande. La inquieta esperanza de Israel, enorgullecido por aquel espléndido símbolo de la elección y del privilegio divino, y la incertidumbre acerca de su porvenir, excitaban un angustiado fervor. “Se apoderó de Jerusalén una renovada devoción y fidelidad a la tradición, al antiguo rito. Estaban dispuestos en aquellos días a morir por los más pequeños detalles de las prescritas formas de su religión. Todas las pasiones nacionales, todos los valores morales, la herencia de los padres transmitida a través de incontables generaciones, se mezclaban en fiero celo de lealtad.” Pocos años faltaban para que aquel fervor estallase en la guerra que terminaría en la catástrofe del año 70.

Una tentación verdaderamente sobrehumana oprimía entonces el ánimo de los judeocristianos, los fieles de la Iglesia de Jerusalén y de Palestina. Desde aquellos días cercanos a la muerte de Cristo en que, “*gozosos de ser hallados dignos de ser afrentados por causa del nombre de Jesús, habían soportado un recio combate de padecimientos*”, muchas persecuciones habían sufrido por parte de sus hermanos. En días muy próximos la explanada del Templo se había manchado con la sangre del Justo Santiago, el hermano del Señor, que, perseguido por el odio del Sumo Sacerdote, fué arrojado desde lo alto de la terraza del grandioso edificio.

Pero si en aquellos primeros tiempos, “*hechos blanco de burlas y tribulaciones, se hicieron partícipes de los sufrimientos de los encarcelados y recibieron con alegría el despojo de sus bienes, sabiendo que poseían una hacienda mejor y permanente...*”, ahora, por el contrario, desfallecía el ánimo de los cristianos de Jerusalén y se debilitaba su paciencia para perseverar en la fe de Jesús. Era para ellos insostenible el sentirse perseguidos y llegar a ser considerados como traidores por su pueblo, cuando ellos mismos participaban más que nunca de los temores y de las angustiosas esperanzas de Israel. Ardía en ellos la más entusiasta y ferviente adhesión a los ritos y sacrificios del culto levítico.

Porque siempre los cristianos de Jerusalén, de aquella Iglesia considerada hasta entonces como la madre de las Iglesias, habían sido “celadores de la Ley”. Su vida había continuado teniendo en el Templo su centro espiritual. Su fe en Jesús, el Mesías prometido a Israel, no era obstáculo para que continuasen unidos a los otros judíos en esta fidelidad a la tradición del pueblo. En aquellos años, su corazón se arraigaba más que nunca en la herencia secular espléndidamente presente a sus ojos en las ceremonias del culto legal, que alcanzaba entonces — en visperas ya de su ruina — el máximo esplendor a que jamás había llegado desde que, un milenio atrás, construyera Salomón sobre el monte Moriah la Casa de Yahveh; porque el Templo de Herodes no sólo era incomparablemente más grandioso que el que se había construido en tiempos difíciles, al retorno

del cautiverio, sino incluso mayor y más rico que aquel primer Templo que el gran Rey había edificado.

La tradición de Israel y la terrenal esperanza mesiánica que le animaba, llenaba así, cada vez más, su sentimiento y su vida, con tanto mayor arraigo cuanto mayor era la inquietud por el futuro y el desaliento ante la persecución. Perdía fuerza, por el contrario, de día en día, la fe en Jesús. Porque al lado de lo que representaba para ellos la secular tradición del pueblo escogido — y del gozo que sobre su corazón y su carne ejercían las ceremonias legales, los sacrificios tradicionales, la antigua pascua que recordaba los beneficios recibidos por Israel cuando el Señor les libró de la esclavitud de Egipto —, su sentimiento no hallaba satisfacción ni descanso en las reuniones cristianas en las que en una sencilla cena fraternal se partía el pan y se distribuía el cáliz en memoria de la muerte del Señor.

Porque ellos creían todavía, sí, que aquel Jesús que fué rechazado y crucificado fuera de la ciudad, era el Redentor y el Mesías prometido a Israel. Pero sabían también que en su nombre predicaba entre las gentes Pablo, proclamando que en Él no hay judío ni griego, que ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada. Y oían decir que, entre los cristianos de la gentilidad y aun entre los judíos de la “Dispersión”, enseñaba la inutilidad y abrogación de la Ley de Moisés. Mientras ellos, por su parte, estaban dispuestos — y con ellos los demás judíos, aquellos mismos que los perseguían — a dar su vida por aquella Ley, que era la Roca en que descansaba desde siglos el pueblo de Dios.

En aquellas circunstancias, pues, su fe estaba amenazada por algo más poderoso que cualquier tentación particular. Parecía que la vida misma del pueblo, el peso de aquella herencia conservada durante tantos siglos, chocaba en sus corazones con la fe de Cristo, o la ahogaba al menos, sumergida por aquellas grandes pasiones nacionales. No es de extrañar, pues, que en aquel estado de espíritu los cristianos de Jerusalén no ofreciesen ya el espectáculo de sus primeros días, cuando una fe ardiente que daba aliento y firmeza a su esperanza les impulsaba a sufrir con gozo por el nombre de Jesús. Ahora, por el contrario, entristecidos y desesperanzados, abandonaban negligentes aquellas reuniones en las que años atrás “*perseveraban en la comunicación, y en la fracción del pan*”.

La epístola a los hebreos

Fué entonces cuando Pablo quiso hacer llegar a los cristianos de Palestina un mensaje de aliento, que les ayudase a perseverar en medio de aquella tentación gravísima. Tal es la “Epístola a los Hebreos”: en las palabras de despedida se la define como “*una palabra de consuelo*”.

No podía, por cierto, ofrecérseles el de una ilusión engañosa sobre el porvenir de aquello a que tan aferrado estaba su corazón. Apenas en ella se alude veladamente a aquel porvenir inmediato. No se insiste, para desarraigar su adhesión a los sacrificios del testamento antiguo, en anunciarles su inminente cesación y ruina. Porque la catástrofe de aquel día ya cercano en que, cumpliéndose el juicio de Dios sobre Jerusalén, no quedaría del sagrado Templo piedra sobre piedra, iba a ser precisamente para aquellos cristianos judíos, cuya fe estaba como fundida con el afecto humano a la tradición de su pueblo y que buscaban su aliento en esperanzas terrenas, un trágico escándalo que arruinaría y arrastraría consigo a la Iglesia judeocristiana.

Por esto la "Epístola a los Hebreos" consiste en una exhortación a vivificar la fe en Jesucristo, a arraigar el corazón en aquella "esperanza mejor" que tenemos en Él para con Dios; una exhortación a descansar en las promesas divinas, que Dios había confirmado "jurando por Sí mismo" a los Patriarcas "para que tengamos vehemente consuelo los que hemos buscado nuestra salvación en asirnos a la esperanza, a la que nos aferramos como a áncora del alma".

Sólo la fe, que nos da la certeza de las cosas invisibles, puede hacer descansar nuestro corazón en la consistencia de lo que esperamos. De ahí el dramatismo de la insistente exhortación, el apremiante acento con que se advierte a los judeocristianos, con el ejemplo de sus antepasados, contra el espíritu de incrédula resistencia a la palabra de Dios:

"Por esto dice el Espíritu Santo:

*Hoy, si oyereis su voz,
no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación,
como en el día de la tentación en el desierto,
donde me tentaron vuestros padres sometiéndome a prueba;
y esto que vieron mis obras durante cuarenta años.
Por lo cual me irrité contra esa raza,
y dije: Siempre andan extraviados en su corazón;
y ellos no conocieron mis caminos.
Y así juré en mi indignación:
¡Si van a entrar en mi reposo!*

Mirad, hermanos, no se halle en alguno de vosotros un corazón perverso de incredulidad, que os haga apostatar [del Dios vivo...]

Y por esto Pablo exhorta con urgencia y apremio: "Es menester que prestemos mayor atención a la palabra oída, no sea que seamos arrastrados a la deriva." Para que su solidaridad y participación en los sentimientos de su pueblo, que había ya rechazado la fe del Mesías, no les arrastrase a ellos mismos a la apostasía de Cristo, era necesario que la atención de su espíritu no descansase en la gloria de Israel, en su tradición y en su Ley, consideradas como su propio privilegio sobre las gentes; sino en Dios mismo, el que había amado y elegido a los Patriarcas.

Era Dios que había hablado a sus padres por los profetas, y había dado por mano de ángeles la Ley, por medio del Mediador Moisés. Y Dios había hablado finalmente de modo definitivo y perfecto a los hombres por su Hijo Jesús, el Mesías constituido heredero del Universo y hecho superior a los ángeles y a todos los anteriores mediadores, porque había alcanzado con la Filiación divina este dominio sobre todas las cosas sometidas a sus pies. Aquel mensaje a la Iglesia judeocristiana viene a consistir así en una sublime apología de Jesús el Hijo de Dios, Mediador del testamento nuevo y perfecto: Apóstol de nuestra confesión, en cuya palabra, perfección de la de todos los Profetas, descansa nuestra fe; Pontífice constituido por Dios de entre los hombres para ofrecer por ellos a Dios el sacrificio perfecto y definitivo, el que habiendo ofrecido de una vez para siempre el holocausto de su propio Cuerpo y Sangre, vive en la presencia de Dios eternamente para interceder por nosotros.

* * *

Pero aquella argumentación misteriosa, dirigida a sobrenaturalizar la fe de aquellos hijos de Israel en vísperas de su trágico hundimiento, por la que se eleva su mirada a la eterna Realeza y Sacerdocio del Mesías, no es una exhortación al olvido de la historia, a la renuncia a la misión y a la esperanza del pueblo de Dios. En ella, por el contrario, en la figura de Cristo sentado a la diestra de Dios, Sacerdote eterno "según el orden de Melquisedech", se centra el juicio de Dios sobre la historia de Israel, la

palabra que revela el sentido de su vocación y de su destino.

"La Epístola a los Hebreos" es en verdad una "palabra de consuelo", también porque sólo a la luz de aquella sobrenatural perspectiva hubieran podido los cristianos de Jerusalén, empujados por el torrente que arrastraba a Israel en su marcha hacia el abismo, adquirir la conciencia de la misión del pueblo, comprender el sentido de aquel ligamen que a través de las generaciones les unía a los Patriarcas y penetrar así en el significado de aquella trágica y catastrófica crisis que iban pronto a vivir.

TU ERES SACERDOTE PARA SIEMPRE SEGUN EL ORDEN DE MELQUISEDECH

¿Cómo podrían comprender aquellos cuyo espíritu descansaba en las grandiosas sombras espléndidamente presentes a sus ojos y entrañablemente amadas por su corazón, que el cumplimiento de las promesas hechas a sus padres viniese a ser causa de caducidad y envejecimiento para aquella Ley en que desde siglos descansaba como en su roca el pueblo de los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob? ¿Cómo podía ser motivo de ruina y de muerte para el culto y los sacrificios que prescribió Dios en aquella Ley, de inutilidad y destrucción para el sacerdocio de los hijos de Aarón y de Leví y para aquella Casa que Dios mismo había elegido para su morada?

Pablo había escrito a los Corintios años atrás que aquel velo que cubría el rostro de Moisés sólo en Cristo desaparece. Por esto la Epístola a los Hebreos se abre con el espléndido exordio revelador de las más arcanas armonías del misterio de Cristo, de la naturaleza y el título de su dignidad mesiánica, regia y sacerdotal.

Porque el Hijo de Dios, que ha heredado de su Padre el dominio sobre el Universo, ha sido ensalzado sobre todas las cosas:

*"Porque, ¿a quién de los ángeles dijo alguna vez:
Hijo mío, eres tú, yo hoy te he engendrado;*

O también:

Yo para Él seré Padre, y Él para mí será Hijo?

¿Y a quién de los ángeles ha dicho jamás:

*Siéntate a mi diestra,
mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies?"*

Pero Dios ha coronado al Hombre, Jesús, de gloria y de honor. Todas las cosas ha sometido debajo de sus pies. Y he aquí la revelación de este arcano designio del Señor: Una sola palabra nos lo revela: Si Dios no ha sometido el mundo a los ángeles, sino a Jesús, es porque no son los ángeles a quienes ha tendido Dios su mano redentora; el que venía a librarnos del señorío de la muerte y a llevar a la gloria a los hijos de Dios debía asemejarse a aquellos a quienes santificaba: "pues tanto el que santifica como los que son santificados, de uno vienen todos; por cuya causa no se avergüenza de llamarlos hermanos" (2). Por esto Dios ha alargado su mano al linaje de Abraham y ha consumado por la pasión al autor de la salud, el que tenía que destruir con su muerte el imperio del príncipe de la muerte. Por esto a aquellos para quienes el misterio de la Cruz venía a ser causa de escándalo, explica Pablo: "Todavía no vemos todas las cosas sometidas a Él..., mas vemos a Jesús por causa de la muerte padecida, coronado de gloria y de honor."

Y una vez así fijada su atención en el "Pontífice grande que penetró en los cielos", conquistando con su muerte re-

(2) «De uno vienen todos». Es decir de Adán. Este argumento de San Pablo prueba así la realeza de Cristo-Hombre por su sacrificio redentor. Es el título de «conquista» junto al de «naturaleza» y de «herencia».

dentora el Reinado sobre el Universo, se atreve ya a llevar a sus oyentes a la comparación, para ellos espinosa y ardua, entre el sacerdocio de Cristo y el de los hijos de Leví.

Nadie toma para sí la dignidad sacerdotal sino el que es llamado por Dios, como lo fué también Aarón. Cristo no se glorificó a Sí mismo haciéndose Pontífice, sino Dios, que le habló diciendo: "*Hijo mío, ercs tú, yo hoy te he engendrado.*"

Y a este Sacerdote eterno, Jesús, constituido, no por la herencia carnal de los hijos de Aarón, sino por la dignidad de Hijo de Dios, le dice también su Padre:

«Tú eres sacerdote para siempre según el Orden de Melquisedech.»

* * *

Después de haber mencionado el misterioso verso de aquel salmo en que David cantaba la dignidad mesiánica de su Hijo, parece como si el autor de la "Epístola a los Hebreos" sintiera la dificultad de que lo que en él se expresa pudiese ser comprendido por aquellos a quienes se dirigía. "*Acercas de esto, dice, es mucho lo que tenemos que decir y no fácil de explicar, porque os habéis tornado torpes de oído.*" En verdad, es aquélla una palabra capaz de llenar de espanto a quienes de tal modo se adherían en su corazón a los sacrificios de la Ley. Ellos más que nadie, podían sentir la extrañeza que tan elegantemente pondera nuestro Fray Luis de Granada: "Cosa es cierto de admiración, que habiéndose empleado casi todos los cinco libros de la Ley en tratar de las ceremonias y sacrificios del sacerdocio de Aarón, venga ahora el Espíritu Santo con una sola palabra a dar con toda aquella máquina en tierra, y anular todas aquellas leyes y ceremonias de aquel antiguo sacerdocio."

Por esto, después de insistir de nuevo en la exhortación a la fe, va Pablo a tratar de explicar el sentido de aquella misteriosa profecía. Y en verdad, de haber prestado atención a lo que les había sido revelado desde siglos en los libros de la Ley, tal como iba ahora a serles propuesto y aclarado, los judeocristianos hubieran alcanzado a superar aquella crisis que amenazaba su fe y a comprender el verdadero sentido de la vocación y la grandeza espiritual de Israel.

Empieza pues Pablo por recordar brevemente el conciso relato del capítulo XIV del Génesis, subrayando con energía la singularidad de Melquisedech, su independencia de toda relación de parentesco carnal con el patriarca Abraham:

"Porque este Melquisedech, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo; el que salió al encuentro de Abraham cuando volvía de la derrota de los reyes, y le bendijo; a quien, además, repartió Abraham el diezmo de todo; es primeramente, según la interpretación de su nombre, rey de justicia, y luego, además, rey de Salem, que es rey de paz; sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida..." Pero he aquí que ante él Abraham el patriarca se inclina como inferior ante el superior, y así el sacerdocio cuya elección se produce según la sucesión carnal del linaje de Abraham, se inclina ante un sacerdocio constituido por la vocación de Dios, anterior y superior a la Ley, según la pujanza de una vida indestructible:

"CONSIDERAD CUÁN GRANDE ES ÉSTE, A QUIEN ADEMÁS ABRAHAM EL PATRIARCA DIÓ DIEZMO DE LO MÁS RICO DE LOS DESPOJOS Y cierto, los que de entre los hijos de Leví reciben el sacerdocio, tienen orden, según la Ley, de cobrar el diezmo del pueblo, esto es, de sus hermanos, bien que procedentes de la estirpe de Abraham; mas el que no deriva de ellos su genealogía percibió diezmo de Abraham, y al que tenía las promesas le bendijo. Ahora bien, FUERA DE TODA CONTROVERSA LO QUE ES INFERIOR ES BENDECIDO POR LO QUE ES SUPERIOR..

Y por así decir, por medio de Abraham TAMBIÉN LEVÍ, EL QUE PERCIBE LOS DIEZMOS, FUÉ DIEZMADO; pues estaba todavía en germen en su padre cuando fué a su encuentro Melquisedech."

Y pues así es manifiesta la superioridad del sacerdocio de aquel rey de Salem — que bendijo a Abraham cuando ya sobre él descansaban las promesas de bendición para todos los pueblos de la tierra — sobre el sacerdocio levítico ordenado según la Ley que muchos siglos después había de ser dado al pueblo por Moisés, ya no es de extrañar que el Mesías a quien Dios su Padre haría sentar a su diestra y a quien David llamaba su Señor, el que como Hijo de Dios y Rey del Universo era más grande que Abraham, FUESE PROFETIZADO SACERDOTE NO SEGÚN EL ORDEN DE AARÓN, SINO SEGÚN EL ORDEN DE MELQUISEDECH. El autor de la "Epístola a los Hebreos" continúa explicando y puede ya atreverse a deducir la consecuencia: la Ley antigua que daba fuerza al sacerdocio levítico, ha sido abrogada por su ineficacia e inutilidad; ella no era sino la introducción a una esperanza mejor, fundada en el definitivo cumplimiento de aquellas promesas hechas a los patriarcas siglos antes de darse la Ley: "*Si pues se hubiera realizado la perfección mediante el sacerdocio levítico, ya que a base de él ha recibido el pueblo la legislación, ¿qué necesidad había de que surgiese otro sacerdote según el orden de Melquisedech y no se denominase según el orden de Aarón? PORQUE TRANSFERIDO EL SACERDOCIO, ES NECESARIO QUE SE PRODUZCA TAMBIÉN LA TRANSFERENCIA DE LA LEY. Pues aquél de quien se dicen estas cosas pertenecía a otra tribu, de la cual nadie se ha llegado al altar; porque es cosa manifiesta que el Señor nuestro es retoño de Judá, a cuya tribu para nada se refirió Moisés al hablar de sacerdotes... Y es así que la derogación de la prescripción precedente se produce a causa de su ineficacia e inutilidad; pues nada llevó la Ley a la perfección, sino que fué introducción a una esperanza mejor, por medio de la cual nos acercamos a Dios."*

* * *

No en la Ley, que fué dada a los hijos de Israel más de cuatro siglos después de que Dios hubiese elegido a Abraham para que en su descendencia fuesen benditas todas las naciones de la tierra, sino en esta promesa que Dios había hecho por gratuita elección de su amor, se fundaba la grandeza y el privilegio espiritual de Israel. No en el orden natural de la generación carnal de los patriarcas, como si Dios hubiese debido elegir a su descendencia, sino en el libre designio de su elección, por la que se había hecho deudor por la promesa y pactado alianza con los hijos de Israel. Enorgullecido por el pacto hecho con sus padres, por la divina promesa de que ellos serían su pueblo y Dios moraría entre ellos si cumplían sus mandatos y preceptos que en la Ley les diera, Israel entendía como fundados en un derecho propio de los hijos de Abraham según la carne, aquellos privilegios que habían recibido por la elección y por la promesa.

Olvidaba así Israel que, como para probar Dios la libertad de su elección, no había nacido Isaac de Abraham y de su esposa Sara según la condición natural, sino en virtud también de una promesa divina, y que Jacob, el que fué nombrado Israel después de haber luchado con el ángel y de cuya descendencia se gloriaban los israelitas, no había sido sino el hermano que suplantó la primogenitura natural, por un designio divino de predilección.

Y por esto Israel no comprendía el sentido del amor que Dios le tenía, y regateaba celosamente con Él:

"Os he amado, dice Yahveh, y vosotros habéis dicho: ¿en qué nos amaste? ¿Acaso no es Esaú hermano de Jacob?, dice Yahveh. Sin embargo, he amado a Jacob y a Esaú he aborrecido."

* * *

La grandeza de Israel se fundaba en que por la divina elección en él nacería el descendiente prometido a Abraham, en quien serían benditas todas las naciones de la tierra. Y Abraham había sido llamado antes de que, como señal de su fidelidad al pacto de Yahveh, recibiera el precepto de la circuncisión. Isaac y Jacob habían sido escogidos antes de que a sus hijos, para disponerles a los bienes prometidos, les fuera dada por medio de Moisés la Ley, antes de que se eligiera a Aarón para el servicio del culto legal. Y por esto Dios había dispuesto que aquel rey de Salem, "sin padre, sin madre y sin genealogía", fuese su sumo sacerdote que anunciase antes de que naciera ningún hijo de Abraham, el patriarca, a Aquél que había de ser más grande que Abraham y en gracia del cual eran Abraham y su descendencia elegidos, a Aquél que no trayendo su eterna dignidad sacerdotal de una ley de herencia carnal, elevaría a hijos de Abraham e hijos de Dios a cuantos serían fieles a la fe y a la divina elección.

Contraste entre dos situaciones

Cuando la "Epístola a los Hebreos" era dirigida como mensaje de aliento y de exhortación a la perseverancia en la fe, a los fieles de la que había sido hasta entonces la Iglesia Madre, ni aun los judíos creyentes en Jesús alcanzaban a sentir y a comprender, trascendiendo la apariencia sensible y terrena, que el Mesías de Israel había ya triunfado por el sacrificio de su muerte redentora. El designio de la Providencia iba pronto a hacer manifiesto el decreto de la voluntad de Dios, el que podríamos considerar expresado en aquel verso del himno litúrgico que compuso Santo Tomás para la fiesta del Santísimo Sacramento: "*Recedant vetera, nova sint omnia.*"

Lo viejo estaba todavía — aunque ya para poco tiempo — en la cumbre de su esplendor sensible. El sacrificio del nuevo altar, la cena del Señor, que anunciaba su muerte, no era en cambio aparentemente sino algo todavía pequeño e insignificante, no parecía que la fracción del pan que realizaban los fieles en sus casas, después de una cena fraterna, pudiese llegar a presidir y a ser el centro de la vida pública de la sociedad de los creyentes. Para los fieles de Jerusalén, desde luego, el culto y sacrificio en que se centraba su vida religiosa era cada vez más el que había presidido desde siglos la vida colectiva del Israel de la carne.

Y por esto precisamente la ruina de Jerusalén sellaría la transferencia de la primacía de la Iglesia desde Jerusalén a Roma, la capital de las naciones, mientras la Cristiandad judeocristiana marchaba hacia su desaparición, fundida por las herejías judaizantes. Y esto ocurría porque también los judeocristianos eran solidarios y partícipes de aquel sentimiento de emulación y envidia que Israel, que se apoyaba en su justicia y no en la fidelidad a la divina elección, guardaba en su corazón contra los nuevos hijos de Abraham, "*nacidos según la promesa*", de la nueva Jerusalén libre. Y así no halló consuelo su corazón con la realidad y con la esperanza de la gloria del Mesías entre todas las gentes, partícipes ya de la bendición prometida a Abraham. Desde Oriente hasta Occidente el nombre de Yahveh sería grande entre los pueblos y se ofrecería una oblación pura; pero no iba a ser esto para Israel, cerrado sobre sí, consuelo, sino castigo y humillación.

* * *

• Hoy, cerca de dos mil años después, podemos reflexionar sobre el contraste entre aquella situación en que se halla-

ban los judíos en vísperas de la catástrofe del año 70 de nuestra era, y la que actualmente se presenta a sus ojos. Los hijos de Israel se han reunido ya en la tierra de sus padres; todavía, sin embargo, como en los veinte siglos desde entonces transcurridos, siguen viviendo sin sacrificio y sin templo. ¿Quién podría recordar, en cambio, el triunfal desarrollo que en estos dos mil años ha llevado a su actual esplendor el culto eucarístico, la nueva pascua de la Ley Nueva? Todas las artes y riquezas humanas se han puesto en las naciones cristianas, desde entonces, al servicio de este esplendor del sacrificio del Pan y del Vino: catedrales inmensas, el oro y la plata de las naciones, han sido el marco y el trono de Cristo en el sacrificio que reproduce su muerte en la Cruz.

Y ahora, en los siglos en que las mismas naciones cristianas se rebelaron contra Dios y contra Cristo, el pueblo cristiano, para proclamar públicamente la plenitud de la regia potestad del Hijo de David, ha hecho salir de las iglesias al Sacramento para hacer manifiesto en medio de las modernas ciudades este poder real del Sacerdote de la Nueva Ley. Acabamos de presenciar cómo la consigna expresada en las palabras: "*La Eucaristía y la Paz*", ha alzado unánime esta profesión de fe con que en Barcelona se ha querido mostrar al mundo que el Sacrificio eucarístico es el verdadero fundamento y esperanza para aquel Reinado de Justicia y de Paz que prefiguraban cuatro mil años antes los misteriosos nombres de Melquisedech, rey de Salem.

VI.-CONTRASTE ENTRE DOS SITUACIONES

Y ahora podemos preguntarnos: de nuevo reunidos en la tierra de sus padres, ¿cuáles serán los sentimientos de los judíos sionistas, para quienes el movimiento que ha llevado a la creación del Estado de Israel ha sido algo más que una empresa política cualquiera o que un renacimiento nacional?

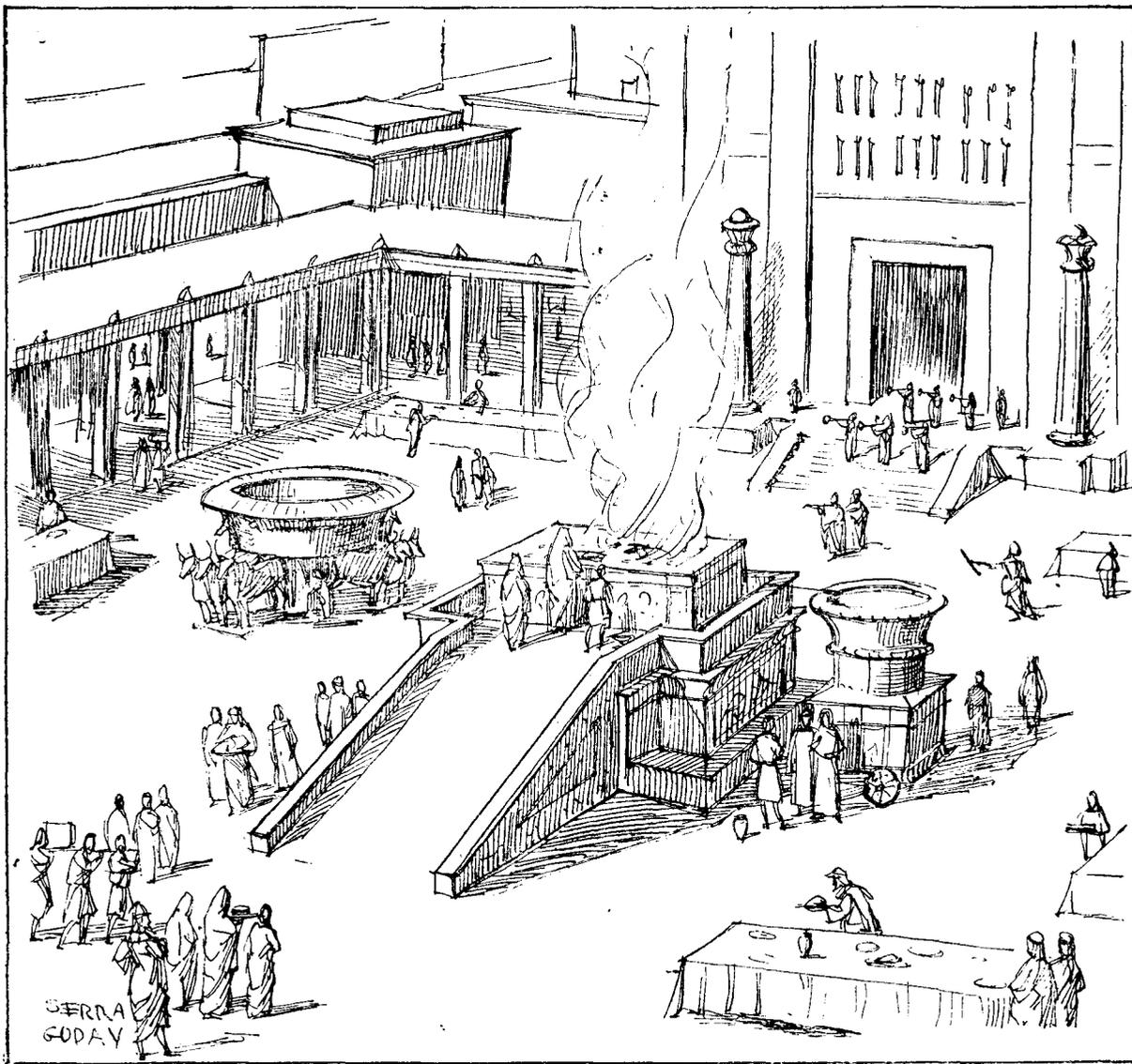
Si en vísperas de la ruina del Templo y del pueblo, cegados por la esplendidez del secular culto mosaico, y no entreviendo el sentido de la vocación de su pueblo, participaban aún los mismos cristianos de aquel celoso fervor, que había apartado de la Iglesia de Cristo a los descendientes de los patriarcas, ¿qué sentirán ahora los judíos, fieles todavía tal vez a Moisés o incrédulos y apartados de la tradición religiosa de su pueblo, pero partícipes también de un envidioso desprecio contra la Iglesia de Cristo?

¿Sentirán tal vez en su corazón aquellos celos que Pablo confiaba que podrían ser también ocasión de retorno a Yahveh, de reconocimiento del Mesías en quien las naciones habían creído? ¿Y reconocerán así en el Sacrificio de Cristo, en la Eucaristía, aquella ofrenda pura que anunciaba Malaquías, y verán así que es Él aquel Rey y Sacerdote según el orden de Melquisedech, en el que se cumplieron las bendiciones prometidas a sus padres?

¿O bien todavía, para la generalidad del pueblo, una celosa envidia les empujará a desear y esperar la restauración de su Templo, a confiar de nuevo en el triunfo terreno de un renacido reino de David? ¿Y confiarán así en que volverá, de este modo, a ser Jerusalén "como en las edades pasadas y en los tiempos antiguos"?

Y podríamos también añadir: ¿Acaso esta emulación envidiosa con la que "*el nacido según la carne, persigue al nacido según la promesa*", no se satisfará con soñar en el renacido esplendor del antiguo culto, sino que se llenará también su corazón del deseo de que llegue a ser realidad la ruina universal del esplendor del Sacrificio eucarístico? ¿Se creerán humillados y postergados mientras la nueva Pascua siga triunfando públicamente entre las naciones?

Francisco Canals Vidal



EL ESPLENDOR DEL CULTO EN LA LEY ANTIGUA

Una Pascua en el Templo de Jerusalén durante el reinado de Josías, rey de Judá

Jehová premia la piedad del rey Josías de Judá, que ha destruido los altares de los ídolos, y su celo por el decoro del Templo es recompensado por el hallazgo de la Ley. Hacia el año 605 se encuentra en un momento político peligroso. La caída de Nínive en poder de los caldeos ha herido la susceptibilidad del rey de Egipto, que no puede permanecer indiferente ante el reparto del imperio moribundo, y Palestina, situada entre los dos colosos, insignificante en cuanto a territorio pero paso obligado para su encuentro, ofrece al rey Josías ocasión para realizar su sueño de reconstruir el reino de David.

En vano el rey de Egipto le da seguridades para que se mantenga al margen de la contienda. Josías personifica en este momento la tragedia íntima del pueblo judío, creyente pero desviado en su insensato orgullo imaginándose acreedor del auxilio divino. Josías quiere la guerra y busca argumentos en las promesas de Jehová para convencerse de lo que de-

sea. Pues qué, ¿no son los judíos el pueblo de Dios? Él, su rey, ¿no ha sido fiel? ¿Por qué Jehová no ha de ayudarle? Ciertamente que su ejército es insignificante al lado de la poderosa armada de Faraón, pero ¿qué valor tienen ante el poder del auxilio divino todos los ejércitos?

Es mucho lo que ha hecho, pero aun hará más para obligar al Señor. Ordenará la celebración de una Pascua solemne para que todo el pueblo sacrifique.

Apenas nuestra imaginación es capaz de evocar la grandiosidad de estas ceremonias de adoración en común de un pueblo, con toda la majestad y el fausto davídico y sublimadas por la relación directa con la divinidad que pone en boca de sus profetas las palabras de Jahvé. Hemos de pedir auxilio a la arqueología y a los documentos, que salen al encuentro de quienes niegan el esplendor de este culto en Jerusalén.

No somos nosotros quien lo decimos. Copiamos

a continuación fragmentos de un libro de Franz Werfel, judío austriaco, que hace revivir con datos rigurosamente históricos, aunque en forma novelada, el episodio de esta Pascua, del tiempo del rey Josías y el profeta Jeremías de Anathoth, con todo el vigor y plasticidad de un sentimiento racial que vive poderoso y fuerte vivificando su propia llama.

Franz Werfel reconocía en Jesús de Nazaret al

Mesías prometido a su pueblo. La ternura de su amor hacia la Virgen María resulta evidente en "La Canción de Bernardette", obra también suya y popularizada en la pantalla de nuestros cines. Pero por una ofuscación incomprensible, tal vez por un amor extraviado a Jesucristo, creyendo ser fiel al destino de su raza de glorificar a Dios en la oposición, no quiso convertirse.

En vuelto en una rojiza y oscilante claridad presentase a los ojos de Jeremías el atrio interior. Los últimos reflejos del crepúsculo se mezclan al resplandor de las lámparas y de las luces que hay sobre las mesas tendidas para el festín divino, y a los reflejos esparcidos a gran distancia por la ardiente mancha del altar de los holocaustos. No es la primera vez que lo ve. Y, no obstante, vuelve a asustarse ante su inesperada magnitud. ¡Qué insignificantes y pequeños parecen al lado del altar los blancos sacerdotes que giran incesantemente en dobles y triples filas a su alrededor! Está fundido en ingeniosa obra con el sagrado peñasco Moriah, que se eleva calizo de las profundidades y forma su base. Ningún escalón ni grada alguna conducen a la cima del altar, sino un ancho veredón en rampa. Ello tiene su razón de ser. Desde los escalones o las gradas se verían los pies y piernas desnudos de los sacerdotes. Pero el Señor quiere que el cuerpo de sus oficiantes esté completamente cubierto. A intervalos, un grupo se separa y asciende a grandes pasos la rampa que conduce hacia el altar. Se compone generalmente de un sacerdote cultrario de alta jerarquía y barba blanca, secundado y apoyado por dos ayudantes, quien lleva la ofrenda en una gran fuente de oro de no escaso peso. La inmolación y el holocausto deben ser ejecutados con la mayor seguridad y rapidez, ya que, llegado a la cima de la rampa, el ofrendante se inclina sobre un rojo e hirviente mar de fuego de muchos codos cuadrados de ancho, únicamente cubierto por una parrilla de piedra y que amenaza tragarlo a él mismo como víctima. Sólo dispone de un corto instante para colocar la ofrenda en el lugar conveniente con una de las palas de oro preparadas con este objeto, y para pronunciar la bendición de rigor. Tan grande es la estuosidad, que los cuatro cuernos de bronce que rematan los ángulos del altar quedan fundidos en informes terrones tras los grandes días de fiesta y deben renovarse. Después de cada uno de los sacrificios que se suceden sin interrupción, los grupos de tres sacerdotes se dirigen al mar de fundición para refrescarse y tomar un refrigerio. El mar de fundición, al oeste del altar, iguala a éste casi en ancho y altura. Un gigantesco recipiente de bronce abollonado del grueso de una cuarta y terminado en un delicado borde de vaso en forma de lirio, descansa cada uno de sus cuatro costados sobre los lomos de tres toros de tamaño sobrenatural; éstos dirigen sus tristemente apáticos hocicos hacia los cuatro puntos cardinales. Es una obra de Hiram, el grandioso artista, de la que se enorgullece Jeremías como todo hombre joven suficientemente versado en antigüedades. De ningún artista, sino obra del Señor, es el manantial que nace en el seco terreno calizo de la montaña sagrada, justamente debajo del mar de fundición, y que por medio de ingenioso dispositivo es impulsado al depósito. Con ello está al alcance de la mano el "agua viva" según el precepto divino; no el líquido muerto de las cisternas, del que hay que sacar primero los renacuajos y sanguijuelas, sino una maravillosa agua helada — clara y pura sangre pulsátil de la tierra — que reanima las cansadas almas de los sacerdotes.

Frente al altar y a distancia conveniente se ha dispuesto la mesa real. Consta de una larga mesa para los prin-

cipes y la corte, y de una pequeña mesa elevada ante la cual se sentarán el rey y la reina. Todas están cubiertas de lino celeste. Ostentan sin excepción, fuentes, platos, vasos, jarros y candelabros de oro puro. Esta preciosa vajilla es cedida expresamente del tesoro del Templo para la mesa real en la fiesta de Pascua. El dueño de casa y amo de la fiesta es Dios. ¿Cómo podría Él, al que todo lo impuro asquea por encima de lo concebible, tolerar en su casa un vaso o utensilio de morada humana? Debido a ello tiene el Templo que preocuparse también por los utensilios de la mesa de los otros huéspedes de Dios, cuyo número, naturalmente, no excede esta vez de los mil. Ya no sucede como hace años, cuando el Rey Josías festejaba su primer festín de alegría dedicado al Señor. En aquel entonces reunió a su alrededor por lo menos tres veces diez mil de todas las casas patriarcales del país. En este día el atrio interior de los sacerdotes que rodean la mesa real está lleno de mesas y bancos; del mismo modo todo el pueblo estaba sentado y cantaba y comía y bebía en aquel entonces en honor del Señor en los dos atrios, de manera que el Rey tuvo que ceder un atrio de su castillo para albergar el excedente de los celebrantes. Más que digna de celebración de tal fiesta había sido su causa, puesto que el Señor había permitido que lo encontraran sin ardiente búsqueda. Allá en el Santuario, donde a los oscilantes destellos de luz Jeremías adivina a las dos misteriosas columnas de bronce, Boaz y Jachim, con sus cabezas coronadas de granadas, allá se había manifestado el Señor a esta generación. Y ello había sucedido así: como la mente y el criterio sacerdotales sólo se deciden con dificultad a hacer las renovaciones y restauraciones necesarias en el Templo, el mismo Josías había dado orden de reparar cuanto antes todos los desperfectos que se hubieran producido en el correr de los siglos en los sagrados edificios. Contra la voluntad e indómita rapidez del Rey no valían los sensatos reparos de los conservadores de la tradición. Con la misma indómita rapidez, él, que tomaba tan en serio el cuidado de la hacienda del Señor y su culto, había limpiado en otro tiempo el país de las columnas de Astharoth, la reina del cielo; barrido de los montes el culto de Baal; librado los valles del Topheth, el horno del horror, y hasta destruido con su propia mano los falsos altares. El Sempiterno, al que los cielos de los cielos no pueden contener, no habita ninguna morada terrestre. Si alguna vez se detiene para alguna pasajera estada, únicamente una casa puede ser su albergue, puesto que Él miento de Único no se hizo esperar. Durante los trabajos de reedificación y compostura fué descubierto un nicho oculto debajo del carcomido enmaderamiento de cedro del pórtico. En ese nicho, entre toda clase de enmohecidos objetos, encontré un bien guardado y conservado rollo de escrituras. Contenía la nueva revelación, o, mejor dicho, la vieja revelación, pues hallábase escrita en él nada menos que la excelsa palabra de Dios dirigida a Moisés. Era el libro doctrinal que desde hacía tiempo creíase perdido; era la gran recopilación de leyes que hasta entonces se conocía a través de una fragmentaria tradición. El Sumo Sacerdote Hilcias, del linaje de Sadoc, que a pesar

de su avanzada edad continúa desempeñando su ministerio, fué quien mereció la gracia del encuentro. Cuando Saphan, el maestro de Judá, a quien inmediatamente mandó llamar, estuvo a su lado, vió temblar el rollo en sus desconcertadas manos de hombre anciano. En el espacio de tres días el erudito Saphan, hijo de Azalías, descifró, reconoció y determinó la verdad: Dios había vuelto a donar a esta generación los perdidos preceptos.

Todo el mundo sabe que durante la primera lectura del rollo en palacio, el apasionado Josías echóse en tierra y rompió sus vestiduras, tan cruelmente lo venció el reconocimiento de los pecados, faltas y violaciones de que se habían hecho culpables él, sus padres, y sus antepasados, conjuntamente con todo el pueblo. Luego, cuando se suavizó el remordimiento, prorrumpió en gritos de júbilo y bailó alrededor del aposento, porque los sentimientos de los descendientes de David cambian y varían rápidamente. Era preciso, pues, una nueva alianza, y él había sido elegido para pactar con Dios en la columna de los juramentos, en el Templo. La primera disposición de Josías recayó en el cumplimiento de la Pascua, el festín de unión con el Señor que en estado de pureza se celebra hoy por décima vez. Jeremías lo aprueba en su corazón henchido de alegría. ¿Acaso existe mayor obra divina que la liberación de Mizraim, el país de la servidumbre y la esclavitud? ¿Y acaso existe una noche de fiesta más hermosa que la decimocuarta de la primavera luna de Nisán, cuando maduran los primeros frutos de la campiña y los suaves y apacibles cielos abrazan con graciosa indulgencia la tierra?

En el mundo existen muchos espíritus dados a la duda; Jeremías lo sabe. Parpadean y cierran los ojos cuando la conversación recae en los preceptos de nuevo recuperados. ¿No se habrá escondido Saphan, el maestro escriba, detrás de Moisés para reemplazar la cómoda y negligente existencia de los tiempos nuevos por otra más amarga y penosa? Nada indigna más al hombre de Anathoth que tan atrevido y jactancioso escepticismo. En largas noches ha grabado en su memoria el contenido del libro, del cual las copias circulan de mano en mano. No es que él anhele dificultades y asperezas de la vida — según su manera de ser las evita cuanto puede —, pero él sabe que la palabra de Dios es la palabra de Dios, y que ningún hombre logra imitarla. Demasiado bien sabe que el Señor posee una Voz, una Voz verdadera y resonante en la cual envuelve a su antojo su palabra. Hay cien posibilidades de ocultarse ante ella, de no tomarla en cuenta, de apagarla con rumores, y Jeremías conoce demasiado bien estas posibilidades...

... ..

En la incesante ceremonia del holocausto parece haberse producido una interrupción. Las hileras van retirándose del altar. Empero, sólo para hacer lugar a la comitiva del sumo sacerdote que desde el ángulo oeste se dirige hacia el centro del atrio. Hilcias — lleva el mismo nombre que el padre de Jeremías — es ya un hombre extremadamente caduco, se mueve de modo lento y tambaleante dentro de las pesadas vestiduras del sumo sacerdote. El racional rectangular con las doce piedras preciosas de las tribus de Israel castañea sobre su enjuto pecho; el sombrero alto con las cuatro letras del nombre de Dios se ha hundido profundamente en su pequeña cabeza de anciano. Hilcias, el celeberrimo, el bendito de Dios que volvió a halar la doctrina, es sacado de su casa sólo una vez al año como de un sepulcro a fin de que ofrezca con mano propia, como sumo sacerdote la ofrenda pascual del rey. Le es conducida ésta en una gran bandeja de oro. Entretanto, él hace oscilar en la temblorosa mano un fino incensario.

Los entrecerrados ojos miopes de Jeremías penden

de la solemne marcha ritual del viejísimo oferente. Las miradas de la muchedumbre se han dirigido súbitamente hacia el escenario de la mesa real. Ha subido Josías, hijo de Amón, los escalones del escenario de la mesa real. Bien que haga largos años que manda en campo y ciudad, es su paso, todavía, un paso marcial. Su corte, que en parte se compone de hombres muy ancianos, hace tiempo que ha dejado de pegarse a los talones del veloz monarca. Con salto leonino ocupa su elevado sitio. La celeste capa volandera circunda su egregia figura. En la cabeza, sobre el pañuelo, lleva un pequeño aro corona, pues llevar la corona de David en la casa de Dios significaría una punible falta contra la humildad de la criatura. Pero más que el aro-corona, resplandece el fresco rostro del rey orlado por corta barba. Resplandece de auforia vital, de gozo corpóreo, del sentimiento del poder y de la certidumbre de haber ganado honradamente la benevolencia del Omnipotente.

Reina el silencio en el vasto atrio. Los huéspedes de las mesas circundantes — miembro cada uno de las más distinguidas casas patriarcales del país — se han puesto en pie. Esperan una palabra del Rey. Josías no pronuncia una sino tres, verdadero santo y seña que hace estremecer los muros:

—¡Alegría de Dios!

Suena como una imperiosa orden de guerra. Manda a los festejantes que reúnan toda la recatada jovialidad y el alegre humor que guarda el alma en medio de las penurias de la vida, para ofrecerlas como ofrenda de las ofrendas. Porque Dios creó en un principio un cielo y una tierra de alegría. Su hálito que ondeaba suavemente sobre las aguas; la luz, a la que dijo: "Sea la luz", y así se hizo, son signos creados de la alegría de Dios. El brillante rostro del rey parece decir: la alegría es una fuerza divina. Él nos la da para que se la devolvamos el día pascual, día de la liberación, día de salvación de la servidumbre y la esclavitud. Jeremías tiene los ojos anegados en lágrimas. Por el atrio retumban mil voces: ¡alegría de Dios!

Al mismo tiempo, entre las columnas Boaz y Jachim irrumpen en el atrio del santuario los hijos de Asaph. Son los cantores y músicos en número de doscientos ochenta y ocho, como a perpetuidad quedó establecido por la regla del rey David y de sus maestros de música Asaph, Hemán y Jeduthún. En tres coros divididos en veinticuatro subdivisiones van ocupando sus sitios. El coro inferior, sobre las gradas, comprende las bajas y broncas voces apropiadas para cantos guerreros o vehementes cánticos laudatorios. El coro de en medio compónese de músicos con arpas de diversas formas y ricos adornos, con salterios, laúdes, flautas, zamponas, cornetas y trombones de largos tubos, sin olvidar los enormes címbalos de metal que durante los embriagadores crescendos de los cánticos excitan el oído con la atronadora aceleración del compás. Mas la flor y nata de las voces se reúne en el coro superior. Para formar parte de esa comunidad son escogidos los cantores en la temprana niñez y sometidos a los más difíciles y escrupulosos ejercicios, adiestramientos y exámenes. Aun así, son admitidos en sus filas en contadas ocasiones. Allí hay sólo verdaderos maestros de canto que conocen, mantienen y practican, en sus más intrincados pormenores, los centenares de clases, medidas, compases, melodías, gradaciones, pasajes, ornamentos, introducciones, principios y finales del arte, tal como Asaph los ideó. Si la inspiración del Señor y la opinión de los rigurosos jueces en la materia lo permiten, están capacitados para unir al antiguo y sacro patrimonio de cánticos e himnos, alguno nuevo. Esa noche entonan una canción muy antigua — un cántico sagrado compuesto por David — que con la desmesurada potencia de sus armoniosos sonidos aplasta y apaga la garrulería de los huéspedes de Dios.

JERUSALEN Y EL TEMPLO EN EL PENSAMIENTO Y EN EL CORAZON DEL PUEBLO JUDIO

La pregunta que planteamos en el presente número ¿Qué pensarán los judíos del reciente Congreso Eucarístico Internacional?, viene determinada por la significación especialísima del pueblo judío — el pueblo escogido por Dios — en dos aspectos extraordinarios de su extraordinaria historia, es a saber, su dispersión a través del mundo después de la destrucción del Templo de Jerusalén, y su actual renacimiento a impulsos del movimiento sionista iniciado a fines del pasado siglo y que ha culminado en nuestros días en la constitución en Palestina del Estado de Israel. Mas para comprender la terrible tragedia que anida en lo profundo del alma judía, hay que conocer su amor entrañable, su añoranza constante de la Ciudad Santa y de su suntuoso Templo, verdadero centro vital del judaísmo, recordados siempre por los judíos con indecible amargura, pero también como esperanza, más o menos remota, de su posible restauración a la que habrá de quedar vinculado su auténtico renacimiento nacional. Para ello, y con el fin de situar mejor las finalidades del moderno sionismo, de cuyo desarrollo tratamos explícitamente en el presente ar-

tículo, recordaremos previamente dos hechos aleccionadores de los que fueron protagonistas los judíos; uno, el intento de profanación del Templo por los romanos, en los días en que el elegante y afable Petronio cuya figura nos es familiar por la maravillosa descripción que del mismo hemos leído en "Quo vadis?", era procónsul en Siria, y del ardor y tenacidad sobrehumanas que opusieron victoriosamente los judíos para frustrar tal intento; y el otro, la defensa que hicieron de Jerusalén, a costa de mil privaciones y sufrimientos, antes de caer la ciudad en poder de Tito y de quedar destruido por el fuego el Santuario. La descripción de esos dos hechos cruciales en la vida del pueblo judío la tomamos esencialmente de autores conocidos, recogiendo de un modo especial varios relatos de un moderno escritor judío — Sholem Asch — contenidos en una biografía novelada de San Pablo, mezcla abigarrada de hechos históricos, de verdades innegables, y también de gravísimas tergiversaciones, pero que tiene la rara cualidad de expresar en un brillante estilo el pensamiento íntimo — y por ello actual — de los judíos en unos momentos trascendentales de la Historia.



os forjadores del cobre y el bronce del Imperio romano, los que trabajaban el metal y los escultores, se hallaban ante un desconcertante problema artístico. ¿Cómo tramutarían las débiles, afinadas líneas y expresión del César en la poderosa imagen de un Júpiter, digna de colocarse en los templos de todas las provincias, sin sacrificar al mismo tiempo todo parecido al original?"

Era el año 40 de nuestra era. Ocupaba entonces el trono imperial Cayo Calígula, sucesor de Tiberio, el cual, después de haber sufrido una penosa enfermedad, se había trastornado casi por completo hasta atemorizar al mundo entero con sus insanos caprichos y sus crímenes innumerables. Llevado por monstruosos impulsos se había atribuido a sí mismo la majestad divina, ordenando que su estatua fuese venerada por todos sus súbditos. Tal era la causa que había puesto en movimiento todos los talleres de escultura, y que planteaba la difícil e intrincada cuestión a los artistas, según el párrafo de la obra de Sholem Asch que acabamos de transcribir.

Pero los escultores de Sidón se hallaban todavía en una situación más apurada ante el especial encargo que habían recibido, pues la imagen cuya construcción se les confiaba estaba destinada, por orden del César, al Templo de los judíos en Jerusalén.

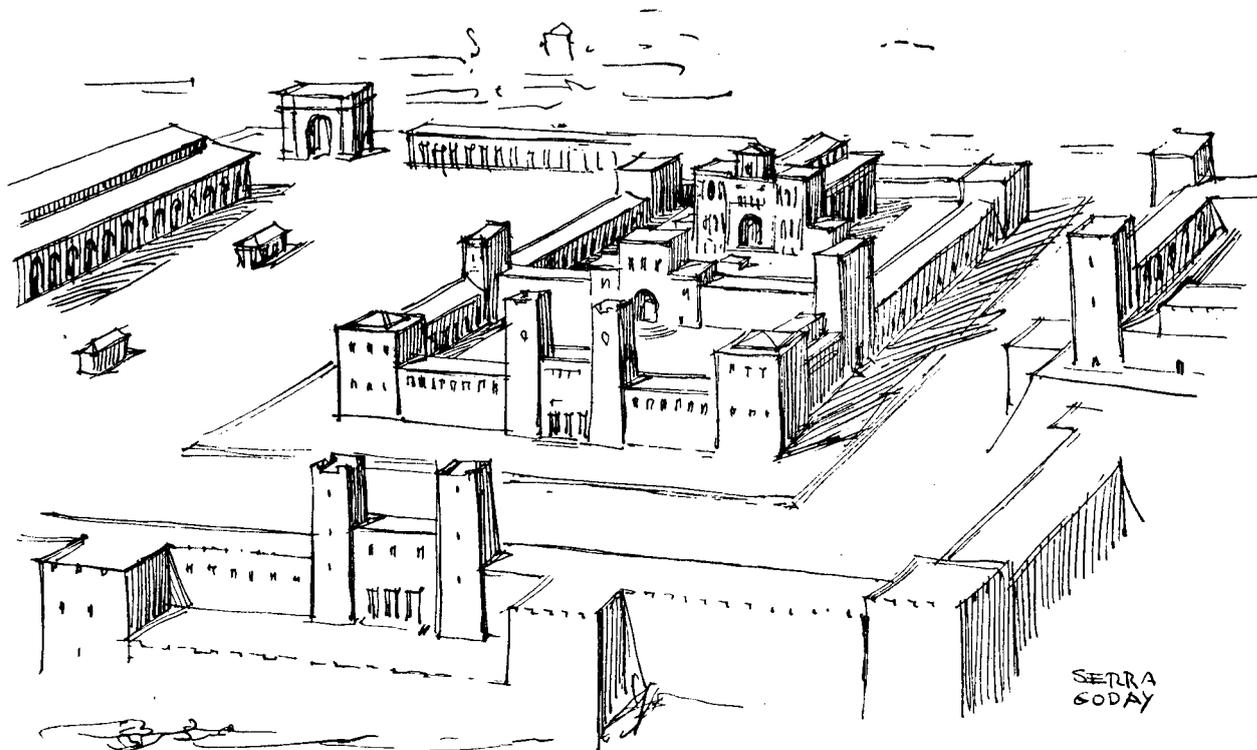
La disposición de Calígula era terminante. Noticias recién llegadas de Alejandría le informaban de que los habitantes de Judea se negaban a tributarle culto, y altamente irritado por esa actitud había dispuesto que los mejores artistas de Sidón construyeran una estatua para presidir el Sancta Sanctorum del Templo, encargando al procónsul de Siria, "hombre refinado y de educación clásica", que, una vez terminada, la acompañase con sus legiones hasta Jerusalén.

Los escultores de Sidón habían terminado el encargo y la nueva imagen de Calígula fué entregada a las autoridades de Roma. "Presentaba rasgos típicamente asiáticos: la nariz era la del dios Moloch, ancha y chata, y la cabeza asiática sostenida sobre el delgado cuello — pues en este detalle habían sido fieles al retrato de Calígula — producía el efecto de una caricatura."

Petronio recibió en Tolemaida, donde acababa de llegar con sus soldados, la repulsiva estatua y allí fué informado de que los judíos, abandonando sus campos y hogares, se dirigían a su encuentro, con sus doctores y sacerdotes y los hermanos del rey Agripa, Aristóbulo y Helio, al frente, para protestar contra el mandato imperial.

"Akko era un puerto situado junto a la frontera de Fenicia, una ciudad construída según el estilo herodiano de Cesárea: escaleras y edificios de mármol blanco en torno a un foro donde había un templo y la casa del gobernador. Un torrente de hombres, mujeres y niños, diez mil personas según cálculos moderados, se había vertido en la ciudad procedente de la campiña judía, y aun continuaban llegando, contingente tras contingente. Perteneían a todas las clases sociales; muchos iban descalzos y vestidos de estopa. Habían dejado en los campos sus arados de madera. Todos ellos iban de luto, algunos con ceniza en la cabeza. Entonaban cantos de lamentación, notas altas, melodías nasales, profundos gorgoteos guturales, con que el aire se llenaba de lastimero son. Los griegos sirios que habitaban Akko se asomaban a sus puertas y contemplaban atónitos a los gimientes grupos. Las voces de las mujeres se elevaban hacia el cielo sin nubes, pero un dolor más hondo y un rencor implacable brillaba en los ojos de los hombres. Tenían fruncido el ceño, arrugado el rostro. Una atmósfera de tácita furia y oculta incertidumbre llenaba el pequeño puerto. Muchos de los hombres llevaban guadañas y báculos de pastor, armas formidables en manos de una multitud enfurecida. Los hambrientos y nervudos cuerpos, los tensos rostros indicaban una resolución desesperada.

"Petronio era un hábil administrador romano, no desprovisto del sentido de la justicia, que asociaba a la ley



romana. Para él, la paz y el orden romanos eran divinidades a las que tributaba un culto ilimitado e indiscutido.”

Sin embargo, recibió a los representantes de los judíos y escuchó atónito su decisión de no permitir en ninguna circunstancia “que una imagen de un hombre de carne y hueso profanase su santuario. Semejante cosa, le dijeron, era contraria a su fe, y estaban dispuestos a perder la vida antes que permitir que se llevase a efecto”.

Petronio les preguntó:

—¿Consideráis indigna de vuestro gran Templo la imagen construída por los maestros sidonios, y por esto os negáis a aceptarla? Si es así, intervendré personalmente con el César y le pediré que mande una estatua debida al mejor de los griegos, una estatua cubierta de oro de los pies a la cabeza...

—Aunque el César nos mandara al Júpiter capitolino, cubierto de oro de los pies a la cabeza o al gran Zeus de Atenas, no permitiríamos que la imagen entrase en nuestro Templo.

El romano palideció y sus azules ojos centellearon.

—¿He de considerar esto como una declaración de guerra a Roma? ¿Por esta razón habéis concentrado en Akko vuestras multitudes?

—¡No! No deseamos la guerra con Roma. Pero no podemos transgredir nuestra ley, que nos prohíbe reconocer como dios a un hombre de carne y hueso y colocar su imagen en nuestro Templo.

—Estoy aquí para cumplir el decreto del César; mis órdenes no provienen de vuestra ley. No necesito vuestro permiso. Tengo mis legiones.

—El pueblo se opondrá a su paso.

—¿Vuestro pueblo hará la guerra a Roma?

—Si nuestro pueblo no puede hacer la guerra a Roma, puede por lo menos morir por su Dios y por la ley de su Dios.

—¡Oídme! He estado en muchos países, y hasta ahora sólo he visto morir por el César y por las leyes de Roma. No he visto morir a nadie por sus dioses y sus leyes.

—Lo verás aquí, en Judea.”

La entrevista había terminado. Petronio ordenó que la imagen del César, levantada sobre una plataforma, comenzara su marcha hacia Jerusalén. En este momento, “un terrible grito de lamentación surgió de la muchedumbre. La tormenta de lamentos se propagó del muelle al foro, del foro a todos los sitios descubiertos. Y un muro de carne

viva formóse súbitamente en torno a la plataforma y a la embanderada legión que la acompañaba...”

”La primera ola de legionarios, encabezada por los germanos montados, se lanzó sobre el muro de carne viva. Éste cedió, pero no se rompió. Donde se formaba una brecha, surgía una masa para cerrarla. En vano lanzaban los germanos sus caballos contra la compacta masa de hombres, mujeres y niños. En vano avanzaban los legionarios dando tajos ciegamente. Donde caía uno, una docena ocupaban su lugar. Como una roca en medio de un torrente furioso, el muro de carne y sangre sostenía la furia del asalto. No hubo intento de defensa. Caían donde se hallaban. Sólo se alzaba un inmenso gemido, un gorgoteo de dolor y desesperación.

”Petronio lo estaba mirando desde la azotea de la casa de gobierno. Para él todo aquello era pura locura...”

”Pensó de pronto que, si persistía, si cumplía literalmente el decreto imperial, tendría que arrastrar la imagen hasta un templo vacío. No quedarían judíos para rendir homenaje al dios Cayo... Lo que Calígula deseaba era ser adorado en un santuario vivo. Instalar la sagrada imagen en un templo desierto de un país despoblado sería el mayor insulto a la majestad de la divinidad...”

”Junto a la ira, y aun repugnancia, que aquella muestra de obstinación sin sentido, suicida, había despertado en él, surgió también un sentimiento afín a la admiración. ¡Esto era devoción a un dios! Y esta maravilla era más incomprendible para él cuando reflexionaba que el Dios por el cual ofrecían sus cuerpos desnudos e indefensos a las espadas de los legionarios no los había exaltado sobre sus vecinos en modo alguno...”

—¡Detened la procesión del dios Cayo! —ordenó de pronto. Y a los que le rodeaban, atónitos, dijo a manera de explicación—: El César me envió a Judea a colocar su imagen el Templo para que los judíos pudiesen adorarle. ¡Los muertos no pueden adorar!

”Y gritó a los judíos:

—¡Id a vuestras casas! ¡Volved a vuestras ocupaciones! Mandaré un informe completo al César. Preferiría pagar con mi propia vida que tomar sobre mí la responsabilidad y el pecado de la destrucción de tantas vidas ofrecidas en el nombre de vuestro Dios... ¡y mío!

”Los oficiales agrupados alrededor de Petronio quedaron petrificados al oír estas asombrosas palabras. Los representantes judíos estaban mudos y boquiabiertos. Pero

de la masa que llenaba la plaza se levantó un grito exótico:

"—¡Hosanna! ¡Hosanna!

"Y de nuevo recorrió la ciudad: toda desesperación, todo rencor se desvanecían. Gozo, exaltación, triunfo llenaban el aire y las masas de las calles y plazas de Akko se lanzaron al suelo en adoración y esperanza.

"—¡Hosanna! ¡Hosanna!"

Incendio y destrucción del Templo

Flavio Josefo acababa de encaramarse, con la ayuda de varios soldados romanos, sobre la muralla que Tito había ordenado levantar alrededor de Jerusalén para que el cerco que mantenía contra la ciudad no conociera la menor brecha. Desde allí, y protegido por los escudos de algunos legionarios, Josefo llamó a los defensores de una de las torres que flanqueaban el muro protector externo de la Ciudad santa, y les habló de esta manera:

"—¿Quién ha movido a los romanos a venir contra los judíos? ¿No os parece que ha sido la impiedad de los naturales de Judea? ¿De dónde nos vino el principio de toda nuestra servidumbre y cautiverio? ¿No sucedió por la discordia de nuestros antepasados, cuando la riña y división entre Aristóbulo e Hircano, movió a Pompeyo a que entrase en la ciudad, y sujetó Dios los judíos a los romanos como indignos de libertad?"

Y levantando todavía la voz, les exhortaba: "Conviene que los que poseen ahora este santo lugar dejen al juicio de Dios todo lo que se haya de realizar y entonces menospreciarán el poder y las fuerzas humanas estando conformes con lo que Dios disponga. ¿Qué habéis cumplido vosotros de todo cuanto dejó ordenado el que fundó la ley? ¿Y qué habéis dejado sin hacer de todo cuanto aborreció y maldijo?... Habéis acogido en el Templo a todos los malvados, profanando el mismo lugar que los romanos, desde lejos, adoraban, reverenciando nuestras leyes pero no nuestras costumbres. ¿Qué esperáis? ¿Creéis que os ha de ayudar Aquél contra quien habéis sido tan impíos? Muy justos sois, por cierto, con las manos puras y limpias de pecado, pero, ¿le rogáis humildemente que os ayude?..."

"Los romanos — gritaba — no piden otra cosa sino que les paguéis el tributo que les debéis, el que vuestros padres les pagaban. Si así lo hacéis, ni destruirán la ciudad ni tocarán el Templo, y concederán libertad a vuestras familias y gentes, conservarán vuestras posesiones y bienes, y harán que vuestras leyes permanezcan salvas e invioladas."

Gritos, denuestos e imprecaciones acogieron las palabras del improvisado orador. ¿Qué autoridad tenía Josefo para hablar a los judíos? ¿No se había pasado, acaso, a los romanos y no colaboraba con ellos en la guerra contra su pueblo?

Lleno de ira y de dolor, bajó Josefo de su improvisada tribuna, mientras los de la torre renovaban sus incesantes ataques contra los romanos. El fracaso del judío al tratar de convencer a su hermanos sitiados, hizo comprender a Tito que sólo la guerra llevada hasta sus últimas consecuencias podía poner en sus manos a Jerusalén. Y así, desde aquel momento, cuantos habitantes de la ciudad caían en poder de sus soldados eran ahorcados después de hacerles objeto de vejámenes e injurias. Pero eran tantos los que huían de Jerusalén o se entregaban prisioneros, "que faltaba lugar para poner las horcas, y faltaban también horcas para colgarlos".

El final de Jerusalén se aproximaba inexorablemente. Varias extensiones de los muros que protegían a los sitiados habían caído en poder de los romanos. También la torre Antonia sucumbió ante las poderosas máquinas de guerra emplazadas por orden de Tito. Desde sus ruinas, el jefe romano dirigió la lucha final contra las murallas del Templo que, por iniciativa de los zelotes, principal-

mente, se había convertido en una verdadera fortaleza.

Tito dispuso que una de las puertas del sagrado recinto fuese entregada al fuego para facilitar la entrada de los soldados. Así se hizo, trabándose desde aquel instante una furiosa batalla, sin que los judíos consiguiesen apartar a los romanos de las inmediaciones del Templo.

"Entonces, un soldado, sin aguardar a que nadie se lo mandase y sin vergüenza por tal hecho, antes parece que movido de furor e ímpetu divino, y animado por uno de sus camaradas, tomó una madera encendida y la arrojó a través de una ventana de oro, comunicándose el fuego a las otras partes del Templo. Alzóse la llama, levántose con ella un llanto y clamoreos dignos ciertamente de tal destrucción y ruina, acudiendo presurosos los judíos a atajarla, con riesgo incluso de sus propias vidas, viéndose que iban a perder aquello por lo que tanto habían luchado. Llevada esta nueva a Tito por cierto hombre, saltó a caballo y llegó corriendo al Templo para prohibir el incendio; seguíanle todos los capitanes y todo el ejército muy amedrentado. El ruido que hacía tan gran ejército, viniendo sin orden y con gran griterío, era muy grande, y aunque César daba grandes voces y hacía señales con la mano, mandando atajar el fuego, ni oían los demás su voz, porque la gritería de todos cerraba sus oídos, ni miraban los señales, estando los unos entregados a la pelea y los otros movidos por la ira que tenían. Las amenazas y mandatos de César no eran bastantes para detener el ímpetu de los que adentro corrían... Cuando hubieron llegado al Templo, fingiendo que no oían lo que César mandaba, cada uno persuadía al que le iba delante a que pusiese fuego al Templo.

"A los amotinados no les quedaba ya esperanza alguna de poder impedir lo que se estaba haciendo. La matanza era general por todas partes, y cada uno huía como mejor podía. La gente que no podía defenderse ni hacer algo, era muerta en el lugar mismo donde se encontraba. Amontonábanse gran cantidad de cadáveres alrededor de donde estaba el altar; por las gradas del Templo manaba la sangre, y los cuerpos que por allí caían, nadaban en ella.

"Cuando César vió que no podía detener el ímpetu furioso de sus soldados y que el fuego lo enseñoreaba todo, entró con sus comandantes dentro y observó el santuario y lo más íntimo del lugar santo, el cual ciertamente excedía a la fama de que gozaba entre los extranjeros y en nada era inferior a la gloria y loores con que los judíos se gloriaban de él. Pero como no había llegado aún, por otra parte, el fuego al interior del Templo, antes sólo se cebaba en los departamentos que estaban a su alrededor, pensando, como era la verdad, que podrían conservarse el cuerpo del edificio, saltó en medio de ellos, comenzó a rogar a su gente que matasen todos el fuego, y envió a un centurión de los de su guardia para que castigase a los que no quisiesen obedecerle. Pero el furor embravecido de la gente, la fuerza e ímpetu tan grande que traían, y el odio que tenían contra los judíos, era causa de que menospreciaran el mandamiento de su jefe con menos reverencia y acatamiento del que convenía, y que no le temiesen. Algunos, o los más, se movían a ésto por pensar que dentro estaría todo lleno de oro, viendo que las puertas eran de este metal. Un soldado de los que habían entrado, antes que César, había ya puesto fuego a una puerta, y entonces presto, viendo que la llama prendía por dentro, partióse César y sus capitanes con él, y ninguno hizo más fuerza a los que por de fuera ponían el fuego.

"De esta manera, pues, fué quemado el Templo contra la voluntad de Tito."

Los sacerdotes que habían quedado con vida fueron hechos prisioneros y llevados a presencia de Tito, al cual pidieron les conservase la vida. "Respondió aquél, que el tiempo para alcanzar perdón había pasado, y había perecido todo aquéllo por lo cual él les había de perdonar y dejarles con vida, y que convenía que los sacerdotes pe-

reciesen con el Templo, y pues éste era ya consumido, mandó que fuesen todos degollados”.

La mesa, el candelabro de siete brazos, las trompetas sacerdotales, los vasos sagrados y los velos de púrpura fueron llevados por Tito a Roma y paseados en triunfo en el cortejo de los vencedores. En el arco de triunfo levantado en la capital del Imperio en los días de Domiciano, pueden verse todavía esculpidos el candelabro y las trompetas llevados por grupos de soldados, mientras en lo alto campea esta inscripción: “Senatus populusque Romanus divo Tito divi Vespasiani Vespasiano Augusto”.

También en el Círculo Máximo se encuentran los restos de otro arco triunfal levantado el año 81, en los cuales se lee: “Senatus Populusque Romanus Imp. Tito Caesari divi Vespasiani filio Vespasiano Augusto pontifici maximo tribunicia potestate X, imperatori XVIII, consuli VIII, patri patriae principi suo, quod praeceptis patriis consilisque et auspiciis gentem Judaeorum domuit, et urbem Hierosolymam omnibus ante se ducibus regibus gentibus aut frustra petitam aut omnino intemptam delevit”.

¿Qué debieron pensar los judíos sobrevivientes, los judíos de la Diáspora?

Sholem Asch nos describe la angustia de los judíos que vivían en Roma al tener conocimiento de la sublevación de Palestina contra el Imperio. La noticia llegaba en unos instantes cruciales; poco antes los Apóstoles Pedro y Pablo habían sido ajusticiados, uno en el Vaticano, el otro en la pirámide de Cestos. Era un mundo nuevo el que nacía entre la sangre de los dos mártires. Ahora la Judea se levantaba contra los romanos. ¿Qué sería de Jerusalén? ¿Qué sería del Templo?

“En la mañana de sábat, una fiera inquietud reinaba entre los fieles de la atestada sinagoga de Augusto, en el barrio transtiberino. Había llegado de Jerusalén la noticia de que la tormenta que, desde hacía tanto tiempo, se estaba concentrando en Judea contra el poder de Roma había estallado al fin. Los judíos se habían alzado; habían derrotado a las tropas del procurador Festo, y, una vez más, después de tantos años, Jerusalén estaba en manos judías. ¡Jerusalén era libre! En Roma, la congregación judía recibió la noticia con encontrados sentimientos. Había alegría; había incertidumbre y miedo. Temblaban no sólo por sí mismos, los que vivían en la Capital del Imperio, sino — mucho más — por la suerte del Templo. Temblaban por ese símbolo final de la unidad judía, más importante a sus ojos que la independencia nacional. Eran los jóvenes los que se alegraban, aunque se daban perfecta cuenta de que el resultado final era todavía dudoso; eran los viejos los que, recordando muchas rebeliones y el paso por las calles de Roma de muchos desfiles triunfales con rebeldes cautivos, estaban llenos de presentimientos acerca de la ciudad santa y su santuario.”

¿Qué sería de los judíos después de la destrucción del Templo, “símbolo último” de su unidad nacional? ¿Esperaban, tal vez, en que algún día podría ser reconstruido?

El sionismo y la declaración Balfour

El movimiento sionista, como expresión de la tendencia nacida en el seno del judaísmo y dirigida a la restauración de un Estado nacional de los judíos, se concreta en sus inicios en un nombre y una fecha. El nombre es Teodoro Herzl; la fecha la de 1896, año en el cual aquel escritor judío publicó en Viena su libro fundamental: *Der Judenstaat* (“El Estado judío”).

Con anterioridad a las ideas expresadas por Herzl en dicha obra, se habían realizado varios intentos, de carácter teórico unos, prácticos otros, convergentes todos ellos a lograr que los judíos sintiesen la necesidad imperiosa de crear un Estado propio. Esta era la idea general dominante. No se hablaba tanto de la vuelta a Palestina, como de crear un a modo de hogar nacional independiente

en el que los judíos de todo el mundo hallasen refugio y seguridad.

En el orden de los principios, señalaremos los proyectos de David Hartley, apoyados por el príncipe José de Ligne, y el libro “Roma y Jerusalén” de Moisés Hess. Moisés Mendelsohn, en cambio, se oponía a tales sugerencias insistiendo en el carácter específicamente religioso del judaísmo.

En el terreno de la realidades, citaremos las colonias judías creadas en Palestina bajo el patrocinio y la colaboración económica del barón de Rothschild, a partir de 1881, que acogieron a importantes núcleos de intelectuales procedentes casi todos de la Europa oriental. De allí toman cuerpo las diversas agrupaciones conocidas con el nombre de *Chovevi Zion* (“Amantes de Sión”), que impulsan, modestamente, la emigración de los judíos del oriente europeo a Palestina; si bien ese inicio remoto de la vuelta a Sión coincide con una emigración mucho más considerable de judíos rusos a los Estados Unidos de Norteamérica.

Sin embargo, las *Chovevi Zion* constituirán después la base organizada del movimiento sionista en ciernes, y sobre ellas Teodoro Herzl montará sus Congresos sionistas.

Como hemos indicado anteriormente, *Der Judenstaat* es la obra capital del sionismo, tal como se entiende hoy, y ha sido en definitiva sobre sus principios, desarrollados a través de los sucesivos Congresos sionistas, que se ha puesto en marcha el movimiento, arrollador en los últimos años, de la vuelta de los judíos a Palestina.

En este libro, Teodoro Herzl considera la situación en que, a su entender, se halla el pueblo judío, alejado de su patria, disperso por el mundo y perseguido por los pueblos llamados gentiles. Ello sitúa exactamente la cuestión judía. Todos los pueblos — dice — son antisemitas y aunque a menudo se producen en las diversas naciones cortos períodos de tolerancia, la hostilidad y la persecución se reproducen de nuevo. En la “Diáspora”, por consiguiente, no puede encontrarse solución aceptable para los judíos. De ahí arranca la concreción del programa que Herzl estima como definitivo: la creación de un Estado en cuyo territorio hallen refugio todos los judíos que no estén seguros en el resto del mundo y deseen acogerse en el seno de la Patria renacida.

Este es, en términos muy generales, el planteamiento del problema judío y la solución ideal según el pensamiento de Herzl. No se trata ya de la vieja aspiración sentimental condensada en la fórmula que repetían los rabinos en las sinagogas: “¡El año próximo a Jerusalén!”. No es tampoco la argumentación basada en el simple recuerdo histórico. Ni la una ni la otra podrían explicar suficientemente el impulso y las indiscutibles realidades conseguidas por el movimiento sionista. No obstante, ¿puede explicarlo tan sólo el antisemitismo invocado por Herzl?

No todos los judíos se mostraron conformes con la tesis del iniciador del sionismo y en este sentido cabe señalar a los miembros de la *Agudath Israel*, movimiento ortodoxo que estima que la vuelta de los judíos a su hogar nacional no puede ser en modo alguno obra de hombres, sino que ha de cumplirse cuando lo ordene el mismo Dios.

Sin embargo, Herzl continuó sus planes hasta lograr convocar en 1897 el primer Congreso sionista en Basilea. Allí fué en donde Teodoro Herzl, influenciado sin duda por las tendencias dominantes en la *Chovevi Zion*, vinculó estrechamente su ideal de un Estado judío con la vuelta de los judíos a Palestina. El sionismo como movimiento político iba precisando y definiendo su doctrina. Sólo faltaba situarlo exactamente en su papel renovador dentro del judaísmo, y esto es lo que hizo precisamente Teodoro Herzl en el discurso inaugural del citado primer Congreso.

La primera definición del sionismo que encontramos en el citado discurso, no añade gran cosa a lo que se conocía ya del pensamiento del fundador: “Movimiento ordenado, legal, humanitario, cuyo objetivo se desprende

de la vieja nostalgia de nuestro pueblo". Según ello cabría encuadrar al movimiento sionista dentro de un tipo específico de sociedad benéfica, destinada a proteger a los judíos indigentes, a auxiliar a los oprimidos.

Pero en 1897 era preciso decir algo más concreto. Y Herzl no tuvo inconveniente en hacerlo contar.

"Nuestros adversarios — dijo — no se dan cuenta tal vez de hasta qué punto han herido justamente a aquellos de los nuestros, a quienes sin duda no querían ultrajar en primer término. Los judíos modernos, los judíos cultivados, los que, después de haber abandonado tiempo ha el ghetto, se habían deshabitado del tráfico sórdido, han recibido el golpe del puñal en pleno corazón. Nosotros podemos decirlo hoy tranquilamente, sin miedo a que se nos acuse de querer despertar la piedad de nuestros adversarios. Tenemos la conciencia limpia."

"El mundo — agrega — está mal informado de los judíos, y la verdad es que el antisemitismo nos ha atacado en el momento en que nos hallábamos más faltos de solidaridad". De ahí el primer objetivo, el objetivo esencial del movimiento que nace, y que Herzl sintetiza con estas palabras:

"El sionismo es el retorno al judaísmo precediendo al retorno al país de Israel."

Con dicha definición, mucho más preciosa que la anterior, se sienta una premisa básica, fundamental del movimiento sionista: dar nuevo impulso, nueva vitalidad al judaísmo. Por ello se hizo posible que Ahad Aham (Uscher Ginsberg), creador del sionismo llamado espiritual, de sentido estrictamente religioso, aunque opuesto al puro nacionalismo político de Herzl, colaborase en el citado Congreso de Basilea, con el cual por otra parte, y concretamente en la figura de Ahad Aham, se relacionan los tan discutidos "Protocolos de los sabios de Sion".

El sionismo fué aumentando su poder e influencia, sobre todo después de que Max Nordau y posteriormente Chaim Weizmann se pusieron al frente de la organización.

La primera guerra mundial dió una oportunidad excepcional al sionismo, al lograr que, en el mes de noviembre de 1917, lord Balfour dirigiese, en nombre del Gobierno británico, una carta al célebre judío lord Rothschild, en la que se decía: "El Gobierno de Su Majestad ve con agrado el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, y empleará sus mejores esfuerzos para el logro de este objetivo."

No creemos que los méritos que pudo ganar la legión judía que se adscribió en Palestina en 1917 y 1918 a las filas del ejército del General Allenby implicaran una recompensa tan generosa como la que acababa de hacer al judaísmo el Gobierno británico. Pero lo cierto es que la promesa de lord Balfour constituyó el pilar fundamental sobre el que maniobró continuamente el sionismo, hasta lograr el reconocimiento explícito del prometido "hogar nacional" por parte de la Sociedad de Naciones, y la conversión, más tarde, del "hogar" en un Estado, como fruto inmediato de la segunda guerra mundial.

Desde el 24 de junio de 1922, la Sociedad de Naciones confió a Inglaterra el mandato sobre Palestina, con el bien entendido de respetar su anterior promesa a los judíos. Conviene señalar que la protección oficial de la Gran Bretaña era indispensable para que los judíos pudiesen penetrar lentamente en el territorio, desplazando silenciosamente a los árabes. Y así, el propio Chaim Weizmann, al indicar con anterioridad al acuerdo de la Sociedad ginebrina el camino que había de recorrer el sionismo hasta alcanzar la finalidad apetecida, decía: "Declaramos consecuentemente que, señalando como punto final la creación de un Estado judío en Palestina — un ideal por el cual toda la organización trabaja —, hemos de pasar por una de esas fases intermedias que, así lo espero, será una de las resultantes de esta guerra, es, a saber, que la comarca más bella de Palestina esté bajo el protectorado de una potencia tan justa y pujante como la Gran Bretaña. Bajo

la égida de dicha potencia, los judíos podrán desarrollarse y obtendrán el grado de autonomía que merezcan."

¿Profecía o plan? Lo realmente curioso es que todo siguiese el desarrollo señalado por Weizmann. La primera guerra mundial facilitaba al sionismo su primer éxito positivo; la segunda guerra, afianzaría el triunfo anterior. Y la Gran Bretaña, "potencia justa y pujante" en 1917, se convertiría en una potencia opresora para acabar en un Estado de segundo orden después de su "victoria" militar de 1945.

Pero la realidad es que con la Gran Bretaña, y contra la Gran Bretaña, el sionismo creado por Teodoro Herzl alcanzó su gran objetivo: la vuelta de los judíos a Palestina y la fundación subsiguiente del Estado de Israel.

Un Estado fundado en media hora

Después de una breve reunión con otros cuatrocientos dirigentes sionistas, celebrada en el Museo de Tel Aviv, David Ben Gurion abandonó el edificio muy satisfecho, y todos los que estaban a su alrededor en aquellos momentos pudieron oír de sus labios estas significativas palabras:

"—Hemos estado esperando durante dos mil años, y en media hora hemos terminado."

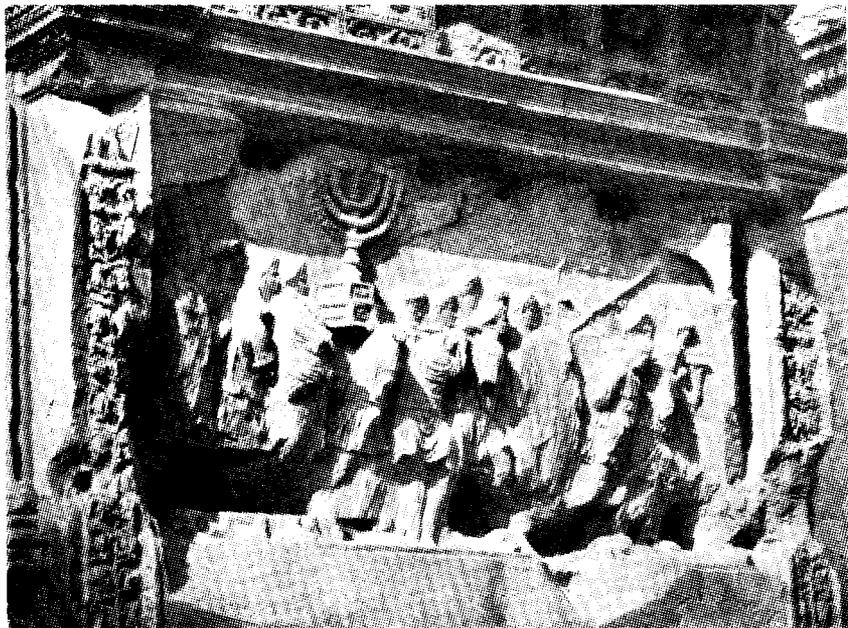
Evidentemente, Ben Gurion hablaba tácitamente en nombre de los judíos, pero ¿qué era lo que habían estado esperando durante dos milenios? ¿Y qué es lo que habían realizado en media hora?

Pues, sencillamente, en aquella media hora acababa de tener lugar uno de los acontecimientos más trascendentales, quizá, de toda la historia: la fundación de Israel, la restauración del Estado judío. Y esto había ocurrido en una sala cualquiera del Museo establecido en la ciudad judía de Tel Aviv, el día 14 de mayo de 1948, cerca, muy cerca de la playa en donde los últimos marinos pertenecientes a las fuerzas británicas de ocupación arriaban solemne y definitivamente su bandera.

En la reunión, los dirigentes sionistas habían acordado la fundación del nuevo Estado, y aprobado el texto de la proclama mediante la cual se daba a conocer al mundo la extraordinaria nueva. En ella se empezaba aludiendo a la significación del territorio de Palestina en el desarrollo del pueblo judío, recordando los siguientes hechos:

"La tierra de Israel fué el lugar natal del pueblo judío. Aquí se formó su identidad espiritual, religiosa y nacional. Aquí consiguió la independencia y creó una cultura nacional de significación universal. Aquí escribió y dió al mundo la Biblia. Exilado de Palestina, el pueblo judío siguió fiel a ella en todos los países de su dispersión, sin dejar nunca de orar y esperar el retorno y la restauración de su libertad nacional. Impelidos por esta asociación histórica, los judíos lucharon al correr de los siglos para volver a la tierra de sus antepasados y recobrar la categoría nacional. En recientes décadas han regresado en masa, han avanzado sobre el desierto, han resucitado el idioma, construido ciudades y pueblos, han establecido una vigorosa y creciente comunidad con su propia vida económica y cultural. Han buscado la paz, pero siempre han estado dispuestos a defenderse. Han traído las bendiciones del progreso al país."

Continuaba después el texto aludiendo a las sucesivas fases principales por las que pasó el movimiento sionista desde el I Congreso convocado por Teodoro Herzl, al que ya hemos hecho referencia, pasando por las dos guerras mundiales, después de las cuales el sionismo había logrado importantes conquistas a través de los acuerdos adoptados, respectivamente, por la Sociedad de Naciones y la organización internacional de las Naciones Unidas, subrayando que, precisamente por resolución de la Asamblea general de la O.N.U., en 29 de noviembre de 1947, se establecía el Estado judío independiente en Palestina.

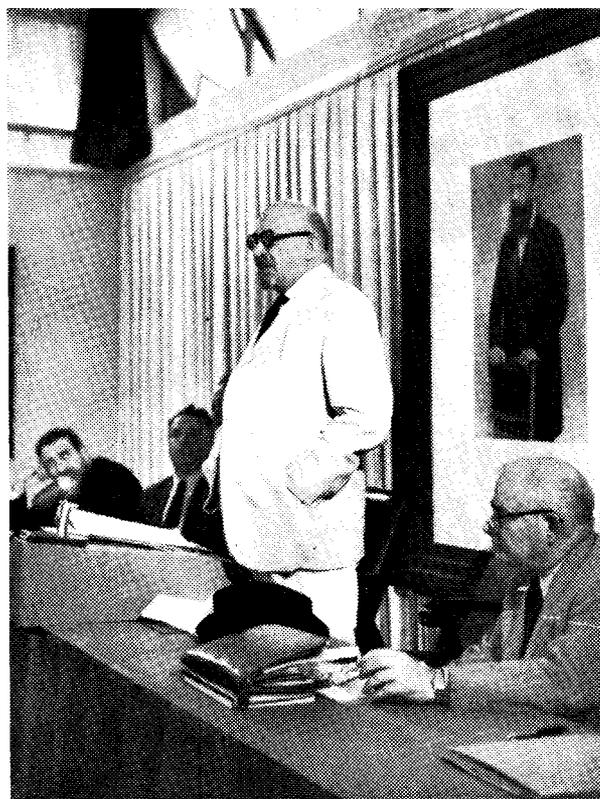


AYER Y HOY DEL JUDAISMO

«Y caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que alcancen su plenitud los tiempos de los gentiles.» Luc. 21, 24. Bajo relieve del Arco de Tito en el Foro Romano representando los despojos del Templo, el candelabro de los siete brazos, el altar de los panes de la proposición y las trompetas de plata, conducidos por las calles de Roma en triunfo por los victoriosos legionarios de Tito.

El día 15 de mayo de 1948 los dirigentes sionistas, reunidos en el Museo de Tel Aviv, proclamaron el Estado de Israel. El significado del acontecimiento, más trascendental quizá de lo que el público en general estima, vino subrayado por el hecho insólito de que las dos mayores potencias mundiales, Norteamérica y la Unión Soviética, se apresuraron a reconocer al nuevo Estado; coincidiendo así extrañamente los dos países en un delicado problema internacional, mientras en las demás cuestiones que agitan al mundo mantienen una viva y amenazadora oposición.

En las fotos que ilustran esta página pueden verse dos momentos de la reunión sionista fundacional de Israel, en la que intervinieron como oradores más destacados, los dirigentes Chaim Weizmann, que presidió la asamblea, y David Ben Gurión, que aparece de pie en la fotografía inferior.



Y proseguía: "En vista de ello, nosotros, miembros del Consejo Nacional, representantes del pueblo judío de Palestina y del Movimiento Mundial Sionista, nos reunimos hoy en solemne asamblea, fecha de la terminación del mandato británico en Palestina; por virtud del natural derecho histórico del pueblo judío y de la resolución de la Asamblea general de las Naciones Unidas, proclamamos aquí el establecimiento del Estado judío de Palestina, que será llamado Israel."

¿Cuáles eran las bases constitucionales del nuevo Estado? La declaración de los dirigentes sionistas especificaba que Israel estaba abierto a la inmigración de los judíos de todos los países, añadiendo que "se asentará sobre la base de los preceptos de igualdad, justicia y paz, enseñados por los profetas hebreos. Mantendrá la plena igualdad social y política de todos sus súbditos, sin distinción de credo, sexo, etc.; garantizará la plena libertad de conciencia, culto, educación y cultura; salvaguardará la sagrada inviolabilidad de los santuarios y lugares santos de todas las religiones. Se dedicará a cumplir los principios de la Carta de la O.N.U."

El documento pedía a los judíos de todo el mundo que se pusiesen al lado del nuevo Estado para hacer posible la realización del sueño de las generaciones: "la redención de Israel"; y terminaba: "Con confianza en el Dios Todopoderoso, ponemos la mano sobre esta declaración en esta sesión del Consejo de Estado provisional, en la ciudad de Tel Aviv, en esta víspera del sábado quinto, día de *loar* 5708."

En el mismo día en que el judaísmo sionista comunicaba el cumplimiento substancial de sus antiguas aspiraciones, el Presidente Truman anunciaba el reconocimiento por los Estados Unidos del Estado de Israel. Ese repentino y rápido reconocimiento, que no esperaba la fijación de las fronteras definitivas del nuevo Estado ni la constitución siquiera de un Gobierno estable, parecía demostrar la importancia singular y la trascendencia inmensa del acontecimiento histórico que acababa de tener lugar en Tel Aviv, y era al mismo tiempo garantía decisiva de que los designios sionistas contaban con el apoyo de la mayor potencia capitalista.

Pero lo extraordinario de semejante hecho es que casi al mismo tiempo la Unión Soviética, a solicitud precisamente del ministro de Asuntos Exteriores de Israel, Shertok, hacía público por su parte el reconocimiento del Estado sionista, con lo cual se producía el incomprensible fenómeno — externamente al menos — de que las dos grandes potencias del mundo, oficialmente enemistadas al frente respectivo de dos bloques antagónicos, coincidían extrañamente en prestar su apoyo y su colaboración al nuevo estado de cosas surgido en Palestina.

¿Cómo explicar esa actitud coincidente del capitalismo y del comunismo en relación con el ideal sionista?

Sea lo que fuere, lo cierto es que Israel aparecía en el mundo contando con la favorable acogida y la protección abierta de las dos naciones más poderosas de la tierra, y en las cuales el sionismo demostraba tener una influencia preponderante.

Ahora bien, el plan de partición de Palestina, en el cual se basaban los dirigentes de Tel Aviv para proclamar el Estado judío, venía supeditado por acuerdo de la propia O.N.U. a la creación de una zona internacional que había de comprender la ciudad de Jerusalén y su región, pero la guerra que se desencadenó entre los judíos y los Estados árabes vecinos, inmediatamente después de la retirada de las fuerzas británicas de ocupación en el país, mostró claramente que tal condición no sería aceptada en modo alguno por los dirigentes sionistas. Y así, los judíos se ampararon desde el primer instante de la ciudad, convirtiéndola en plaza fuerte, y aunque a los pocos días la

parte antigua era ocupada por la legión árabe de Transjordania, los distritos de la parte nueva de Jerusalén quedaron — y continúan estando — en poder de los judíos, los cuales para hacer constar su actitud inquebrantable de permanecer en la capital, han trasladado a la misma el Parlamento y diversos ministerios radicados hasta entonces en Tel Aviv.

¿Por qué ese interés de los judíos en hacer de Jerusalén la capital de su nuevo Estado? ¿Por qué vulneraron la propia decisión de la O.N.U., verdadera carta fundacional de Israel, negándose a admitir la internacionalización de la ciudad?

Para esclarecer esta singular actitud del sionismo tal vez sea suficiente recordar lo que anteriormente hemos expuesto sobre la significación de la Ciudad Santa y de su Templo en relación con la subsistencia de la nacionalidad judía.

Pero, para concretar mejor y actualizar ese significado, conviene tener presente el discurso pronunciado el 1.º de diciembre de 1948 por Chaim Weizmann en Jerusalén. Dicho discurso coincidió, por cierto, con una de las reuniones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, por lo que las palabras de Weizmann pudieron interpretarse como una solemne advertencia a los delegados de la O.N.U. por lo que respecta a los proyectos de internacionalización de la capital de Palestina.

Dijo Weizmann: "Jerusalén tiene un lugar especial en el corazón de cada judío. Esta ciudad representa para nosotros la esencia del espíritu de la tierra de Israel. La reconstrucción de Jerusalén es una prenda de la redención de Israel. Roma era para los italianos el símbolo de sus conquistas militares y de su fuerza política; Atenas representaba para los griegos la concreción de todo lo bueno y de todo lo noble que su genio creó en los dominios del arte y de la inteligencia. Pero Jerusalén tiene para nosotros una significación espiritual y política al mismo tiempo. Jerusalén es la ciudad inmortal, la ciudad del Templo en la época de nuestra pasada grandeza; fué también la capital de David y Salomón, la ciudad de los reyes, el centro de nuestro antiguo reino. Para los fieles de todas las religiones monoteístas, Jerusalén es la Ciudad Santa, el centro espiritual de su fe. Para nosotros, igualmente, representa lo mismo, pero no podemos olvidar que fué al mismo tiempo el núcleo de nuestra grandeza nacional en el pasado. En todas nuestras peregrinaciones por el mundo no hemos cesado nunca de dirigir nuestras miradas hacia Jerusalén."

Proseguía el jefe de Israel explicando que la existencia del nuevo Estado estaba tan estrechamente vinculado con la posesión misma de la Ciudad Santa, que sin ella no puede decirse que exista realmente el Estado judío, y afirmaba: "El día en que David declaró a Jerusalén capital de la Judea, el Estado judío se convirtió en realidad; el noveno día del mes de Av, día en que Jerusalén fué conquistada por Tito, el Estado judío dejó de existir."

Es interesante hacer resaltar la "significación espiritual" que para el sionismo tiene la ciudad de Jerusalén. Ello demostraría que el movimiento sionista es, por lo menos actualmente, algo más que un movimiento político. Ahora bien: ¿de qué depende o a qué va unida esa significación espiritual?

Weizmann dice que Jerusalén es la "ciudad del Templo": lo cual sitúa evidentemente el futuro de la ciudad, ligándolo con el recuerdo de lo que fué en épocas pretéritas. Y si Jerusalén ha de volver a ser el centro de la vida judía, encuadrada en su simbolismo histórico, ¿no podría conjeturarse sobre la posibilidad de que el sionismo tuviera como una de sus finalidades esenciales la reconstrucción del Templo?

José-Oriol Caffi Canadell

ISRAEL

PRECISA de una gran serenidad, y de una atención incansable siguiendo de cerca todos cuantos problemas afectan a la humanidad en estos días crispados, para lograr descifrar el tremendo enigma.

La maniobra tramada por sabias manos sólo puede ser entendida por quien se atreva a remontarse muy alto y a bucear muy hondo.

Tomamos como punto de partida esta frase salida de un auténtico grito del corazón, de Lemann, un judío converso, para ir con ella de la mano a una experiencia definitiva.

"En effet, dès que la lutte et la concurrence vont s'établir au point de vue des seules forces de la nature, les nations lutteront difficilement avec le peuple juif. Il est autrement organisé pour vaincre, que chacune d'elles. Comment! voilà une race qui, sortie des flancs robustes d'Abraham, traverse l'ensemble des siècles, déjouant tous les climats, apte à tous les emplois, habile à toutes les ruses, rompue à tous les expédients, indomptable, unie dans tous ses membres, indestructible: une race que vous, nations, malgré l'immense supériorité qui vous venait de la foi chrétienne, avez du refouler sans cesse pour l'empêcher de monter, que vous avez du entourer de mille entraves pour l'empêcher de s'échapper et de vous dominer; et voilà qu'au moment où, dans votre délire de 1789, vous accordez toute liberté à cette race, vous vous débarrassez vous mêmes de votre égide, vous rejetez la foi chrétienne! mille fois folie, aveuglement, sottise!"

En varios momentos de la historia de estos últimos 150 años se han producido aislados brotes de razón en el árbol de la inconsciencia de los pueblos. ¡Cuán pocos han sido, y qué poco han durado, estos tímidos atisbos de conciencia ante el peligro inminente!

Sin embargo, cuán claro se distingue el paisaje de la verdad, si se enfoca a través del prisma que da el conocimiento del "hecho" judío. ¡Cuántas cosas se explican! ¡Cuántos turbios o sabios manejos cobran así perfiles definidos! Por contra, ¡cuánta tristeza se acumula alrededor del ser consciente, al considerar la alegre algarabía de la inconsciencia, lanzada, en cabriolas sucesivas, a esta trágica sarabanda del mundo, bailando alocado alrededor del nuevo becerro de oro que Israel ha construído.

Allá, en la sombra del más impenetrable anónimo, discernimos nosotros la conocida y característica silueta de un hombre de Israel, con el mentón reposando en el pecho, los ojos perdidos en la lejanía de un futuro previsto, y, partiendo apenas el rictus de sus labios finos el atisbo de una sonrisa irónica. Vemos al hombre con sus manos lacias, apoyadas apenas en el mueble rígido de su asiento, perdido en una constante meditación. Nació del fondo del tiempo, vive un momento del tiempo, y sabe que es suyo el tiempo que viene.

Es un hombre, este judío que "sabemos", que vive sin prisas el momento que su predestinación le otorga. Para él no hay coacción de objetos ni sensaciones. Su desintegración de toda apetencia, le lleva a vivir ingrávido flotando en el vacío del tiempo.

Este hombre de Israel apenas tiene nombre. No es más que un abstracto y es el amo del mundo. El nombre no precisa, el nombre estorba. Un nombre es también cosa accidental y transitoria, este hombre es un hecho, y el hecho permanece.

El marco que le rodea, es un marco cualquiera de vida

ordinaria. Puede ser indiferentemente lujoso o vulgar, es, posiblemente, las dos cosas. El amo del mundo actúa mediante medios muy simples que mueven grandes y complicadas organizaciones. Sus contactos serán, seguramente, limitados y sus consignas estarán condensadas en breves sentencias. Sin embargo: todos los movimientos de este "vértice" de Israel, se ajustan a un plan cuidadosa y pacientemente establecido. Las líneas grandes de su gran estrategia, son rasgos simples trazados con mano segura y dotados de las virtudes que consagran las ideas fundamentales: la intransigencia, y la estabilidad.

La primera virtud no nace del desconocimiento de la Verdad de Cristo. Esta raza super-inteligente, ha tenido y tiene los mismos elementos de juicio que poseemos los cristianos. Su persistencia en el error, nace de una firme voluntad de reincidencia en el gesto deicida de negar a Cristo, pese a los dos mil años con los que la historia subraya la Verdad inevitable. La intransigencia Judía nace del gesto soberbio, que no admite la intervención de Dios en la "Ley" deformada por el hombre para ajustarla a su comodidad. Este gesto soberbio es así netamente Satánico, y con él entra la estrategia judía en el signo del Mal.

Esta versión judía es así, forma satánica de la eterna manifestación antagónica del genio del mal. El gesto intransigente que no rectifica ni perdona, es un gesto satánico. Con él llegará el pueblo judío a llenar su misión y cumplir su destino, según lo que fué dicho. Llegarán al imperio mundial y llegarán al Anti-Cristo.

La segunda virtud, que consiste en dar estabilidad a su concepción, poniendo frente al "tiempo Cristiano" el "tiempo Judío", es también arte de la estrategia del mal. Sólo un hecho sobrenatural de Dios, puede mandar sobre el tiempo dando esta inmensa dimensión a la trayectoria Cristiana. Sólo un hecho sobrenatural del Genio del mal puede mantener en el tiempo la desviación de Israel.

Frente a las virtudes de estabilidad e intransigencia del mal, se alzan las de la Iglesia de Cristo, que presenta su estructura perdurable e intransigente, como roca en que se estrellan las aguas del mal en su asalto implacable.

La Iglesia, además, presenta su forma *visible* y se ofrece dispuesta a sufrir el sacrificio, que nace de su voluntad resignada. La alba figura del Vicario de Cristo, ofrece su frágil figura de hombre y su gesto de paz y de amor, es asequible y se prodiga incesantemente.

Las fuerzas del mal son impalpables, impersonales y disimuladas. Toman todas las formas, se adaptan a todos los matices, se mueven en todos los terrenos. La gran estrategia del mal, que ofrece con el materialismo campo inmenso de beneficio y recompensa a la ambición, se somete por contra a una impenetrable "ley de sombra" como condición elemental de sus organismos pensantes y rectores.

El hombre de Israel es un "hombre negro" que se funde y confunde con la noche, en la que se cuece la idea del mal. Su presencia se concibe, como antes hemos dicho, sin perfil y sin ruido. Sus actos se deslizan sin forma ni aparato. Sólo cuando el gran, el inmenso objetivo, haya sido logrado, es cuando, posiblemente, se manifieste una forma tangible de presencia en el mundo de las fuerzas del mal. Cuando el Imperio del Mundo se consiga, es cuando el mundo sabrá en qué manos ha caído. Esta, para muchos concepción utópica, es para otros visión estremecedora. Vamos a analizar fríamente la cuestión y así po-

dremos, dentro de los límites de nuestras pobres luces, situarla en lo que creemos ser un plano de realidad inevitable.

Para ello, vamos a levantar el telón sofisticado del peligro ruso, para descubrir tras él, el verdadero fondo de la escena. Calificamos de sofisticado el peligro ruso, sin por ello desconocer la inminencia de la realidad con que Rusia amenaza al mundo. Vemos, con profunda preocupación, la hoz y el martillo del comunismo internacional alzarse sobre nuestras cabezas. Sabemos del peligro que corre el mundo, sometido a la lenta y persistente labor demoledora de estos principios de desintegración. Sabemos esto y sin embargo decimos: mientras el comunismo, larvado y nacido en un clima judío, fué maniobra judía, el peligro era gravísimo. En el momento en que por arte y presencia de Stalin se convirtió en un movimiento imperialista eslavo, equiparable a otros que ya conoció la humanidad en tiempos pretéritos, el peligro de fondo se convirtió en actualidad. Es más, al manifestarse así, como desviación eslava del trazado original, el comunismo se hizo automáticamente enemigo del Judaísmo internacional. Esto tampoco debe de aceptarse como hecho absoluto, pues si bien Stalin, al emanciparse del yugo semítico de Lenin y Trotszky, deja de subordinar su acción a las consignas de Sion, no por esto, mientras se siga manteniendo en las líneas desintegradoras del comunismo, deja de hacer el juego de fondo de los judíos.

Como antes decimos, hemos de levantar este telón, por cuanto "Ellos", que son maestros en el arte de esperar, saben sobradamente que el *movimiento comunista* que nació de ellos, y que por un momento ha sido desviado de su cauce, volverá a él por medios naturales, ya sea cuando Stalin remita o muera, ya sea cuando las fuerzas coaligadas, que "Ellos" también controlan, hayan puesto al movimiento desmandado en una postura menos violenta.

Levantado este telón, nos es más fácil apreciar ahora el fondo auténtico del escenario del mundo. Ya con lo dicho queda suficientemente esbozada la silueta de esta estrategia fundamental. "Ellos", naturalmente, están en los dos lados. Para decirlo aún mejor, están en todos lados. Veamos si no:

Cuando la guerra pasada, "Ellos" sabían, tan bien como ahora, todo el sentido profundo del conflicto que ellos mismos habían desencadenado, y sabían por tanto que Rusia vendría, con Stalin y mientras Stalin viviera, a ser obstáculo momentáneo. Sin embargo, se aliaron con Rusia para deshacerse de los dos últimos ejércitos que la vieja Europa, en un último parto, había penosamente engendrado.

Así se explica la para nosotros occidentales inexplicable veleidad de esta política florrusa, llena de complacientes asimilaciones, en contraste con la rígida e implacable concepción antieuropea del *inconditional surrender*. El momento staliniano era, y sigue siendo para estos sabios conocedores de las leyes de fondo de la historia, un momento de tránsito. No han perdido, sin embargo, con él, la ocasión de decantar hacia su campo las aguas de alguno de estos movimientos elementales. Así, vemos a esta Europa, inexplicable complejo de ruinas y de absurdos, presentar su desarbolada estructura sin rumbo ni defensas, sometida al furioso contraste de dos fuerzas igualmente aniquiladoras. La desintegración rusa y la integración americana.

Sólo entendiendo esto puede hallarse explicación a tanto y tan reiterado disparate. Sólo aceptando la presencia oculta de una estrategia fundamental del mal, puede concebirse esta sucesión de monstruosidades políticoeconómicas, que han ido llevando a esta vieja anatomía europea, hasta dejarla inerte, desfallecida, y exangüe. En Yalta culmina éste al parecer descomunal disparate, pero antes de Yalta, mucho antes de Yalta, cuando humeantes las ruinas de la Rusia imperial, aliada de los "aliados",

Inglaterra pactaba con las hordas sangrientas, y cuando Balfour abría inexplicablemente la compuerta de Palestina a la innecesaria expansión ideal de Israel, ya podían apreciarse las grandes líneas de un esquema grandioso.

Más tarde los hechos han venido encadenándose con una admirable e invariable justeza. Esta guerra que podía llamarse de "las contradicciones", y esta paz que plantea la ironía de una Europa inconcebible, son ya exponente de que se ha llegado a una situación de "fondo", que sólo puede desenmarañarse llegando al fondo de la cuestión, y tratando de entender esta estrategia fundamental del Mal.

Vamos para ello a dejar de hablar de Ingleses y Alemanes, de Rusos y de Italianos. Todos ellos han sido y son juguetes de estas fuerzas ocultas que dirigen sus movimientos y les llevan a subrayar con su sangre las líneas de su propia geografía. Vamos a hablar tan solo de "Ellos" como fuerzas del mal, que pueden ser sucesiva y alternadamente francesas o alemanas, inglesas o rusas. Vamos a hablar de "Ellos" según podamos adivinarlos en sus movimientos tácticos, sin perder de vista las líneas generales de su gran estrategia.

Así podemos seguirlos como los fuimos siguiendo, cuando dictando al oído consignas masónicas a Roosevelt y Truman, trazaban las líneas políticas de "su" estrategia. y cuando, a través de Marshall y Wedemeyer, trazaban las líneas militares de "su" táctica. Podremos seguirlos en Inglaterra, moviendo sus palancas secretas de ayuda a la España roja del 36 y abandonando al aliado Mikailowitch camino del patíbulo. Podremos así entender la presencia en Viena, Praga y Berlín de los rusos, y la total y auténtica desaparición de todos los ejércitos fundamentales de Europa. También podremos comprender la bolchevización de los Balcanes y el "comunismo mitigado" de Yugoslavia. Podremos entender todo esto y tantas cosas más que se refieren al pasado inexplicable.

Ahora y como hemos dicho, nos interesa levantar este telón frente al futuro y así veremos cómo todo también cobra sentido.

El primer ataque coordinado que se observa es la Reforma Protestante, que, con el relativismo que le precedió, puede considerarse como el primer ataque a fondo contra la unidad del Catolicismo. Este primer movimiento de desintegración va dirigido al baluarte espiritual de Cristo en su forma visible, la Iglesia Católica.

El segundo golpe se llama "Revolución Francesa", que sustituye el origen divino, como fuente natural de autoridad, por el derecho del pueblo soberano. Destruye la realeza y entroniza a un hombre como exaltación del concepto democrático. De la eficacia desintegradora de este movimiento queda patente el hecho de que sólo subsisten en Europa seis Monarquías, y apenas ninguna otra en el resto del mundo.

El tercer hachazo se llama "Socialismo", que viene a sustituir la teoría Cristiana del hombre responsable por la de la comunidad absorbente. Sustituye la ley moral por la ley material. Con esta estrategia de fondo y forma implacables se consigue el resultado de subordinar el hecho político al económico, la ley cualitativa a la cuantitativa, y la Nación al Estado. También, y finalmente, Dios al hombre.

Así, el Mundo sin Dios es un mundo sin principios, sin Reyes y sin normas morales. Un mundo sin religión ni patriotismo; y ahora, merced a la sabia y coincidente política de Israel y de Moscú, un mundo sin ejércitos.

Del simple enunciado de las grandes líneas de esta estrategia del mal se desprende lo siguiente: va dirigida en todos sus movimientos a la desintegración del Cristianismo, y de todas las culturas Cristianas de Occidente. Persegue la entronización materialista de un concepto ateo que lleve al mundo a la desesperanza y sometimiento de los pueblos al dominio de Israel.

ACTUALIDAD

Para ello se ha logrado ya, en esta última etapa entre las dos primeras guerras mundiales, desbancar toda teoría política para entronizar el concepto económico, como único motor racional de las modernas sociedades humanas. Así, el materialismo, llámese capitalista o socialista, y siempre judío, prima sobre el Cristianismo. La teoría sobrenatural de la esperanza, y el impulso de los pueblos hacia Dios, viene frenado por el positivismo racionalista, que situando a los hombres en un plano funcional de producción y consumo los equipara, abúlicos y resignados, a la condición pasiva de los irracionales.

Sobre esta masa "trabajada" ya por tantos años de guerras y desesperanza, es sobre la que dirige sus dardos agudos la fría especulación de Israel.

Vemos como por todos lados converge el ataque sobre las sociedades Cristianas, ya sea en forma abierta y despiadada por los secuaces de Moscú, ya sea en forma sinuosa y menos aparente por estas democracias protestantes que desde la sombra no cesan de hostigarlas.

La táctica de estos ataques viene como desdoblamiento de los movimientos de fondo que hemos denunciado.

El Cristianismo escindido tiende a ser desmenuzado, y a este fin van dirigidas las campañas que el protestantismo, prodigando el oro que fácilmente consigue, desencadena en los pueblos de más arraigo Católico.

Las sociedades modernas, tramadas en la cada vez más complicada estructura de su funcionamiento industrial con la infinita complejidad de los problemas que plantea su progreso vertiginoso, sólo pueden ser contenidas y ordenadas mediante una policía potente y organizada. Esto, naturalmente, pone en manos del gobernante un instrumento de fuerza muy difícil de suplantar o contener y le otorga prácticamente un poder ilimitado. Así vemos como en Rusia una minoría fuertemente adueñada de los resortes del poder se convierte en dictadura tiránica y es capaz de organizarse como peligro gravísimo para toda la Humanidad. No hay límite para el ejercicio de este poder material carente de fundamento moral. Esto sitúa, como gran ironía, a estos pueblos modernos en condición equiparable a la de aquellas sociedades pretéritas que vivieron sometidas a un régimen de esclavitud del que se creían para siempre redimidas por arte y gloria de la Revolución francesa y de sus libertades.

Los poderes necesarios para gobernar a los pueblos modernos requieren, como decimos, un cada vez mayor aparato de fuerza. Los momentos de "excepción" son cada vez más frecuentes en estos tiempos convulsos. Las "libertades democráticas" deben ser incansablemente contenidas, limitadas o abolidas, para hacer frente a la continua sucesión de guerras, huelgas y conflictos. Si se analiza fríamente la marcha de los pueblos, en estos últimos tiempos, se observará por cuán poco tiempo, o en que pequeña proporción, se ha conseguido vivir en un clima de auténtica libertad democrática.

Las Monarquías han desaparecido y las Repúblicas, prácticamente también. Quedan las Dictaduras, encubiertas o manifiestas, que van apoderándose del mundo. La ilegitimidad está al alcance de cualquier osadía, y así vemos como se constituyen y se prolongan indefinidamente los Estados de excepción. Vivimos una época de "poderes especiales" que unas veces por la fuerza de las circunstancias y otras a causa de la circunstancia de la fuerza son forma habitual de ejercicio de gobierno de los pueblos de hoy día.

Este momento de "impersonalidad" del mundo ha sido uno de los objetivos más perseguidos y mejor logrados por la estrategia de Sión.

El socialismo constituye el ala izquierda del poderoso ejército del mal. La concepción de "pueblo" nace con Israel en el principio de los tiempos. El pueblo elegido es el pueblo que peca colectivamente y que colectivamente se redime. La Revolución francesa consagra al pueblo y lo proyecta violentamente contra la concepción Cristiana del

individuo. Gracias al principio de irresponsabilidad, que nace de esta teoría de desorden, se abren las puertas a todos los desbordamientos y revoluciones. Rotas las defensas de la civilización Cristiana, las aguas agitadas por el impulso de las fuerzas del mal todo lo invaden y todo lo destruyen. Ahora, en estos momentos nos hallamos frente a una fase gravísima de este movimiento. El comunismo se cierne sobre nuestras cabezas. El socialismo infiltrado destruye nuestras defensas. El protestantismo desintegrador trabaja incansablemente.

Por todos lados el enemigo nos rodea. Europa, sin principios, sin ejércitos y sin economía, se ofrece como campo de batalla a estos ejércitos que van a luchar por el imperio del mundo. La lucha queda así claramente planteada entre Israel y Moscú. El sueño eslavo del último imperialismo, frente a la vasta e inmemorial concepción del pueblo judío.

No creemos que Israel empuje a América a la guerra. Contra la opinión general, creemos que será Rusia la que se lanzará a la aventura en cualquier momento. El tiempo que apremia a Rusia trabaja en favor de Israel.

Frente a todo este caos de fuerzas morales y materiales dispersas o aniquiladas. Frente a este disparate de pueblos lanzados unos contra otros por fuerzas incontrolables, no queda más defensa que la Iglesia de Cristo.

Sólo en medio de estas ruinas espirituales y materiales, con su blanca silueta de hombre destacando perfilada sobre el celaje negros-gris de la tormenta, el Vicario de Cristo en la tierra abre sus brazos lentamente en oración a Dios. La roca solitaria Vaticana aflora sobre el mar encrespado por la tormenta del mundo. También la Iglesia posee por mandato y designación de Dios las dos virtudes esenciales de intransigencia y estabilidad mediante las que llegará triunfante al final de los tiempos.

"Ellos" saben *necesariamente* que esto fué dicho expresamente para trazar así una dirección invariable al destino del mundo. "Ellos" siguen la lucha que inspira el genio del mal, y se hacen instrumento consciente de esta inútil maquinación de la soberbia Satánica.

En su irrefrenable locura, las sociedades Cristianas les abren todas las puertas y se entregan indefensas en sucesivas y cada vez más importantes claudicaciones.

Recogemos el grito de Lemann y nos hacemos eco de él después de haber sufrido la experiencia confirmatoria de estos 150 años de amarga lección. Este grito en 1952, al borde de la sima abierta ante nuestros pies, se traduce así:

¡Cristianos! ¡Escuchad la voz! Ya no habrá más guerras parciales por pugnas políticas o antagonismos geográficos. La lucha está planteada entre el bien y el mal. ¡Lucharéis en todos los frentes a la vez, pero sabiendo quién es y y dónde está el enemigo! Combatiréis al protestantismo que divide, al socialismo que disgrega, al liberalismo que confunde. Lucharéis por las ideas con las ideas, y por los principios con las armas si es preciso. La economía de una felicidad material se os dará por añadidura.

Ya no existen alemanes ni ingleses, franceses o italianos, rumanos o españoles. Quedan los cristianos conscientes fundidos en esta denominación universal, o aquellos que pretendiendo serlo no son más que instrumento consciente o inconsciente de las fuerzas del mal.

El que luce pretendiendo *todavía* acogerse a motivos políticos o económicos es ya un inconsciente o un traidor.

¡Escuchad la voz! La Cruz que levantaron los judíos en el Gólgota sigue en pie. Tomadla y seguid con ella el camino de Roma buscando el amparo de los brazos abiertos del Vicario de Cristo. Su silueta luminosa es, ya ahora, signo visible que llama a las fuerzas que defienden el orden de Dios.

¡Escuchad la voz!

C.



Impresiones de un viaje

Hace unos meses los ilustres hebraístas don Francisco Cantera y don José María Millás Vallierosa, catedráticos de las Universidades de Madrid y Barcelona, respectivamente, acompañados del profesor Pérez de Castro, secretario del Instituto Arias Montano, hicieron una visita a Israel.

En el pasado mes de septiembre se había celebrado en Istambul el XXII Congreso Internacional de Orientalistas, al que asistieron un grupo de profesores españoles de las dos ramas semíticas más cultivadas: hebraísmo y arabismo. La Universidad hebrea de Jerusalén, con motivo de sus recientes bodas de plata, convidó a nuestros hebraístas, que por circunstancias pasajeras no pudieron acudir a la invitación; y el deseo de ponerse en contacto con los medios intelectuales de Israel les ha llevado después a recorrer el país, adquiriendo material bibliográfico para sus investigaciones y conociendo directamente los yacimientos arqueológicos de Palestina y los manuscritos no hace mucho descubiertos, así como también los samaritanos de Naplusa, etc., con cuantos factores pudieran ayudarles a una gran empresa que traen entre manos, a saber: la edición en España de una Biblia hebrea, parte importante de más ambiciosos proyectos.

Hebraísmo y hebraístas

Pero antes de dar algunas noticias de tan interesante viaje, vamos a poner al lector en antecedentes — muy sumarios — sobre el hebraísmo y los hebraístas españoles en los últimos tiempos.

Al hebraísmo le ha cabido la suerte de encontrar por fin cultivadores de prestigio y ejemplar vocación, como vamos a ver en seguida. Antes de ellos había enseñado hebreo don Mariano Viscasillas, sucesor en la Cátedra de Madrid de don Antonio García Blanco. La actividad docente de ambos apenas dejó huella, y lo mismo puede decirse de otros especialistas, como don Pascual Meneu, don Francisco Barjau y don Mariano Gaspar y Remiro, sucesor del doctor

Viscasillas y maestro inmediato del señor Cantera. Gaspar y Remiro se dedicó especialmente a la historia de los musulmanes, y por eso rindió menos su labor en materias de lengua y literatura hebreas.

Cedamos ahora la pluma a don Francisco Javier Sánchez Cantón, que al contestar al discurso de ingreso del Dr. Cantera en la Academia de la Historia, y después de referirse a la situación del hebraísmo en España que acabamos de resumir, decía lo siguiente:

“Tras circunstancias tan poco propicias, el hebraísmo español cambió de rumbo; casi puede decirse que emprendió nueva ruta, y, con viento favorable, ha arribado en un cuarto de siglo a costas de fertilidad maravillosa. La mudanza feliz debióse a dos timoneles expertos: don José María Millás y Vallierosa, honra de la Universidad barcelonesa, y don Francisco Cantera Burgos. Los trabajos del Dr. Millás no se han limitado a los de la enseñanza de la lengua ni al estudio de las literaturas sagrada y rabínica, sino que también ha investigado sobre la ciencia judaica en la España medieval, lo que le ha valido el singular homenaje de que los astrónomos hayan bautizado con su apellido uno de los volcanes de la Luna.

“Vemos, pues, cómo ha germinado y crecido con pujanza un árbol renovado en el campo de la erudición española. Si don Antonio García Blanco hubiese poseído el criterio histórico y el rigor científico de su contemporáneo don Pascual Gayangos, tronco del arabismo español, seguramente nuestro hebraísmo exhibiría frutos comparables a los de aquél a lo largo de tres cuartos de siglo. La suma de lo conseguido es prenda cierta de cuanto en brevísimo plazo habrá de lograrse; que en esto, como en tantas otras cosas, el tiempo pasado no fué mejor.

“Las figuras de maestros como Millás y Cantera — en plena madurez — tienen en torno colaboradores eficaces y discípulos entre los cuales varios son ya más que esperanzas. El grupo,

que va definiéndose con caracteres de escuela, cuenta hoy con seis catedráticos de Universidad, de lengua hebrea, número nunca alcanzado hasta ahora; y con la piña de investigadores que constituye el Instituto Arias Montano, del Consejo de Investigaciones. No agota su pujanza la diversidad de estudios personales que tienen por órgano la revista *Sefarad*, de difusión insospechada en el extranjero, pues, como si al árbol sobrase savia, crece de su tronco una rama vigorosa que alentada por las memorias de otrora, tan gloriosas, enlazándose con las nacidas en troncos helénicos y latinos, promete para años adelante la cosecha de una nueva *Biblia poliglota*. La empresa, que hace dos decenios se hubiese juzgado proyecto delirante, está entrando en vías de realización. Tengo acreditada mi repugnancia a adular e incluso al halago, pero ante el plan de la obra ingente, rindo mi admiración a quien la concibió y a quienes trabajan en ella. Tres directores están a su frente: don Francisco Cantera para la parte hebrea, el Padre Bover, S. J., para la griega, y don Teófilo Ayuso para la latina; el cometido se divide en secciones: los señores Cantera y Pérez Castro aspiran a ofrecer una edición nueva de los textos hebreos; el señor Millás y su discípulo el Padre Díaz Macho — catedráticos de Barcelona — tienen a su cargo la parte targúmica; el señor Fernández Galiano, catedrático de Madrid, la versión de “Los Setenta”; el P. Bover, los textos griegos del Nuevo Testamento; el señor Ayuso, las versiones al latín; el texto siríaco, el P. Ortiz de Urbina, profesor del Instituto Pontificio de Lenguas Orientales en Roma; el texto copto del Nuevo Testamento, el benedictino de Montserrat Dom Vellet, y la versión samaritana del Pentateuco el P. Peñuela, S. J. Cantera y el P. Bover cuidan además de la traducción castellana de los textos bíblicos. Perdónese me la enumeración en gracia de cómo sirve para hacer ver el cambio radical operado en los estudios bíblicos en España: los actuales sólo cabe enlazarlos con los del siglo XVI.”

Hasta aquí el señor Sánchez-Cantón en su discurso.

Vistazo a Israel

Hemos visitado al profesor Cantera para rogarle que nos facilitase una breve y variada impresión del viaje que al principio mencionamos. Vamos a procurar resumir las muchas cosas que nos ha contado. Lo haremos, para mayor sencillez, relatando nosotros directamente; pero advertimos al lector que, en realidad, quien

relatará será el docto catedrático y académico.

Y antes de entrar en materia, anotemos la satisfacción del Dr. Cantera ante el éxito logrado por la Biblia que lleva el nombre del ilustre P. Bover y el suyo. En la actualidad está preparando la tercera edición, ya que la segunda, calurosamente acogida por la crítica y el público, está a punto de agotarse. También prepara una edición de la Biblia hebrea, un Diccionario hebreo-español para estudiantes universitarios, una Antología postbíblica y las ya iniciadas publicaciones del Instituto Arias Montano; todo ello sin contar el esfuerzo realizado y en curso de realización para completar grandes ficheros, comenzados hace pocos años, en los cuales encontrarán los futuros investigadores del hebraísmo un auxiliar de poderosa eficacia.

Se advierte el ansia de constituir una nación moderna que sirva de refugio a tantos judíos dispersos; y este ideal no lo es sólo del sionismo, sino de sectores amplísimos del judaísmo mundial. Israel acoge a cuantos judíos acuden allí en condiciones de vida precaria. La población crece continuamente, pues no bajan de 20.000 los inmigrantes mensuales, y fueron 50.000 los que llegaron hace poco del Yemen después de abandonar en el desierto 3.000 muertos.

La *Keneset* o Cámara de 120 diputados tiene: Mappum o socialistas, aproximadamente el 25 por 100; Mappum, 15 por 100; sionistas generales, 30 por 100; sionistas progresistas, 3 por 100; comunistas, 1,5 por 100; sefardíes del Samek, 1,5 por 100, y del T. L. M., 2 por 100; Hazid adatit o frente religioso, 12 por 100; nacionalistas, 10 por 100. Por cima de ellos un poder de aires dictatoriales y la organización sindical de trabajadores e intelectuales domina y gobierna el país.

Se advierte un renacimiento de la Biblia, pero no como código religioso y moral, sino como la obra maestra de la lengua hebrea. Sus versículos se citan constantemente, incluso por gentes que no brillan por su religiosidad, como ocurre con Ben Gurion, el jefe del Gobierno israelí, que, sin embargo, esmalta sus discursos con textos bíblicos. Tal renacimiento constituye, por así decirlo, un tema de reivindicación nacional; por eso el teatro, las fiestas populares y muchas manifestaciones sociales están llenos de nombres de los libros proféticos. Hay que decir que los trabajos históricos, lingüísticos, arqueológicos, alcanzan gran relieve. Los profesores Cassuto y Sukanik se han distinguido entre sus cultivadores.

En cuanto a los sefardíes, hay que distinguir entre los recientemente in-

migrados y los anteriores. Los más recientes tienen variada procedencia y signo: así los búlgaros, ya casi totalmente asimilados al nuevo ambiente, y por tanto privados de sus características sefardíes más vigorosas; los sefardíes de Turquía, más tradicionalistas y apegados a su peculiar idiosincrasia; los marroquíes, a quienes podría pedirse más afecto a España, etc. La lengua española se va perdiendo entre ellos; el pueblo y el ambiente familiar la guardan todavía con amor, pero en las clases altas cada vez abundan más las personas jóvenes que ya la desconocen. Así sucede, por ejemplo, en familiares del gran rabino Uzziel, sefardí, el cual no tiene inconveniente en manifestarlo así.

La situación del Catolicismo es, como se sabe, angustiosa. No sólo dificultades económicas y ambientales entorpecen las instituciones culturales, como el Instituto Bíblico de la Jerusalén israelí, prácticamente paralizado, o religiosas, como nuestro convento de la "Terra Sancta"; pero sobre todo el problema pavoroso de los católicos hebreos que proceden de matrimonios mixtos, y la monstruosa partición de Jerusalén... Es inconcebible la indiferencia de tantos católicos ante esta tremenda situación.

J. PEREIRA

CRONICA RELIGIOSA MENSUAL

La voz del Papa

TRES PUNTOS DE MEDITACIÓN

PARA LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS: PATRIA, CIENCIA Y RELIGIÓN

El domingo, 15 de junio, Su Santidad el Papa recibió en solemne audiencia, a los representantes del claustro y del estudiantado de la Universidad de Roma.

Dijo el Papa: «Vosotros sois, no exclusivamente, pero sí con preferencia a cualquier otro grupo juvenil, el porvenir de la vuestra patria, porque las artes liberales o las profesiones, son entre las actividades civiles las que dan principalmente el tono a la vida de las naciones y les señalan el camino. La dirección de la sociedad de mañana radica en la mente y en el corazón de los universitarios de hoy.»

El ideal de la Ciencia debe asimismo iluminar el camino de los estudiantes. La madurez de los años dirá a los estudiantes cuán gratos hayan sido a los ojos de Dios, por haberse adentrado en los senderos de la ciencia, «la cual, en compensación a las muchas fatigas que

requiere, sabe dar a sus cultivadores inestimables satisfacciones y títulos de genuina nobleza, como, a excepción del arte, ningún otro trabajo puede proporcionar».

Pero, la parte más extensa e importante del discurso de Su Santidad, va encaminada al tercero de los ideales que han de presidir la formación de los universitarios: la Religión. El Papa habla de la crisis producida en el alma de las modernas generaciones, por efecto de la separación efectuada en los tiempos modernos entre la Ciencia y la Fe. Los estudiantes no podrán eludir el peligro de semejante crisis, si no procuran que maduren y fructifiquen los conocimientos religiosos que aprendieron de niños, al ritmo en que prosperan los relativos a las Ciencias, a cuyo estudio se dedican.

IMPORTANTE ALOCUCIÓN DE SU SANTIDAD A LOS ALUMNOS DEL PONTIFICIO COLEGIO ESPAÑOL DE ROMA

Con motivo de celebrarse el 60 aniversario de la fundación del Pontificio Colegio Español de Roma. Su Santidad el Papa recibió en audien-

cia especial a los profesores y alumnos del mismo, a los que dirigió un importante discurso. El Papa tiene especial interés en hacer notar lo que España espera de sus futuros sacerdotes. Dice el Papa que, el pueblo español, purificado en la prueba y sublimado en el sacrificio, se hace notar cada vez más por su profunda religiosidad y que, como en los campos de Castilla amarillean ahora las mieses y doblan sus cabezas, abrumadas por la fecundidad de las espigas, así en España esperan todos a los sacerdotes que sepan llevar el fruto a los trojes del Señor. «Amadísimos colegiales —exclama Su Santidad—: dad lo sagrado a vuestra y Nuestra España; dad lo divino; dadle Dios, porque tiene hambre de El y os lo pide con ansia...».

Repetidas veces —lo hemos subrayado desde estas mismas páginas en otras ocasiones— ha dado el Papa pruebas del especial afecto que siente para nuestra Patria. En este mismo discurso manifiesta que, sin querer, se le viene a los labios la palabra del Señor a sus apóstoles «filioli», al hablar a los hijos de una nación especialmente amada. Los católicos españoles enten-

ACTUALIDAD

derán sin duda que en la medida que tales muestras de afecto han de promover el gozo en sus corazones, espera el Papa despierten en ellos el sentido de una altísima responsabilidad.

DOS NUEVOS BEATOS

Dos nuevos beatos han sido elevados recientemente al honor de los altares: la M. Bertila Boscardini y el religioso servita Antonio María Pucci, los días 8 y 24 de junio, respectivamente.

La historia de la beata Boscardini tiene el ingenuo sabor y el delicioso encanto de lo pequeño, de lo sencillo y muestra una vez más al mundo cómo en lo humilde se complace el Señor. La beata Bertila aprendió la difícil ciencia de la santidad en ese libro minúsculo, de mayúsculas verdades, que se llama el Catecismo. Partiendo de él, pudo decir la nueva Beata que su camino «era el de los carros, el más común». Siguiendo esa vía, primero en el seno de su hogar, luego en el de las religiosas de Santa Dorothea, Hijas del Sagrado Corazón, llegó ni más ni menos a escalar las cimas de la perfección, donde supo del gozo que produce cumplir a todas horas la voluntad de Dios.

El beato Antonio María Pucci consagró cuarenta y cinco años de su vida a la parroquia de San Andrés de Viareggio. «Su única preocupación, ha dicho el Papa, fué «edificar la casa, es decir, la familia de Dios». Su pueblo era su familia. El conocía todas sus ovejas, las visitaba y podía, merced a la veneración que su persona inspiraba, penetrar en todas partes. Por eso, Su Santidad en la homilía pronunciada con motivo de su beatificación y a la que pertenecen los párrafos transcritos, propone al B. Antonio María Pucci, como ejemplo y modelo de las virtudes y de la grandeza del sacerdocio.

FALLECIMIENTO DEL CARDENAL VON FAULHABER, ARZOBISPO DE MUNICH

Al término de la solemnisísima procesión del Corpus, los fieles de la ciudad de Munich se vieron sorprendidos por el doloroso anuncio que les comunicaban las campanas de la catedral, que, lastimeras, doblaban a muertos. Había fallecido su padre y pastor, el arzobispo de la diócesis y cardenal de la Santa Romana Iglesia, Su Eminencia el Dr. Miguel von Faulhaber.

Procedente de una humilde familia —era hijo de un panadero— monseñor von Faulhaber, pasó de la silla de Speyer, a la metropolitana de Munich. En 1921 fué creado cardenal por S. S. Benedicto XV. Las dotes de su carácter, unidas a una excepcional preparación teológica y escriturística, hicieron del Arzobispo de Munich, hoy fallecido, una de las figuras más eminentes del episcopado germano. Al cardenal Faulhaber se debe, en gran parte, el acercamiento entre la Iglesia y el Estado alemán operado a los comienzos del régimen nazi. Cuando éste se mostró, sin rebozo, contrario a las doctrinas de la Iglesia,

el Cardenal de Munich no vaciló en estigmatizarlo con sus escritos pastorales y en sus sermones. En aquel entonces, como en los momentos del desastre material y moral de Alemania, subsiguiente a la guerra, los católicos alemanes, y, especialmente, los bávaros, sentían abrirse sus ojos a la esperanza, al fijarlos en la persona del cardenal von Faulhaber, que, erguido en su gloriosa ancianidad, en medio de sus ovejas, caminaba con ellas sin desmayo hacia un futuro mejor que Dios no había de negarles. «El cardenal Faulhaber es una gran figura de la Iglesia», dijo Su Santidad. En el atardecer de Corpus de 1952, el tañido a muertos de las campanas de Munich despertaba ecos de profundo dolor en el alma de los buenos alemanes. En alas de la férvida plegaria de éstos, el alma del cardenal von Faulhaber ascendería hasta el trono de Dios, a recibir el premio de una larga vida consagrada al bien de la Iglesia y de la Patria.

LAS OBRAS DE ANDRÉ GIDE

EN EL ÍNDICE

Por decreto de la Congregación del Santo Oficio, de 24 de mayo del presente año y que publica «L'Observatore Romano» de 1 de junio, han sido condenadas y ordenado se coloquen en el Índice de libros prohibidos, las obras del tristemente famoso escritor francés, André Gide.

EL EPISCOPADO CATÓLICO INGLÉS

Y EL DIVORCIO

En una pastoral leída el 29 de junio en todas las iglesias de Inglaterra y Gales, el Episcopado católico inglés expresa la esperanza de que la Real Comisión de Matrimonio y Divorcio se preocupará más de detener que de favorecer la disolución de la familia y afirma que un gobierno cristiano debe procurar el fortalecimiento y no la debilitación de los lazos matrimoniales.

ECOS DEL CONGRESO EUCARÍSTICO

INTERNACIONAL DE BARCELONA

Manifestaciones del cardenal Tedeschini

A su retorno a Roma desde España, el cardenal Tedeschini dijo: «Será imborrable la impresión que la Cristiandad toda guarda de los brillantes actos del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, en el que de un modo especialísimo, España entera, jefe del Estado, gobernantes y pueblo, han afirmado de nuevo su inquebrantable fervor religioso y su entusiasta y sincera adhesión al Soberano Pontífice. El cielo bendecirá y premiará a esos dilectísimos hijos de España que, en forma ejemplar para el mundo saben honrar, sin tibiezas ni respetos humanos, a Dios y a la Santa Madre Iglesia.»

EL CARDENAL GERLIER

Y EL ARZOBISPO DE MARSELLA

En declaraciones hechas al enviado especial de «La Croix», en

Barcelona, el cardenal Gerlier, arzobispo de Lyon, subraya la admiración y la alegría que le ha causado el Congreso Eucarístico de Barcelona, en el que ha observado una constante voluntad de hacer acto de fe. Monseñor Gerlier ponderó la impresionante repercusión del Congreso en los barrios populares y aludió al recuerdo que se tuvo para los católicos perseguidos. El Cardenal Arzobispo de Lyon, expresa su satisfacción por haber representado a Francia en los actos de Barcelona y por la inolvidable acogida que le ha dispensado la Iglesia española.

Por su parte, el Arzobispo de Marsella en declaraciones publicadas en «Le Figaro», dice que el Congreso de Barcelona por el número y calidad de los participantes constituía la verdadera manifestación de catolicismo de todo un pueblo. Al poner de relieve el fervor de la muchedumbre española, monseñor Delay dijo también que el hablar de la fe en España no es fórmula vana.

CAMPAÑA TENDENCIOSA

EN TORNO AL CONGRESO EUCARÍSTICO

INTERNACIONAL DE BARCELONA

Desde mucho antes de la celebración del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, llegaban hasta nuestra ciudad ecos y rumores de una pretendida campaña anticongresista.

El pretexto es antiguo. De conformidad con él, el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona tendría que convertirse forzosamente en un medio de propaganda de la manera de ser política actual de nuestro país. Y sin duda, para confirmar el sólido fundamento en que se apoyan tales suposiciones, se hacen a propósito de España afirmaciones tan llenas de exactitud como las que siguen: «On grossit sans doute le nombre des arrestations; on transforme parfois des procès intentés à des criminels authentiques en répression de l'activité syndicale; o a vite écrit que les prisonniers sont soumis à des «tortures infâmes». (R. P. Tmile Gabel, en «La Croix», 20 mayo 1952), y esta otra que puede leerse en «La Quinzaine» de 1 de junio: «...ce ne seront ni les exécutions quotidiennes ni les chaînes perpétuelles qui sauveront l'Espagne, en construisant sa paix et son bonheur...».

Pero no vamos a seguir por esos caminos, tan gratos, lo que se ve, a determinados grupos del catolicismo francés. Entendemos que el criterio de valoración de la actitud a que venimos aludiendo, lo suministra la única respuesta que cabe dar, en buena lógica, a las siguientes preguntas: La designación de Barcelona, como lugar apropiado para la celebración del Congreso Eucarístico ¿ha merecido o no la aprobación de la Suprema Jerarquía de la Iglesia Católica Romana? ¿Los Congresos Eucarísticos Internacionales son o no una manifestación universal de amor y de reverencia a Jesús Sacramentado?

Creemos honradamente que ningún católico, con mediana conciencia de lo que serlo significa, dejará de otorgar a las preguntas que anteceden una respuesta afirmativa. Pues bien; júzguese por ahí, verbigracia, de la postura que adoptan los representantes de «diferentes tendencias cristianas» del mundo obrero, que lanzan en París, a través de la plensa católica, un manifiesto encabezado con estas palabras: «Nous avons appris avec douleur du choix de Barcelone pour la tenue du Congrès Eucharistique International». Esos trabajadores creen ser deber suyo urgentísimo protestar contra la celebración de un Congreso Eucarístico internacional en Barcelona, nótese bien, que es una ciudad de España, donde «on arrête prétes et militants chrétiens pour empêcher tout contact avec leus frères des autres pays». También nosotros somos militantes católicos —si más o menos celosos que los obreros firmantes del manifiesto, no vamos a discutirlo por razones de modestia, es claro— y, pese a ello, no estuvimos en la cárcel, y tuvimos ocasión, por lo mismo, de hablar con «nuestros hermanos» de otros países, los cuales, por cierto, hubieron de manifestarnos que se veían obligados a rectificar en muchos de sus prejuicios, particularmente, los franceses. En todo caso les bastan a los buenos católicos de España, que son todos los españoles auténticos, las palabras de Su Santidad el Papa para echar en el más absoluto de los olvidos todas las falsedades lanzadas sobre el Congreso, bajo la especiosa capa de un puritanismo que no estaría de más aplicar en todas sus consecuencias, los que de él alardean, en otros aspectos fun-

damentalísimos de la vida social y política de nuestro tiempo. «España ha tenido el alto honor, justo reconocimiento a su catolicismo íntegro, recio, profundo y apostólico, de dar hospitalidad a esa magna Asamblea que añadirá a sus fastos religiosos una página que ha de contarse entre las más brillantes de su fecunda historia...».

También, por lo que hace a la segunda de las preguntas anteriormente formuladas, es obligada la contestación afirmativa. Un Congreso Eucarístico es esencialmente una manifestación de fe y de amor a Jesús Sacramentado. Y precisamente por ello, estamos seguros de que a la altura de la satisfacción de todos los católicos, de cualquier raza u origen, que con su presencia y su entusiasmo —un entusiasmo en el que se percibía la gracia de Dios—, contribuyeron al esplendor del Congreso, se hallará el pesar de cuantos con una ausencia, basada en móviles de la índole reseñada, restaron calor y unanimidad desde sus puntos de residencia al grandioso y colosal homenaje que el mundo creyente ha rendido en Barcelona a la Santísima Eucaristía.

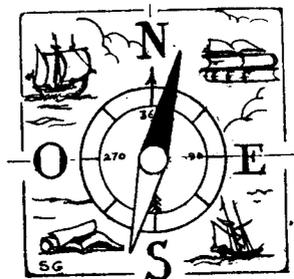
No hablamos de grupos ni de publicaciones neutros, ni siquiera de aquellos que por partir de un cristianismo, que llaman de izquierda, a nadie han de inducir a confusión con sus opiniones, puesto que algo disonante a los católicos a secas han de decir, desde el momento en que renuncian a apellidarse igual que éstos. Queremos aludir sencillamente a los grupos y a las publicaciones estrictamente católicos que cuando no estorbaron la venida de los fieles a Barcelona, prestando oídos a las especies que hablaban

de la escasez de medios de vida de todo orden que sufre nuestra ciudad, silenciaron actos tan espléndidos y sinceros como la magnífica comunión nocturna de los hombres o bien llenaron sus páginas de comentarios sobre la entraña política que latía en el fondo del Congreso.

Pueden estar seguros nuestros vecinos del otro lado de los Pirineos de que los católicos españoles no se creen santos, ni con mucho. Estamos convencidos de que nuestra fe anda mezclada, como de barro que somos, con muchas impurezas. Con la ayuda de Dios, nuestro esfuerzo ha de encaminarse a hacer que desaparezcan tales impurezas. Claro está que para lograrlo jamás hemos de creer constituye un medio conveniente el protestar contra la celebración de un Congreso Eucarístico Internacional en París, por ejemplo, ni en dejar de acudir allí o a otra ciudad francesa o de cualquier parte del mundo, donde tenga lugar un homenaje universal al Señor Sacramentado. Y en tal caso nos colocaremos a cien leguas de distancia de señalar a los indígenas los defectos de su catolicismo. Es de mal gusto y, además, peligroso, emplearse en corregir al prójimo, cuando uno se sabe a sí mismo necesitado de enmienda.

Nuestra gratitud de creyentes va hacia todos aquellos, entre los cuales se contaban muchísimos y nobles hijos de la vieja y católica Francia, que saltando las barreras de inúmeros prejuicios, supieron venir a Barcelona para entonar con sus hermanos del orbe entero un grandioso himno de alabanza a Jesús Eucaristía.

HIMMANU-HEL



CRONICA POLITICA DEL MES

LEYENDO Y BRUJULEANDO

El reto de Ridgway - El receptor de Stalin - Recordando a Alger Hiss - Terrible pregunta - ¿Qué dirá Mac Artuhur? - Inquietud en Norteamérica - La URSS y la bomba atómica - Cabeza y corazón - El bombardeo del Yalu - DANZANDO SOBRE UNA TRAMPA - Berlín en la convención republicana

Del 1.º al 7 de Junio

EL RETO DE RIDGWAY

El general Ridgway, sucesor de Eisenhower en la jefatura de las fuerzas armadas de la NATO, ha amenazado con la destrucción a la Unión Soviética en el caso de que esta potencia interpretara la situación actual del mundo democrático como indicio de debilidad interna y tratase en consecuencia, de sacar partido de la misma.

La advertencia «solemne» al Kermlin viene apostillada con una fraseología que no sabemos hasta qué punto convencerá a los soviets: «Somos pueblos libres, y los pue-

blos libres no hacen caso de temores cuando está en peligro todo lo que aman. No somos, no fuimos nunca y no pensamos ser jamás naciones que caminan con miedo». Explica, o trata de explicar, a continuación, Ridgway, la causa de la pasividad y confusión que preside la actuación política del mundo occidental: «Si aguantamos largo tiempo, es porque conocemos las ilimitadas reservas de nuestra fuerza y porque por todos los medios honrosos tratamos de evitar el último horror, la guerra, que nada prueba ni resuelve y que es tan inútil para el vencedor como para el vencido. Nuestra fuerza es la que

autoriza nuestra generosidad, tolerancia y magnanimidad». Y concluye con esta amenaza: «Pero si esas históricas evidencias de fortaleza las interpretasen los amos del comunismo como indicaciones de debilidad o señales de una civilización decadente que antepone la paz a la libertad, el bienestar al sacrificio y el interés propio al bien común, el error traería para nosotros terribles sufrimientos, pero les llevaría a ellos a la destrucción.»

¿En qué basa Ridgway tales optimismos? No creemos que los fundamente en su embrionario y casi inexistente ejército «atlántico»; pe-

ACTUALIDAD

ro si especula en la fortaleza militar de su país, bueno será recordar las palabras de tres destacados personajes de la vida pública norteamericana que en pocos días de diferencia han arrojado sendos jarros de agua fría sobre las cabezas de los incondicionales de que «nada pasará», como si lo que está pasando no fuera ya hartamente grave y peligroso.

De regreso de Formosa, en donde ha permanecido dos años como consejero de Chiang Kai Shek, el almirante Cooke ha sorprendido a los informadores de Washington con esta significativa declaración: «Norteamérica está perdiendo de hecho la guerra y la lleva perdiendo desde que Rusia nos la declaró alrededor de la tierra hace seis años». Ciertamente que estas palabras no pueden ser muy alentadoras para las democracias, que digamos, pero Baruch, el influyente judío Bernard Baruch, ha dicho todavía más: «No sólo estamos perdiendo la guerra, sino que no es posible que obtengamos victoria alguna en la guerra fría mientras los soviets conserven la terrible superioridad militar que poseen hoy».

¿A qué viene; entonces, el reto de Ridgway?

El senador Taft ha precisado la superioridad militar de la URSS con unas reveladoras cifras: «Hoy, Stalin dispone de 20.000 aviones militares organizados en grupos de combate. Nosotros tenemos 6.000.

»En Europa, Stalin tiene 175 divisiones propias, a más 60 de sus satélites. Nuestros aliados en la Europa occidental tienen 13 y nosotros tenemos 6.

»La guerra en Corea continúa sin resultados visibles. Nuestros aeroplanos están en inferioridad numérica de uno contra cuatro, y nuestra infantería de uno contra dos».

Estos datos, y otros muchos no menos interesantes, no deben ser desconocidos por el general Ridgway. ¿Por qué, pues, hacer alarde de «nuestra fuerza» que justifica «nuestra generosidad, tolerancia y magnanimidad» hacia la Unión Soviética? Dada la inferioridad mortal del rearme norteamericano y del de sus aliados, ¿no suponen las palabras del jefe del ejército atlántico una provocación temeraria, cuando menos, a una guerra de la que la Europa occidental no saldría sin horribles y gravísimos males morales y materiales, y que quizá supondría su total aniquilamiento?

EL RECEPTOR DE STALIN

Ana Pauker, la dirigente más calificada del comunismo rumano, ha sido objeto de una severa amonestación, al igual que los ex ministros Luca y Georgescu (Samuel Burah), por desviacionismo.

¿Quién es Ana Pauker? Nacida Ana Rabinshon en 1893 en el seno de una familia judía residente en Burarest, militó activamente desde la edad de diecisiete años en el partido socialista hasta 1919, en cuyo año formó parte del partido co-

munista junto con otros correligionarios, entre los cuales se encontraba Marcel Pauker con el que se casó poco después. Desde entonces llevó una vida de lucha en Rumania y desde la emigración.

En 1936, muerto ya su esposo en la Unión Soviética en el transcurso de una «purga», la Pauker fue detenida por la policía rumana y después de procesada se la condenó a diez años de prisión. Más tarde, como consecuencia del pacto Ribbentrop-Molotov, el gobierno de su país la canjeó por un elemento nacionalista que los soviets capturaron en Besarabia a raíz de la entrada de las tropas comunistas en dicha región.

Cuatro años después regresó a Rumania con el ejército soviético, ocupando cargos de la máxima confianza en el Politburó comunista y el ministerio de Asuntos Exteriores en el gobierno.

La acusación de que ha sido objeto ahora supone la destitución de sus puestos en el seno de la dirección del Partido, conservando al parecer —¿por cuánto tiempo?— la cartera ministerial.

Ana Pauker acostumbraba a decir: «Mi cerebro es un aparato receptor del pensamiento de Stalin». No sabemos si el aparato habrá dejado de funcionar adecuadamente, pero lo más probable es que la defección de la Pauker esté en la misma línea que siguieron Krevitski y Rakovski. Es decir, en la línea de un internacionalismo que no corresponde exactamente a la voluntad del dictador del Kremlin.

Del 8 al 14 de junio

RECORDANDO A ALGER HISS

Mala entrada parece haber tenido el general Eisenhower al regresar a su patria. Por de pronto, no se ha producido el entusiasmo popular con que especulaban sus protectores; pero, además, el general no ha demostrado estar a la «altura» en sus primeros discursos y declaraciones, de una «candidad» inverosímil, y se ha visto sorprendido, por otra parte, con la ofensiva desplegada por varios periodistas que le reprochaban su conducta en el transcurso de la guerra mundial.

Por lo que ha dicho hasta hoy Eisenhower, se ve muy claro que no sabría que política habría de adoptar en las relaciones de Norteamérica con la URSS. «Iría a cualquier parte del mundo para reunirme con Stalin si creyese que éste iba a servir de ayuda a la paz», ha dicho; para añadir seguidamente: «No estoy tan seguro de que sea ésta la forma de hacer las cosas». ¿Es que no tiene criterio formado sobre la situación mundial, o espera que en el caso de resultar elegidos las papeletas difíciles serían solucionadas por sus interesados consejeros?

También irrita al general el recuerdo de sus relaciones con el espía Alger Hiss, condenado por perjurio, aunque dice que «no es necesario que me defienda contra las

acusaciones de ser comunista» ¡Sería curioso —por no decir otra cosa— que el primer jefe del ejército atlántico fuera comunista! Aunque a decir verdad no sería el primer caso: ahí está Alger Hiss, consejero íntimo de Roosevelt, miembro de la Conferencia de Yalta y organizador de las Naciones Unidas, que supo hacer perfectamente compatible esos cargos con los de espía soviético de primera clase.

Por lo que respecta a la amistad de Eisenhower con los soviets, nos dice Augusto Assia que «el famoso cronista Westbrook Pegler inicia una serie de informaciones para «establecer la culpa que le corresponde al general Eisenhower» en el hecho de que los ejércitos aliados se hubieran parado al llegar a la línea del Elba en vez de seguir hacia delante hasta encontrar a los rusos, lo cual, según Pegler hubiera ocurrido ya en territorio polaco.

»Pegler quiere dilucidar también por qué después de haberse parado en el Elba para esperar a los rusos y haberle prohibido a Patton que tomara Praga y a Montgomery que se apoderase de Berlín, el general Eisenhower se retiró a doscientos treinta kilómetros a través de Alemania a fin de que ocupara el territorio Stalin...

»Pegler cree que si Eisenhower sabía que la retirada significaba tanto como entregar media Europa al enemigo, debió protestar ante el Gobierno o dimitir, y que si no se dio cuenta, su previsión es menor de la que se le debe exigir a un Presidente de los Estados Unidos».

Pero, ¿y si se dio cuenta? ¿Y si su actual desconcierto nace precisamente de la necesidad de simular un anticomunismo que no presuponga, pongamos por caso, la devolución de las insignias soviéticas que puede todavía lucir sobre su pecho?

TERRIBLE PREGUNTA

Rafael de Luis escribe desde Londres: «Nos lo ha dicho hoy el primer ministro. Había cuanto menos un espectador que el jueves pasado, en los desfiles del cumpleaños de la Reina, contemplaba aquella marcha de esplendores con el alma pensativa, con el espíritu apretado por una «terrible pregunta: ¿Sobre qué descansa todo esto?» Este espectador era Winston Churchill».

También fuera de Londres y de la Gran Bretaña los que se dan cuenta del estado auténtico de Inglaterra, de su situación religiosa, social y política, de sus graves problemas y de sus inmensos peligros, se han preguntado a menudo, en ocasiones parecidas a la que alude Churchill: ¿Sobre qué descansa todo esto?

NUREMBERG

Las fuerzas norteamericanas han obligado por la fuerza a los prisioneros rojos sublevados en la isla de Koje. (Corea) a deponer su actitud. La operación militar contra los prisioneros ha ocasionado varios

mueritos y gran número de heridos, singularmente entre los comunistas.

Y comenta Augusto Assia: «Si hubiera otra guerra y a su final otro Nuremberg, los jefes y oficiales de las Naciones Unidas que ayer pusieron fin a la sublevación comunista en el campo de Koje podrían ser condenados a la horca. Haber maltratado a prisioneros rusos fué uno de los cargos que yo oí en Nuremberg contra los generales alemanes, sin que les valiera de nada explicar que los comunistas no son como los demás prisioneros, pues su fanatismo, su inclinación a la violencia, su barbarie, obligan a tratarles con despiadada dureza si los guardianes no quieren ver la disciplina por los suelos».

Del 15 al 21 de junio

¿QUÉ DIRÁ MAC ARTHUR?

El general Mac Arthur pronunciará en Chicago el principal discurso en la convención republicana del próximo julio. Los miembros dirigentes del partido así lo habían acordado con anterioridad, pero faltaba conocer todavía la decisión del Pentágono, que ahora acaba de declarar que la situación de Mac Arthur dentro del Ejército es excepcional, y en consecuencia le deja en libertad de acción.

«La intervención personal de Mac Arthur en la asamblea de Chicago —destaca José M. Massip— tendrá excepcional importancia. Las fuerzas taftistas la consideran decisiva para ganar la convención en favor de su partidario. El general es gran orador. Como pieza oratoria, su discurso ante el Congreso cuando regresó hace catorce meses de Tokio, constituyó uno de los espectáculos más dramáticos de la vida política americana que este corresponsal ha podido presenciar en estos últimos años. Impresionante el general, en su voz y en sus gestos, con ideas tajantes sobre los problemas americanos, le colocan en posición ideal para influir decisivamente en la asamblea, que se reunirá en Chicago el 7 de julio para elegir el candidato del Partido».

¿Qué dirá Mac Athur en su discurso? Es posible que sus palabras trasciendan ampliamente de la convención republicana y golpeen con inusitada fuerza los oídos de los dirigentes políticos de Washington.

INQUIETUD EN NORTEAMÉRICA

«Después largos años de calma— escriben los hermanos Alsop— por el Washington oficial se suceden temores de inquietud. Un optimismo calmado es todavía la línea de conducta de los departamentos de Estado y Defensa, pero entre los jefes de esos departamentos cunde un sentimiento de preocupación por lo que pueda suceder este verano».

¿Está claro? Los Alsop, periodistas de seriedad reconocida y cuya íntima relación con los dirigentes del Pentágono es harto sabida

ESTELAS DE VAPOR EN EL CIELO

De una crónica de Joseph y Stewart Alsop publicada en «El Correo Catalán» del día 12 de julio del corriente:

«**Dos órdenes contradictorias, en cierto sentido, san sido promulgadas por el gobierno americano; las dos son significativas. La primera es una orden secreta que entró en vigor el 1 de junio, y que limita el uso de los puertos americanos y los del Canal de Panamá, para los barcos soviéticos y los de sus satélites. Las limitaciones son tan severas, que han cerrado los principales puertos y el canal a todos los barcos del área soviética...**

«**La orden número dos es más reciente, y no es secreta. Con ella se dió principio a una vigilancia aérea continua durante las veinticuatro horas del día de nuestros grandes centros urbanos e industriales... En el caso de esta segunda orden, lo que ha sido mantenido en secreto han sido los motivos reales de su promulgación.**

«**Estos motivos son muy sencillos. Hace seis meses, las fuerzas aéreas estratégicas de los soviets ocuparon las bases avanzadas más cercanas a América, en Kamchatka. Desde esta fecha, los soviéticos han llevado a cabo reconocimientos aéreos de este continente en diversas ocasiones.**

«**Cualquier persona puede comprar fotografías aéreas de las diversas zonas estratégicas de los Estados Unidos. Por lo tanto, el objeto real que persiguen los soviéticos con estos vuelos de reconocimiento aéreo es probar la efectividad de nuestro sistema de protección aérea. Ninguno de**

los aviones soviéticos que han volado sobre Alaska y el Canadá ha sido interceptado. Las principales pruebas de su presencia han sido las estelas de vapor que han dejado. Por lo tanto, queda demostrado que nuestro sistema de alarma y defensa aérea dista mucho de ser satisfactoria.

«**En tales circunstancias, la orden de mantener una vigilancia aérea continua es más que necesaria. Pero esta vigilancia será solamente parcialmente efectiva, ya que la verdadera razón para dictarla es mantenida en secreto. Por esta misma razón el programa de defensa civil ha sido destrozado por el Congreso. También en esta ocasión la razón de este secreto ha sido evitar la excitación pública».**

Y terminan los Alsop su crónica con estas palabras:

«**Es difícil no creer que decir la verdad con franqueza, y aceptar las consecuencias que ello pueda traer, es preferible a correr el riesgo que estos peligros representan».**

¿Qué motivos han inducido a los gobernantes norteamericanos a ocultar el hecho de «las estelas de vapor» que han dejado a su paso por el cielo de Alaska y el Canadá los aparatos —los famosos platillos volantes, tal vez— soviéticos?

¿Por qué se oculta la verdad? ¿Es sensato suponer que cuando existen serios peligros de guerra haya que ocultarlos a los pueblos? Parece como si todo el interés de ciertos dirigentes políticos se centrara en lograr que la guerra que se aproxima nos encontrase a todos desprevenidos.

—pese a que no puedan suscribirse por entero determinadas opiniones particulares—, dicen que los jefes de los Departamentos de Estado y de Defensa de los Estados Unidos están preocupados «por lo que pueda suceder este verano», es decir, en el transcurso del período estival que prácticamente ha comenzado ya.

¿Qué peligros amenazan al mundo? «Hasta dónde es posible calcular —prosигuen diciendo—, estas oleadas de preocupación tienen dos epicentros principales. El primero de ellos está en Moscú, donde la campaña de «odio hacia América» llegó a su clima de increíble virulencia hace unas cuatro semanas, y se han mantenido en esa misma virulencia desde entonces. Parece ser que esta campaña ha sido desencadenada para zaherir y atacar al embajador americano George F.

Kennan. Ello es significativo, por cuanto Kennan tiene más que suficiente experiencia para hacer caso omiso de las bravuconadas verbales de los soviets...

«Algunos de los jefes de los departamentos del gobierno americano están inquietos por la intensificación de esta campaña de propaganda antiamericana, simplemente porque les coloca en mal lugar. A otros, porque la toman como señal de que el Politburó ha abandonado la «coexistencia pacífica» que propugnó Stalin, y ha decidido que una nueva guerra mundial es inevitable. Y otros, los menos, creen que el Kremlin está preparando al pueblo ruso para un período de gran peligro.

»Mientras tanto, estas oleadas de pesimismo están reforzadas con otras que proceden de Corea. Los telegramas anunciando que el ene-

migo ha estado incrementando sus fuerzas en Corea se están acumulando desde hace meses en el Pentágono».

Sin embargo, pese a las graves amenazas que se dibujan en el horizonte, Truman ha dicho, en el acto de iniciarse la construcción del primer submarino atómico: «Si la Unión Soviética quisiese cooperar para crear un mundo mejor en vez de poner obstáculos a todos los progresos, pensad que futuro tendríamos a la vista». ¡Imagínenselo ustedes!

¿Inconsciencia? ¿Conjuración?

Pero, ¿es que los informes que recogen los Alsop no llegan al presidente de la república de los Estados Unidos?

LA URSS Y LA BOMBA ATÓMICA

Dos noticias fechadas en Norteamérica y publicadas simultáneamente en algunos periódicos correspondientes al domingo día 15:

1.ª «Washington, 14. — Sólo el temor a la represalia atómica norteamericana y «el profundo respeto» que inspira a Stalin el potencial atómico de los Estados Unidos, impiden la penetración rusa en Europa, declaró el general Omar Bradley, presidente de la junta de jefes de Estados Mayor».

2.ª «Sede de las Naciones Unidas (Nueva York), 14 — Una revisión de documentos en los archivos de las Naciones Unidas ha revelado que el hasta ahora ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Vircrinsky, dijo a Estados Unidos que se equivocaban si creían que gozaban de la supremacía en el campo atómico. Hizo esta observación el pasado otoño, durante las conversaciones secretas sobre energía atómica que los representantes de las cuatro grandes potencias celebraron en París, con ocasión de la última sesión de la Asamblea general de la ONU».

No sabemos como pueden compaginarse, fundamentalmente, ambas informaciones.

CABEZA Y COPAZÓN

Hace unos días que Eisenhower, en el instante de comenzar una de sus piezas oratorias, «con un gesto un tanto melodramático, miró el texto del discurso «que me han preparado mis consejeros», y anunció que desde aquel momento —nos cuenta Augusto Assia— iba hablar espontáneamente y por sí mismo, lo que «me dicte el corazón».

«¿Y por qué no dice lo que le dicta la cabeza escribiendo sus propios discursos como hago yo?», le retrucó Taft, que es el único político de importancia norteamericana cuyos discursos no están redactados por sus secretarios».

Del 22 al 30 de junio

EL BOMBADEO DEL YALU

«En el mismo momento en que la guerra de Corea entra en el tercer e incierto año de su desarrollo —escribe José M.ª Massip desde Washington—, el gran bombardeo aliado sobre las plantas eléctricas del río Yalu parece indicar el comienzo de una nueva fase activa del conflicto, en la que Norteamérica y sus aliados toman, al cabo de un año de inmovilización militar casi completa, la iniciativa de las operaciones... Según los comunicados oficiales, el castigo inflingido a las instalaciones hidreléctricas enemigas ha sido extremadamente serio. Gran parte del norte de Corea y una ancha zona manchuriana han quedado sin fuerza eléctrica como resultado de los bombardeos...»

¿Supone ese ataque aéreo el comienzo de una ofensiva contra las fuerzas comunistas? Al parecer se trata tan sólo de una operación aislada, ya que «el alto mando aliado actúa todavía en función de las negociaciones de armisticio de Panmunjón, en espera de que las operaciones aéreas ejercerán suficiente presión sobre los negociadores rojos para decidirles a concretar».

Ahora bien; la reacción de la Gran Bretaña, exteriorizada en los discursos pronunciados en los Comunes por Churchill y Atlee, y en los que se manifiesta una seria oposición y una condena explícita de semejantes operaciones militares, ¿ayudará a que se obtenga en Panmunjón el efecto deseado?

DANZANDO SOBRE UNA TRAMPA

El secretario de Marina norteamericano, Dan Kimball, ha manifestado que la amenaza de una tercera guerra mundial es hoy mayor que no lo fue nunca desde que terminó lo última contienda.

Estas graves declaraciones de Kimball coinciden con una crónica de los hermanos Alsop, insistiendo en la gravedad que supone la campaña soviética «odiar a América», que ha sorprendido al propio embajador norteamericano Kennan, experto en asuntos rusos y que, juntamente con Charles F. Bohlen, trazó la líneas fundamentales de la política de su país en relación con la URSS, basada en la «táctica de contención» y en la probabilidad de que Stalin no deseaba la guerra.

Ahora parece, dicen los Alsop, «que la antigua confianza de Kennan de que el Kremlin evitaría el riesgo de provocar otra guerra se ha desvanecido».

Y añaden: «Hay señales evidentes de que la reacción de Kennan en Moscú ha originado, al mismo tiempo, una reacción en Washington. Por ejemplo, Truman, en lu-

gar de prometer un largo período de paz, se ha vuelto casi tan solemne y serio como Winston Churchill cuando, dirigiéndose al pueblo británico, dijo que «estaban danzando sobre una trampa» debajo de la cual había «un abismo». Además, aunque Kennan tuviera solamente dudas e incertidumbre, hay preguntas de enorme importancia que hacer. En pocas palabras, ¿cuánto podemos confiar en la teoría de que el Kremlin no provocará otra guerra? ¿Hasta qué punto es peligroso continuar el programa actual de «mantequilla, primero, y cañones, después?».

¿Nos damos todos cuenta de la enorme trascendencia de los momentos que vivimos?

BERLÍN EN LA CONVENCION REPUBLICANA

«Ni uno sólo de los presuntuosos de 1952 ha dado todavía una razón de por qué tuvo que ir a Berlín en 1945 y elegir a 10.000 madres norteamericanas cuyos hijos habían de ser muertos para conquistar aquel objetivo sin valor militar alguno», ha dicho recientemente Eisenhower al intentar replicar a las acusaciones que se le han hecho en los Estados Unidos.

Y Cristóbal Tamayo, desde Bonn, comenta:

«Quien recuerde aquel 21 de abril, de nubarrones cárdenos formados sobre el cielo de la capital por los incendios de la batalla, debe tener clavada en la mente aquella hora —cinco de la tarde— en que Goebbels echó al vuelo todas las campanas de su patetismo, llamando a los berlineses a defender su ciudad y vencer o morir en las barricadas».

Y más adelante prosigue: «De lo que no hay duda es de que la suerte de gran parte de Europa hubiera cambiado de haber llegado Eisenhower a Berlín antes que Zukof. El general no estaba ligado por palabra alguna en Yalta para sus operaciones. En todo caso había habido cambios tan radicales en el campo de batalla, que hubiera valido la pena de una exposición de la realidad a Washington y Londres. Eisenhower no lo hizo. Para Enrique IV, París valía una misa. Berlín —y lo que en política este nombre podía significar—, no valió para Eisenhower ni un paso de maniobras».

Y termina: «Si el genio de Berlín, como un personaje de tragedia antigua, pudiera presentarse en la convención de Chicago..., su sola presencia ante los compromisarios quizá ganase en elocuencia a las palabras del mismo Mac Arthur. Pero, por fortuna para Eisenhower, Berlín, en Chicago, no tiene voz ni voto. Ni veto».

Pero, ¿lo tendrá Mac Arthur?

SHEHAR YASHUB

CON CENSURA ECLESIASTICA

José María Minoves Fusté

SUCESOR DE

Salvador Fusté Teixidor



**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón
en BESSACHS
(GIRONELLA)**



*Visite las Cuevas
de Artá*

Tenemos en existencia la edición

CRISTIANDAD



IN FANCO QUI LOS PRINOS DIE AÑO SANTO CRISTIAN Y MATURIN

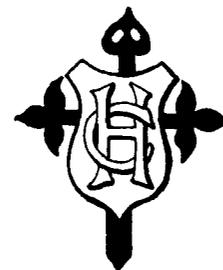
N.º 133 AÑO VII

ENERO 1951

encuadernada del año 1951

Precio: 150' - Ptas.

**Administración de CRISTIANDAD
Diputación, 302, 2.º, 1.º - Tel. 22 24 46
BARCELONA**



HOTEL COMPOSTELA
PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

La Juventud de la Farándula de Sabadell Convoca su II Concurso de Obras Teatrales de Espectáculo Infantil. Se concederán tres premios de 3 000, 2.000 y 1 000 pesetas respectivamente. Además se concederán menciones honoríficas.

La duración de cada Obra no podrá exceder de tres horas. El plazo de admisión terminará el día 15 de septiembre de 1952.

Para más detalles puede dirigirse a don Juan Brunet Pujol, calle Padre Sallarés, 135, Sabadell (Barcelona).